

Julio Verne

Las Indias
Negras

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

LAS INDIAS NEGRAS

JULIO VERNE

**PUBLICADO: 1877
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

CAPÍTULO I. DOS CARTAS CONTRADICTORIAS

« *Mr. J. R. Starr, ingeniero, « 30, Canongate. « Edimburgo.*

«Si el señor James Starr quiere acudir mañana a las minas de carbón de Aberfoyle, mina Dochart, pozo Yarrow, se le hará una comunicación de naturaleza tal que ha de interesarle.

»El señor James Starr será esperado, durante todo el día, en la estación de Callander, por Harry Ford, hijo del antiguo capataz Simon Ford.

»Se le ruega mantener secreta esta invitación.»

Tal fue la carta que James Starr recibió por el primer correo el día 3 de diciembre de 18..., carta que llevaba el matasellos de la oficina de correos de Aberfoyle, condado de Stirling, Escocia.

La curiosidad del ingeniero quedó vivamente picada. Ni siquiera se le ocurrió que aquella carta pudiera encerrar una broma pesada. Conocía desde hacía mucho tiempo a Simon Ford, uno de los antiguos capataces de las minas de Aberfoyle, de las cuales él, James Starr, había sido, durante veinte años, el director, -- lo que, en las hulleras inglesas, se llama el viewer, esto es, el jefe de explotación.

James Starr era un hombre de constitución robusta, a quien sus cincuenta y cinco años no pesaban más que si solo hubiera tenido cuarenta. Pertenecía a una antigua familia de Edimburgo, de la que era uno de los miembros más distinguidos. Sus trabajos honraban a la respetable corporación de esos ingenieros que van devorando poco a poco el subsuelo carbonífero del Reino Unido, tanto en Cardiff y en Newcastle como en los condados bajos de Escocia. Sin embargo, fue más particularmente en el fondo de esas misteriosas minas de Aberfoyle, que lindan con las de Alloa y ocupan parte del condado

de Stirling, donde el nombre de Starr había conquistado la estima general. Allí había transcurrido casi toda su existencia. Además, James Starr formaba parte de la Sociedad de Anticuarios Escoceses, de la que había sido nombrado presidente. Contaba asimismo entre los miembros más activos de la «Royal Institution», y la *Revista de Edimburgo* publicaba con frecuencia notables artículos firmados por él. Era, como se ve, uno de esos sabios prácticos a quienes se debe la prosperidad de Inglaterra. Ocupaba un alto rango en aquella vieja capital de Escocia que, no solo desde el punto de vista físico, sino también desde el punto de vista moral, ha podido merecer el nombre de «Atenas del Norte».

Es sabido que los ingleses han dado al conjunto de sus vastas hulleras un nombre muy significativo. Las llaman, con toda justicia, las «Indias negras», y esas Indias han contribuido quizá más que las Indias orientales a acrecentar la sorprendente riqueza del Reino Unido. Allí, en efecto, todo un pueblo de mineros trabaja, noche y día, para extraer del subsuelo británico el carbón, ese precioso combustible, elemento indispensable de la vida industrial.

En aquella época, el plazo que los especialistas asignaban al agotamiento de las hulleras estaba todavía muy lejano, y no había que temer la escasez a corto plazo. Quedaban aún por explotar ampliamente los yacimientos carboníferos de ambos mundos. Las fábricas, adaptadas a tan diversos usos, las locomotoras, las locomóviles, los vapores, las fábricas de gas, etc., no estaban en absoluto próximas a carecer de combustible mineral. Solo que el consumo había crecido tanto en los últimos años, que ciertas capas habían quedado agotadas hasta en sus vetas más pobres. Abandonadas ya, estas minas horadaban y surcaban inútilmente el suelo con sus pozos abandonados y sus galerías desiertas.

Tal era, precisamente, el caso de las minas de Aberfoyle.

Diez años antes, la última cuba había extraído la última tonelada de hulla de aquel yacimiento. El material del «fondo» [1], las máquinas destinadas a la tracción mecánica sobre los raíles de las galerías, las vagonetas que formaban los trenes subterráneos, los tranvías subterráneos, las jaulas que servían a los pozos de extracción, las tuberías cuyo aire comprimido accionaba las perforadoras, -- en una palabra, todo cuanto constituía el utillaje de explotación había sido retirado de las profundidades de las minas y abandona-

do en la superficie del suelo. La hullera, agotada, era como el cadáver de un mastodonte de tamaño fantástico, al que se le hubieran quitado los diversos órganos vitales dejándole solo la osamenta.

De aquel material solo quedaban unas largas escalas de madera, que daban acceso a las profundidades de la hullera por el pozo Yarrow, el único que permitía ahora el paso a las galerías inferiores de la mina Dochart desde el cese de los trabajos.

En el exterior, los edificios que antaño habían cobijado los trabajos de «día» seguían señalando el lugar donde se habían hundido los pozos de dicha mina, completamente abandonada, como lo estaban las demás minas cuyo conjunto constituía las hulleras de Aberfoyle.

Fue un día triste aquel en que, por última vez, los mineros abandonaron la mina en la que habían vivido tantos años.

El ingeniero James Starr había reunido a aquellos algunos miles de trabajadores que componían la activa y valerosa población de la hullera. Picadores, rodadores, conductores, rellenadores, entibadores, camineros, recibidores, volcadores, herreros, carpinteros, todos, mujeres, niños, ancianos, obreros del fondo y del día, estaban reunidos en el inmenso patio de la mina Dochart, antaño desbordante del sobrante de la hullera.

Aquella buena gente, a la que las necesidades de la vida iban a dispersar -ellos, que durante largos años se habían sucedido de padres a hijos en la vieja Aberfoyle--, esperaban, antes de abandonarla para siempre, las últimas despedidas del ingeniero. La Compañía les había hecho repartir, a título de gratificación, los beneficios del año en curso. Poca cosa, en verdad, pues el rendimiento de los filones apenas había superado los gastos de explotación; pero aquello debía permitirles esperar a ser contratados, ya fuera en las hulleras vecinas, ya en las granjas o en las fábricas del condado.

James Starr permanecía de pie ante la puerta del vasto cobertizo bajo el cual habían funcionado durante tanto tiempo las poderosas máquinas de vapor del pozo de extracción.

Simon Ford, el capataz de la mina Dochart, que entonces tenía cincuenta y cinco años, y algunos otros encargados de las labores lo rodeaban.

James Starr se descubrió. Los mineros, con el sombrero en la mano, guardaban un profundo silencio.

Aquella escena de despedida tenía un carácter conmovedor que no carecía de grandeza.

— Amigos míos — dijo el ingeniero —, ha llegado el momento de separarnos. Las minas de carbón de Aberfoyle, que desde hace tantos años nos reunían en un trabajo común, están ahora agotadas. Nuestras investigaciones no han logrado el descubrimiento de un nuevo filón, y el último trozo de hulla acaba de extraerse de la mina Dochart.

Y, en apoyo de sus palabras, James Starr mostraba a los mineros un bloque de carbón que se había guardado en el fondo de una cuba.

— Este trozo de hulla, amigos míos — prosiguió James Starr —, es como la última gota de sangre que corría por las venas de la hullera. Lo conservaremos, como hemos conservado el primer fragmento de carbón extraído, hace ciento cincuenta años, de los yacimientos de Aberfoyle. ¡Entre estos dos trozos, cuántas generaciones de trabajadores se han sucedido en nuestras minas! ¡Ahora se acabó! Las últimas palabras que os dirige vuestro ingeniero son palabras de despedida. Habéis vivido de la mina, que se ha vaciado bajo vuestra mano. El trabajo ha sido duro, pero no sin provecho para vosotros. Nuestra gran familia va a dispersarse, y no es probable que el porvenir reúna jamás a sus miembros dispersos. Pero no olvidéis que hemos vivido mucho tiempo juntos, y que, entre los mineros de Aberfoyle, es un deber ayudarse mutuamente. Vuestros antiguos jefes tampoco lo olvidarán. Cuando se ha trabajado juntos, no se puede ser extraños los unos para los otros. Velaremos por vosotros, y, adondequiera que vayáis como gente honrada, os seguirán nuestras recomendaciones. Adiós, pues, amigos míos, ¡y que el Cielo os asista!

Dicho esto, James Starr estrechó entre sus brazos al obrero más viejo de la hullera, cuyos ojos se habían humedecido de lágrimas. Después, los capataces de las distintas minas fueron a estrechar la mano del ingeniero, mientras los mineros agitaban el sombrero y gritaban:

— ¡Adiós, James Starr, nuestro jefe y nuestro amigo!

Aquella despedida debía dejar un recuerdo imperecedero en todos aquellos buenos corazones. Pero, poco a poco, hubo que resignarse, y aquella población abandonó tristemente el vasto patio. El vacío se hizo en torno a James Starr. El suelo negro de los caminos que conducían a la mina Dochart

resonó una última vez bajo el pie de los mineros, y el silencio sucedió a aquella ruidosa animación que hasta entonces había llenado la hullera de Aberfoyle.

Un hombre había permanecido solo junto a James Starr.

Era el capataz Simon Ford. A su lado se hallaba un muchacho de quince años, su hijo Harry, que desde hacía ya algunos años trabajaba en las labores del fondo.

James Starr y Simon Ford se conocían y, conociéndose, se estimaban el uno al otro.

—Adiós, Simon —dijo el ingeniero.

—Adiós, señor James —respondió el capataz—, o más bien, permítame añadir: ¡hasta la vista!

—Sí, hasta la vista, Simon —repuso James Starr—. Sabe usted que siempre me alegrará volver a verlo y poder hablar con usted del pasado de nuestra vieja Aberfoyle.

—Lo sé, señor James.

—¡Mi casa de Edimburgo está abierta para usted!

—¡Está lejos, Edimburgo! —respondió el capataz meneando la cabeza—. ¡Sí, lejos de la mina Dochart!

—¡Lejos, Simon! ¿Dónde piensa usted vivir, entonces?

—¡Aquí mismo, señor James! No abandonaremos la mina, nuestra vieja nodriza, porque se le haya secado la leche. Mi mujer, mi hijo y yo nos las arreglaremos para seguirle siendo fieles.

—Adiós, entonces, Simon —respondió el ingeniero, cuya voz, a su pesar, traicionaba la emoción.

—No, se lo repito: hasta la vista, señor James —respondió el capataz—, ¡y no adiós! A fe de Simon Ford, ¡Aberfoyle volverá a verlo!

El ingeniero no quiso arrebatarse al capataz aquella última ilusión. Abrazó al joven Harry, que lo miraba con sus grandes ojos llenos de emoción. Estrechó una última vez la mano de Simon Ford y abandonó definitivamente la hullera.

Esto es lo que había ocurrido diez años antes; pero, a pesar del deseo que el capataz acababa de expresar de volver a verlo algún día, James Starr no había vuelto a saber nada de él.

Y era después de diez años de separación cuando le llegaba aquella carta de Simon Ford, que lo invitaba a emprender sin demora el camino de las antiguas minas de Aberfoyle.

¿Qué sería, pues, aquella comunicación de naturaleza tal que había de interesarle? ¡La mina Dochart, el pozo Yarrow! ¡Qué recuerdos del pasado evocaban aquellos nombres en su espíritu! ¡Sí! Aquellos habían sido los buenos tiempos, los del trabajo, los de la lucha, -- ¡el mejor tiempo de su vida de ingeniero!

James Starr releía la carta. Le daba vueltas en todos los sentidos. Lamentaba, en verdad, que Simon Ford no hubiera añadido una línea más. Le reprochaba haber sido tan lacónico.

¿Sería posible, pues, que el viejo capataz hubiera descubierto algún nuevo filón que explotar? ¡No!

James Starr recordaba con qué minucioso cuidado se habían explorado las minas de Aberfoyle antes del cese definitivo de los trabajos. Él mismo había llevado a cabo los últimos sondeos, sin hallar ningún yacimiento nuevo en aquel suelo arruinado por una explotación llevada hasta el exceso. Se había intentado incluso reanudar la exploración del terreno hullero por debajo de las capas que le son habitualmente inferiores, como la arenisca roja devónica, pero sin resultado. James Starr había abandonado, pues, la mina con la convicción absoluta de que ya no poseía ni un solo trozo de combustible.

—No —se repetía—, ¡no! ¿Cómo admitir que lo que se hubiera escapado a mis investigaciones se hubiese revelado a las de Simon Ford? Y sin embargo, el viejo capataz bien debe de saber que una sola cosa en el mundo puede interesarme, y esta invitación, que debo mantener en secreto, para que acuda a la mina Dochart...

James Starr volvía siempre a lo mismo.

Por otra parte, el ingeniero tenía a Simon Ford por un minero hábil, especialmente dotado del instinto del oficio. No lo había vuelto a ver desde la época en que se abandonaron las explotaciones de Aberfoyle. Desconocía

incluso qué había sido del viejo capataz. No habría podido decir en qué se ocupaba, ni siquiera dónde vivía, con su mujer y su hijo. Todo lo que sabía era que se le daba cita en el pozo Yarrow, y que Harry, el hijo de Simon Ford, lo esperaría en la estación de Callander durante todo el día siguiente. Se trataba, pues, evidentemente, de visitar la mina Dochart.

— ¡Iré, iré! — dijo James Starr, que sentía crecer su sobreexcitación a medida que avanzaba la hora.

Es que aquel digno ingeniero pertenecía a esa categoría de personas apasionadas cuyo cerebro está siempre en ebullición, como una tetera puesta sobre una llama ardiente. Hay teteras en las que las ideas hierven a grandes borbotones, y otras en las que cuecen a fuego lento. Pues bien, aquel día, las ideas de James Starr hervían a todo fuego.

Pero entonces se produjo un incidente muy inesperado. Fue la gota de agua fría que iba a condensar momentáneamente todos los vapores de aquel cerebro.

En efecto, hacia las seis de la tarde, con el tercer correo, el criado de James Starr trajo una segunda carta.

Aquella carta venía encerrada en un sobre tosco, cuyo sobrescrito revelaba una mano poco ejercitada en el manejo de la pluma.

James Starr rasgó aquel sobre. No contenía más que un trozo de papel, amarillento por el tiempo, que parecía haber sido arrancado de algún viejo cuaderno en desuso.

En aquel papel no había más que una sola frase, concebida así:

«Inútil que el ingeniero James Starr se moleste, pues la carta de Simon Ford ha quedado ahora sin objeto.»

Y ninguna firma.

[1] La explotación de una mina se divide en labores de «fondo» y labores de «día»; unas se realizan en el interior y otras en el exterior.

CAPÍTULO II. SOBRE LA MARCHA

El curso de las ideas de James Starr quedó bruscamente interrumpido cuando hubo leído aquella segunda carta, contradictoria de la primera.

—¿Qué quiere decir esto? —se preguntó.

James Starr tomó de nuevo el sobre medio rasgado. Llevaba, igual que el otro, el matasellos de la oficina de correos de Aberfoyle. Había salido, pues, de aquel mismo punto del condado de Stirling. No era el viejo minero quien la había escrito, -- evidentemente. Pero, no menos evidentemente, el autor de aquella segunda carta conocía el secreto del capataz, puesto que anulaba formalmente la invitación hecha al ingeniero de acudir al pozo Yarrow.

¿Era, pues, cierto que aquella primera comunicación había quedado ahora sin objeto? ¿Se quería impedir que James Starr se molestara, ya fuera inútil, ya útilmente? ¿No habría en ello, más bien, una intención malévola de contrariar los planes de Simon Ford?

Esto fue lo que pensó James Starr, tras madura reflexión. Aquella contradicción existente entre las dos cartas no hizo sino despertar en él un deseo aún más vivo de acudir a la mina Dochart. Además, si en todo aquello no había más que una broma, mejor era asegurarse. Pero a James Starr le parecía que convenía dar más crédito a la primera carta que a la segunda, -- es decir, a la petición de un hombre como Simon Ford antes que a la advertencia de su anónimo contradictor.

—En verdad —se dijo—, puesto que se pretende influir en mi resolución, es que la comunicación de Simon Ford debe de tener una extrema importancia. ¡Mañana estaré en la cita señalada y a la hora convenida!

Llegada la noche, James Starr hizo sus preparativos de viaje. Como podía suceder que su ausencia se prolongara algunos días, avisó, por carta, a sir W. Elphiston, presidente de la «Royal Institution», de que no podría asistir a la próxima sesión de la Sociedad. Se desligó también de dos o tres asuntos que debían ocuparlo durante la semana. Luego, tras ordenar a su criado que preparase un saco de viaje, se acostó, más impresionado quizá de lo que el asunto merecía.

Al día siguiente, a las cinco, James Starr saltaba de la cama, se vestía con ropa de abrigo -- pues caía una lluvia fría --, y salía de su casa de Canongate para ir a tomar en Granton-pier el vapor que, en tres horas, remonta el Forth hasta Stirling.

Por primera vez, quizá, James Starr, al atravesar Canongate [1], no se volvió a mirar Holyrood, aquel palacio de los antiguos soberanos de Escocia. No advirtió, ante su poterna, a los centinelas revestidos del antiguo traje escocés, falda de paño verde, plaid a cuadros y morral de piel de cabra de largos pelos colgando sobre el muslo. Aunque era un fanático de Walter Scott, como lo es todo verdadero hijo de la vieja Caledonia, el ingeniero, cosa que nunca dejaba de hacer, ni siquiera echó una ojeada a la posada donde se alojó Waverley, y en la que el sastre le llevó aquel famoso traje de tartán de guerra que tan ingenuamente admiraba la viuda Flockhart. Tampoco saludó a la pequeña plaza donde los montañeses descargaron sus fusiles, tras la victoria del Pretendiente, a riesgo de matar a Flora Mac Ivor. El reloj de la prisión tendía en medio de la calle su esfera desolada: no la miró más que para asegurarse de que no perdería la hora de la salida. Debe confesarse también que no entrevió en Netherbow la casa del gran reformador John Knox, el único hombre a quien no pudieron seducir las sonrisas de María Estuardo. Pero, tomando por High Street, la calle popular, tan minuciosamente descrita en la novela de *El Abad*, se lanzó hacia el gigantesco puente de Bridge Street, que une las tres colinas de Edimburgo.

Pocos minutos después, James Starr llegaba a la estación del «General Railway», y el tren lo dejaba, media hora más tarde, en Newhaven, bonito pueblo de pescadores situado a un kilómetro y medio de Leith, que forma el puerto de Edimburgo. La marea creciente cubría entonces la playa negruzca y pedregosa del litoral. Las primeras olas bañaban una estacada, especie de embarcadero sostenido por cadenas. A la izquierda, uno de esos barcos que

hacen el servicio del Forth, entre Edimburgo y Stirling, estaba amarrado al «pier» de Granton.

En aquel momento, la chimenea del *Príncipe de Gales* vomitaba torbellinos de humo negro, y su caldera roncaba sordamente. Al son de la campana, que solo dio unos cuantos toques, los viajeros rezagados se apresuraron a acudir. Había allí una multitud de comerciantes, de granjeros, de pastores, estos últimos reconocibles por sus calzones cortos, sus largas levitas y el fino ribete blanco que ceñía su cuello.

James Starr no fue el último en embarcar. Saltó ágilmente a la cubierta del *Príncipe de Gales*. Aunque la lluvia caía con violencia, ninguno de aquellos pasajeros pensaba en buscar refugio en el salón del vapor. Todos permanecían inmóviles, envueltos en sus mantas de viaje, algunos reanimándose de cuando en cuando con la ginebra o el whisky de su frasco, -- lo que ellos llaman «vestirse por dentro». Se oyó un último toque de campana, se largaron las amarras, y el *Príncipe de Gales* maniobró para salir de la pequeña dársena que lo resguardaba de las olas del mar del Norte.

El Firth of Forth, tal es el nombre que se da al golfo abierto entre las orillas del condado de Fife, al norte, y las de los condados de Linlithgow, Edimburgo y Haddington, al sur. Forma el estuario del Forth, río de escasa importancia, especie de Támesis o de Mersey de aguas profundas, que, tras descender de las vertientes occidentales del Ben Lomond, desemboca en el mar en Kincardine.

No habría sido más que una breve travesía la de Granton-pier hasta el extremo de aquel golfo, si la necesidad de hacer escala en las diversas estaciones de ambas orillas no obligara a numerosos rodeos. Las ciudades, los pueblos, los cottages se extienden por las orillas del Forth entre los árboles de una campiña fértil. James Starr, resguardado bajo la ancha pasarela tendida entre los tambores de las ruedas, no trataba de ver nada de aquel paisaje, entonces rayado por las finas líneas oblicuas de la lluvia. Se preocupaba más bien de observar si no llamaba especialmente la atención de algún pasajero. Quizá, en efecto, el autor anónimo de la segunda carta se encontraba a bordo. Sin embargo, el ingeniero no logró sorprender ninguna mirada sospechosa.

El *Príncipe de Gales*, al salir de Granton-pier, se dirigió hacia el estrecho paso que se desliza entre las dos puntas de South Queensferry y North

Queensferry, más allá del cual el Forth forma una especie de lago, navegable para buques de cien toneladas. Entre las brumas del fondo aparecían, en breves claros, las cumbres nevadas de los montes Grampianos.

Pronto, el vapor perdió de vista el pueblo de Aberdour, la isla de Colm, coronada por las ruinas de un monasterio del siglo XII, los restos del castillo de Barnbogle, luego Donibristle, donde fue asesinado el yerno del regente Murray, y después el islote fortificado de Garvie. Franqueó el estrecho de Queensferry, dejó a la izquierda el castillo de Rosyth, donde residió antaño una rama de los Estuardo con la que estaba emparentada la madre de Cromwell, pasó ante el castillo de Blackness, todavía fortificado conforme a uno de los artículos del tratado de la Unión, y costeó los muelles del pequeño puerto de Charleston, desde donde se exporta la cal de las canteras de lord Elgin. Por fin, la campana del *Príncipe de Gales* anunció la estación de Crombie Point.

El tiempo era entonces muy malo. La lluvia, azotada por una brisa violenta, se pulverizaba en medio de aquellas rugientes rachas, que pasaban como trombas.

James Starr no dejaba de sentir cierta inquietud. ¿Se encontraría el hijo de Simon Ford en la cita? Lo sabía por experiencia: los mineros, habituados a la profunda calma de las hulleras, afrontan de peor grado que los obreros o los labradores esas grandes turbulencias de la atmósfera. De Callander a la mina Dochart y al pozo Yarrow había que contar una distancia de seis kilómetros y medio. Estas eran razones que podían, en cierta medida, retrasar al hijo del viejo capataz. Sin embargo, al ingeniero le preocupaba más la idea de que la cita dada en la primera carta hubiera sido anulada en la segunda. -- Esa era, a decir verdad, su mayor inquietud.

En todo caso, si Harry Ford no se hallaba a la llegada del tren a Callander, James Starr estaba bien decidido a dirigirse solo a la mina Dochart, e incluso, si era preciso, hasta el pueblo de Aberfoyle. Allí tendría sin duda noticias de Simon Ford, y sabría en qué lugar residía actualmente el viejo capataz.

Sin embargo, el *Príncipe de Gales* seguía levantando gruesas olas bajo el empuje de sus paletas. No se veía nada de las dos orillas del río, ni del pueblo de Crombie, ni Torryburn, ni Torryhouse, ni Newmills, ni Carridenhouse, ni Kirkgrange, ni Salt-Pans, a la derecha. El pequeño puerto de Bow-

ness, el puerto de Grangemouth, abierto en la desembocadura del canal del Clyde, desaparecían en la húmeda bruma. Culross, el viejo burgo y las ruinas de su abadía cisterciense, Kincardine y sus astilleros, donde el vapor hizo escala, Airth Castle y su torre cuadrada del siglo XIII, Clackmannan y su castillo, construido por Robert Bruce, ni siquiera eran visibles a través de las rayas oblicuas de la lluvia.

El *Príncipe de Gales* se detuvo en el embarcadero de Alloa para dejar a algunos viajeros. A James Starr se le encogió el corazón al pasar, tras diez años de ausencia, cerca de aquella pequeña ciudad, sede de explotación de importantes hulleras que seguían alimentando a una numerosa población de trabajadores. Su imaginación lo arrastraba hacia aquel subsuelo, que el pico de los mineros seguía excavando con gran provecho. ¡Aquellas minas de Alloa, casi contiguas a las de Aberfoyle, continuaban enriqueciendo el condado, mientras que los yacimientos vecinos, agotados desde hacía tantos años, ya no contaban con un solo obrero!

El vapor, al salir de Alloa, se internó en los numerosos meandros que traza el Forth a lo largo de treinta kilómetros. Avanzaba rápidamente entre los grandes árboles de ambas orillas. Por un instante, en un claro, aparecieron las ruinas de la abadía de Cambuskenneth, que data del siglo XII. Luego llegaron el castillo de Stirling y el burgo real de ese mismo nombre, donde el Forth, cruzado por dos puentes, deja de ser navegable para los buques de alta arboladura.

Apenas había atracado el *Príncipe de Gales* cuando el ingeniero saltaba ágilmente al muelle. Cinco minutos después llegaba a la estación de Stirling. Una hora más tarde, se apeaba del tren en Callander, gran pueblo situado en la orilla izquierda del Teith.

Allí, delante de la estación, esperaba un joven, que avanzó de inmediato hacia el ingeniero.

Era Harry, el hijo de Simon Ford.

[1] Calle principal y célebre del viejo Edimburgo.

CAPÍTULO III. EL SUBSUELO DEL REINO UNIDO

Conviene, para la comprensión de este relato, recordar en pocas palabras cuál es el origen de la hulla.

Durante las épocas geológicas, cuando el esferoide terrestre se hallaba todavía en vías de formación, lo rodeaba una espesa atmósfera, saturada por completo de vapores de agua y ampliamente impregnada de ácido carbónico. Poco a poco, aquellos vapores se condensaron en lluvias diluvianas, que caían como si hubiesen sido proyectadas por el gollete de algunos millones de billones de botellas de agua de Seltz. Era, en efecto, un líquido cargado de ácido carbónico el que se derramaba torrencialmente sobre un suelo pastoso, mal consolidado, sujeto a deformaciones bruscas o lentas, mantenido a la vez en aquel estado semifluido tanto por los fuegos del sol como por los fuegos de la masa interior. Y es que el calor interno todavía no se había acumulado en el centro del globo. La corteza terrestre, poco espesa e incompletamente endurecida, lo dejaba rezumar a través de sus poros. De ahí una vegetación fenomenal, tal, sin duda, como la que quizá se produce en la superficie de los planetas inferiores, Venus o Mercurio, más próximos que la Tierra al astro radiante.

El suelo de los continentes, todavía mal fijado, se cubrió, pues, de bosques inmensos; el ácido carbónico, tan propicio al desarrollo del reino vegetal, abundaba. Así, los vegetales se desarrollaban bajo la forma arborescente. No había una sola planta herbácea. Por doquier había enormes macizos de árboles, sin flores, sin frutos, de aspecto monótono, que no habrían podido bastar para la alimentación de ningún ser vivo. La tierra no estaba todavía preparada para la aparición del reino animal.

He aquí cuál era la composición de aquellos bosques antediluvianos. En ellos dominaba la clase de las criptógamas vasculares. Los calamites, variedades de colas de caballo arborescentes, los lepidodendros, especie de licopodios gigantes, de veinticinco o treinta metros de altura y un metro de anchura en la base, asterofilos, helechos, sigilarias de proporciones gigantescas, cuyas huellas se han encontrado en las minas de Saint-Étienne —todas ellas plantas grandiosas entonces, a las que hoy solo se reconocerían análogos entre los especímenes más humildes de la tierra habitable—, tales eran, poco variados en su especie pero enormes en su desarrollo, los vegetales que componían exclusivamente los bosques de aquella época.

Aquellos árboles hundían entonces su pie en una especie de inmensa laguna, hecha profundamente húmeda por la mezcla de las aguas dulces y las aguas marinas. Asimilaban ávidamente el carbono que iban sustrayendo poco a poco a la atmósfera, todavía impropia para el funcionamiento de la vida, y puede decirse que estaban destinados a almacenarlo, en forma de hulla, en las mismísimas entrañas del globo.

En efecto, era la época de los terremotos, de esas sacudidas del suelo, debidas a las revoluciones interiores y al trabajo plutónico, que modificaban súbitamente los lineamientos todavía inciertos de la superficie terrestre. Aquí, tumefacciones que se convertían en montañas; allá, simas que habían de llenar océanos o mares. Y entonces, bosques enteros se hundían en la corteza terrestre, a través de las capas movedizas, hasta encontrar un punto de apoyo, como el suelo primitivo de las rocas granitoideas, o hasta que, por asentamiento, formaban un todo resistente.

En efecto, el edificio geológico se presenta según este orden en las entrañas del globo: el suelo primitivo, sobre el que se asienta el suelo de relleno, compuesto por los terrenos primarios; luego los terrenos secundarios, cuyos yacimientos hulleros ocupan el piso inferior; después los terrenos terciarios, y encima, el terreno de los aluviones antiguos y modernos.

En aquella época, las aguas, que ningún cauce retenía todavía y que la condensación engendraba en todos los puntos del globo, se precipitaban arrancando a las rocas, apenas formadas, lo necesario para componer los esquistos, las areniscas, las calizas. Llegaban por encima de los bosques turbosos y depositaban los elementos de esos terrenos que iban a superponerse al terreno hullero. Con el tiempo —periodos que se cifran en millones de

años —, esos terrenos se endurecieron, se escalonaron y encerraron bajo un espeso caparazón de conglomerados, esquistos, areniscas compactas o deleznales, grava y guijarros, toda la masa de los bosques sepultados.

¿Qué ocurría en aquel crisol gigantesco, donde se acumulaba la materia vegetal, hundida a profundidades variables? Una verdadera operación química, una especie de destilación. Todo el carbono que contenían aquellos vegetales se aglomeraba, y poco a poco la hulla se formaba bajo la doble influencia de una presión enorme y de la elevada temperatura que le proporcionaban los fuegos internos, entonces tan próximos a ella.

Así pues, un reino sustituía al otro en aquella lenta pero irresistible reacción. Lo vegetal se transformaba en mineral. Todas aquellas plantas, que habían vivido de la vida vegetativa bajo la savia activa de los primeros días, se petrificaban. Algunas de las sustancias encerradas en aquel vasto herbario, incompletamente deformadas, dejaban su huella impresa en los demás productos, mineralizados más rápidamente, que las prensaban como lo habría hecho una prensa hidráulica de una potencia incalculable. Al mismo tiempo, conchas, zoófitos tales como estrellas de mar, políperos, espiríferos, e incluso peces, incluso lagartos, arrastrados por las aguas, dejaban sobre la hulla, todavía tierna, su impresión nítida y como «admirablemente estampada [1*]».

La presión parece haber desempeñado un papel considerable en la formación de los yacimientos carboníferos. En efecto, a su grado de intensidad se deben las diversas clases de hulla que emplea la industria. Así, en las capas más bajas del terreno hullero aparece la antracita, que, casi enteramente desprovista de materia volátil, contiene la mayor cantidad de carbono. En las capas más altas se muestran, por el contrario, el lignito y la madera fósil, sustancias en las que la cantidad de carbono es infinitamente menor. Entre esas dos capas, según el grado de presión que hayan sufrido, se encuentran los filones de grafito, las hullas grasas o magras. Puede afirmarse incluso que por falta de una presión suficiente la capa de los pantanos turbosos no llegó a modificarse por completo.

Así pues, el origen de las hulleras, en cualquier punto del globo en que se hayan descubierto, es este: hundimiento en la corteza terrestre de los grandes bosques de la época geológica, y luego, mineralización de los vegetales

obtenida con el tiempo, bajo la influencia de la presión y del calor, y bajo la acción del ácido carbónico.

Sin embargo, la naturaleza, por lo común tan pródiga, no enterró bosques suficientes para un consumo que abarcase algunos millares de años. La hulla faltará algún día, eso es seguro. Un paro forzoso se impondrá, pues, a las máquinas del mundo entero, si algún nuevo combustible no sustituye al carbón. En una época más o menos remota, no quedarán yacimientos carboníferos, salvo los que una eterna capa de hielo cubre en Groenlandia, en las inmediaciones del mar de Baffin, y cuya explotación resulta poco menos que imposible. Es el destino inevitable. Las cuencas hulleras de América, todavía prodigiosamente ricas, las del lago Salado, de Oregón, de California, no tendrán ya, algún día, más que un rendimiento insuficiente. Lo mismo ocurrirá con las hulleras del cabo Bretón y del San Lorenzo, con los yacimientos de los Alleghanys, de Pensilvania, de Virginia, de Illinois, de Indiana, de Misuri. Aunque los criaderos carboníferos de Norteamérica sean diez veces más considerables que todos los yacimientos del mundo entero, no transcurrirán cien siglos sin que el monstruo de millones de fauces de la industria haya devorado el último trozo de hulla del globo.

La escasez, se comprende, se hará sentir más pronto en el viejo mundo. Existen, en efecto, capas de combustible mineral en Abisinia, en Natal, en el Zambeze, en Mozambique, en Madagascar, pero su explotación regular presenta las mayores dificultades. Las de Birmania, China, la Cochinchina, el Japón, el Asia central, se agotarán bastante pronto. Los ingleses habrán vaciado sin duda a Australia de sus productos hulleros, bastante abundantemente enterrados en su suelo, antes del día en que el carbón falte en el Reino Unido. Para entonces, ya los filones carboníferos de Europa, alcanzados hasta en sus últimas vetas, habrán sido abandonados.

Júzguese por las cifras siguientes las cantidades de hulla que se han consumido desde el descubrimiento de los primeros yacimientos. Las cuencas hulleras de Rusia, de Sajonia y de Baviera comprenden seiscientas mil hectáreas; las de España, ciento cincuenta mil; las de Bohemia y de Austria, ciento cincuenta mil. Las cuencas de Bélgica, de cuarenta leguas de largo por tres de ancho, cuentan igualmente ciento cincuenta mil hectáreas, que se extienden bajo los territorios de Lieja, Namur, Mons y Charleroi. En Francia, la cuenca situada entre el Loira y el Ródano — Rive-de-Gier, Saint-Étienne, Givors, Épinac, Blanzay, Le Creusot —, las explotaciones del Gard,

Alès, La Grand-Combe, las del Aveyron en Aubin, los yacimientos de Carmaux, de Bassac, de Graissessac, y, en el Norte, Anzin, Valenciennes, Lens, Béthune, cubren cerca de trescientas cincuenta mil hectáreas.

El país más rico en carbón es, sin discusión, el Reino Unido. Este, exceptuando Irlanda, a la que casi por completo le falta el combustible mineral, posee enormes riquezas carboníferas, aunque agotables como todas las riquezas. La más importante de esas diversas cuencas, la de Newcastle, que ocupa el subsuelo del condado de Northumberland, produce al año hasta treinta millones de toneladas, es decir, cerca de la tercera parte del consumo inglés y más del doble de la producción francesa. La cuenca del país de Gales, que ha concentrado toda una población de mineros en Cardiff, en Swansea, en Newport, rinde anualmente diez millones de toneladas de esa hulla tan buscada que lleva su nombre. En el centro se explotan las cuencas de los condados de York, Lancaster, Derby, Stafford, menos productivas, pero de un rendimiento todavía considerable. Por último, en esa porción de Escocia situada entre Edimburgo y Glasgow, entre esos dos mares que la recortan tan profundamente, se extiende uno de los más vastos yacimientos hulleros del Reino Unido. El conjunto de esas diversas cuencas no comprende menos de un millón seiscientas mil hectáreas, y produce anualmente hasta cien millones de toneladas del negro combustible.

¡Pero qué importa! El consumo llegará a ser tal, para las necesidades de la industria y del comercio, que esas riquezas se agotarán. No habrá terminado el tercer milenio de la era cristiana cuando la mano del minero haya vaciado, en Europa, esos almacenes en los que, según una imagen certera, se concentró el calor solar de los primeros días [2*].

Pues bien, precisamente en la época en que transcurre esta historia, una de las más importantes hulleras de la cuenca escocesa había quedado agotada por una explotación demasiado rápida. En efecto, era en ese territorio, que se extiende entre Edimburgo y Glasgow, en una anchura media de dieciséis a diecinueve kilómetros, donde se excavaba la hullera de Aberfoyle, cuyos trabajos había dirigido durante tanto tiempo el ingeniero James Starr.

Hacía diez años que aquellas minas habían debido abandonarse. No se habían podido descubrir nuevos yacimientos, aunque los sondeos se habían llevado hasta una profundidad de unos cuatrocientos cincuenta metros, e incluso seiscientos, y cuando James Starr se retiró, lo hizo con la certeza de

que el filón más delgado había sido explotado hasta su completo agotamiento.

Era, pues, más que evidente que, en tales condiciones, el descubrimiento de una nueva cuenca hullera en las profundidades del subsuelo inglés habría constituido un acontecimiento considerable. ¿Se refería a un hecho de esa naturaleza la comunicación anunciada por Simon Ford? Eso era lo que se preguntaba James Starr, eso era lo que quería esperar.

En una palabra, ¿se trataba de otro rincón de aquellas ricas Indias negras cuya conquista se le llamaba de nuevo a emprender? Quería creerlo.

La segunda carta había desconcertado por un instante sus ideas al respecto, pero ahora ya no le hacía caso. Además, el hijo del viejo capataz estaba allí, esperándolo en la cita indicada. La carta anónima carecía, pues, ya de todo valor.

En el instante en que el ingeniero ponía pie en el muelle, el joven avanzó hacia él.

—¿Es usted Harry Ford? —le preguntó vivamente James Starr, sin más preámbulo.

—Sí, señor Starr.

—¡No lo habría reconocido, muchacho! ¡Ah, es que en diez años se ha convertido usted en un hombre!

—Yo sí lo he reconocido a usted —respondió el joven minero, que sostenía el sombrero en la mano—. Usted no ha cambiado, señor. Usted es quien me abrazó el día de la despedida en la mina Dochart. ¡Eso no se olvida!

—Cúbrase la cabeza, Harry —dijo el ingeniero—. Llueve a cántaros, y la cortesía no debe llegar hasta el resfriado.

—¿Quiere usted que nos pongamos a cubierto, señor Starr? —preguntó Harry Ford.

—No, Harry. El tiempo está echado a perder. Lloverá todo el día, y tengo prisa. Vámonos.

—A sus órdenes —respondió el joven.

—Dígame, Harry, ¿su padre está bien de salud?

—Muy bien, señor Starr.

—¿Y su madre?...

—Mi madre también.

—¿Fue su padre quien me escribió para citarme en el pozo Yarow?

—No, fui yo.

—Pero entonces, ¿me dirigió Simon Ford una segunda carta para anular esta cita? —preguntó vivamente el ingeniero.

—No, señor Starr —respondió el joven minero.

—¡Bien! —respondió James Starr, sin hablar más de la carta anónima.

Luego, retomando:

—¿Y puede usted decirme qué quiere de mí el viejo Simon? —preguntó al joven.

—Señor Starr, mi padre se ha reservado el cuidado de decírselo él mismo.

—Pero ¿usted lo sabe?...

—Lo sé.

—Bien, Harry, no le pido más. En marcha, pues, que tengo prisa por hablar con Simon Ford. A propósito, ¿dónde vive?

—En la mina.

—¿Cómo! ¿En la mina Dochart?

—Sí, señor Starr —respondió Harry Ford.

—¿Cómo! ¿Su familia no ha abandonado la vieja mina desde el cese de los trabajos?

—Ni un solo día, señor Starr. Usted conoce a mi padre. Ahí nació, y ahí quiere morir.

—Lo comprendo, Harry... ¡Lo comprendo! ¡Su hulla natal! No ha querido abandonarla. ¿Y se encuentran ustedes a gusto ahí?...

—Sí, señor Starr —respondió el joven minero—, porque nos queremos de corazón y tenemos pocas necesidades.

—Bien, Harry —dijo el ingeniero—. ¡En marcha!

Y James Starr, siguiendo al joven, se encaminó a través de las calles de Callander.

Diez minutos después, ambos habían dejado atrás la ciudad.

[1] Cabe observar, además, que todas esas plantas, cuyas huellas se han encontrado, pertenecen a especies hoy reservadas a las zonas ecuatoriales del globo. Puede concluirse, pues, que en aquella época el calor era igual en toda la tierra, ya fuera porque lo llevasen hasta allí corrientes de aguas cálidas, ya porque los fuegos interiores se dejasen sentir en su superficie a través de la corteza porosa. Así se explica la formación de yacimientos carboníferos bajo todas las latitudes terrestres.

[2] He aquí, teniendo en cuenta la progresión del consumo de hulla, lo que los últimos cálculos asignan, en Europa, al agotamiento de los combustibles minerales:

Francia dentro de 1140 años.

Inglaterra -- 800 --

Bélgica -- 750 --

Alemania -- 300 --

En América, a razón de 500 millones de toneladas anuales, los criaderos podrían producir carbón durante 6000 años.

CAPÍTULO IV. LA MINA DOCHART

Harry Ford era un mozo alto, de veinticinco años, vigoroso, bien formado. Su fisonomía algo seria, su actitud habitualmente pensativa, lo habían hecho notar, desde niño, entre sus compañeros de la mina. Sus rasgos regulares, sus ojos profundos y dulces, su cabello más bien áspero, castaño antes que rubio, el encanto natural de su persona, todo concurría a hacer de él el tipo cabal del Lowlander, es decir, un espléndido ejemplar del escocés de las tierras bajas. Curtido casi desde su más tierna infancia en el trabajo de la hullera, era, además de un sólido compañero, una naturaleza buena y valerosa. Guiado por su padre, impulsado por sus propios instintos, había trabajado, se había instruido desde temprano, y, a una edad en la que apenas se es un aprendiz, había llegado a hacerse un lugar —de los primeros de su condición— en un país que cuenta con pocos ignorantes, porque hace todo lo posible por suprimir la ignorancia. Si bien durante los primeros años de su adolescencia el pico no abandonó la mano de Harry Ford, el joven minero no tardó en adquirir los conocimientos suficientes para elevarse en la jerarquía de la hullera, y sin duda habría sucedido a su padre como capataz de la mina Dochart si esta no hubiese sido abandonada.

James Starr era todavía un buen caminante, y, sin embargo, no habría seguido fácilmente a su guía si este no hubiese moderado el paso.

La lluvia caía entonces con menos violencia. Las gruesas gotas se pulverizaban antes de llegar al suelo. Eran más bien ráfagas húmedas, que corrían por el aire, levantadas por una brisa fresca.

Harry Ford y James Starr —el joven llevaba el ligero equipaje del ingeniero— siguieron la orilla izquierda del río durante un kilómetro y medio aproximadamente. Después de bordear su sinuosa ribera, tomaron un ca-

mino que se adentraba en tierra firme bajo los grandes árboles chorreantes. A uno y otro lado se extendían vastos pastizales, en torno a granjas aisladas. Algunos rebaños pacían tranquilamente la hierba, siempre verde, de aquellas praderas de la baja Escocia. Eran vacas sin cuernos, o pequeñas ovejas de lana sedosa, que parecían las ovejas de los rediles de juguete de los niños. Ningún pastor se dejaba ver, refugiado sin duda en algún hueco de árbol; pero el «colley», perro propio de esa comarca del Reino Unido y célebre por su vigilancia, rondaba en torno al pastizal.

El pozo Yarow se hallaba a unos seis kilómetros y medio de Callander. James Starr, mientras caminaba, no dejaba de sentirse impresionado. No había vuelto a ver aquella comarca desde el día en que la última tonelada de las hulleras de Aberfoyle se había vertido en los vagones del ferrocarril de Glasgow. La vida agrícola sustituía ahora a la vida industrial, siempre más ruidosa, más activa. El contraste resultaba tanto más llamativo cuanto que, durante el invierno, las labores del campo sufren una especie de paro. Pero antaño, en toda estación, la población de los mineros, tanto en la superficie como en las profundidades, animaba aquel territorio. Los grandes carros de carbón pasaban noche y día. Los raíles, ahora enterrados en sus traviesas podridas, crujían bajo el peso de los vagones. En la actualidad, el camino de piedra y tierra sustituía poco a poco los antiguos tranvías de la explotación. James Starr creía atravesar un desierto.

El ingeniero miraba, pues, en torno suyo con ojos entristecidos. Se detenía a ratos para tomar aliento. Escuchaba. El aire ya no se llenaba ahora de los silbidos lejanos ni del jadeante estrépito de las máquinas. En el horizonte, ni un rastro de aquellos vapores negruzcos que el industrial gusta de reencontrar, mezclados con las grandes nubes. Ni una alta chimenea cilíndrica o prismática vomitando humos, tras haberse alimentado del propio yacimiento; ni un tubo de escape desgañitándose al soplar su vapor blanco. El suelo, antaño ensuciado por el polvo de la hulla, presentaba un aspecto limpio, al que los ojos de James Starr ya no estaban habituados.

Cuando el ingeniero se detenía, Harry Ford se detenía también. El joven minero esperaba en silencio. Comprendía bien lo que pasaba por el ánimo de su compañero, y compartía vivamente esa impresión, él, hijo de la hullera, cuya vida entera había transcurrido en las profundidades de aquel suelo.

—Sí, Harry, todo esto ha cambiado —dijo James Starr—. Pero a fuerza de extraer, era forzoso que los tesoros de hulla se agotasen algún día. ¡Añora usted aquellos tiempos!

—Los añoro, señor Starr —respondió Harry—. El trabajo era duro, pero interesaba, como toda lucha.

—Sin duda, muchacho. La lucha de cada instante, el peligro de los derrumbes, de los incendios, de las inundaciones, de las explosiones de grisú que golpean como el rayo. Había que hacer frente a esos peligros. Dice usted bien: era la lucha, y, por tanto, la vida apasionante.

—Los mineros de Alloa han sido más favorecidos que los mineros de Aberfoyle, señor Starr.

—Sí, Harry —respondió el ingeniero.

—¡La verdad —exclamó el joven— es que resulta lamentable que el globo terráqueo entero no estuviese compuesto únicamente de carbón! ¡Habría habido para algunos millones de años!

—Sin duda, Harry, pero hay que reconocer, sin embargo, que la naturaleza se mostró previsor al formar nuestro esferoide, sobre todo, de arenisca, de caliza, de granito, que el fuego no puede consumir.

—¿Quiere usted decir, señor Starr, que los hombres habrían acabado por quemar su globo?...

—¡Sí! Entero, muchacho —respondió el ingeniero—. La tierra habría pasado hasta el último pedazo por los hornos de las locomotoras, de las locomóviles, de los vapores, de las fábricas de gas, y, sin duda, así habría acabado un buen día nuestro mundo.

—Eso ya no hay que temerlo, señor Starr. Pero, en cambio, las hulleras se agotarán, sin duda, más rápidamente de lo que establecen las estadísticas.

—Eso sucederá, Harry, y, en mi opinión, Inglaterra quizá se equivoca al cambiar su combustible por el oro de las demás naciones.

—En efecto —respondió Harry.

—Bien sé —añadió el ingeniero— que ni la hidráulica ni la electricidad han dicho todavía su última palabra, y que algún día se aprovecharán más plenamente esas dos fuerzas. ¡Pero no importa! La hulla es de un empleo

muy práctico y se presta fácilmente a las diversas necesidades de la industria. Por desgracia, los hombres no pueden producirla a voluntad. Si los bosques exteriores rebrotan sin cesar bajo la influencia del calor y del agua, los bosques interiores, en cambio, no se reproducen, ¡y el globo nunca volverá a encontrarse en las condiciones necesarias para rehacerlos!

James Starr y su guía, mientras conversaban, habían reanudado la marcha a paso rápido. Una hora después de haber salido de Callander, llegaban a la mina Dochart.

Hasta el más indiferente se habría conmovido ante el triste aspecto que ofrecía aquel establecimiento abandonado. Era como el esqueleto de lo que en otro tiempo había estado tan vivo.

En un vasto recinto, bordeado de algunos árboles raquíticos, el suelo desaparecía todavía bajo el negro polvo del combustible mineral, pero ya no se veían en él ni escorias, ni terrones de carbón, ni fragmento alguno de hulla. Todo había sido retirado y consumido hacía tiempo.

Sobre una colina poco elevada se recortaba la silueta de una enorme armazón que el sol y la lluvia carcomían lentamente. En lo alto de aquella armazón aparecía una gran polea o rueda de fundición, y más abajo se redondeaban aquellos gruesos tambores, en los que antaño se enrollaban los cables que subían las jaulas a la superficie del suelo.

En el piso inferior se reconocía la sala en ruinas de las máquinas, en otro tiempo tan relucientes en las partes del mecanismo hechas de acero o de cobre. Algunos lienzos de muro yacían por tierra en medio de vigas rotas y verdecidas por la humedad. Restos de balancines a los que se articulaba el vástago de las bombas de achique, cojinetes rotos o mugrientos, piñones desdentados, mecanismos de báscula volcados, algunos travesaños fijados a los caballetes y que figuraban grandes espinazos de ictiosaurios, raíles apoyados sobre alguna traviesa rota que sostenían todavía dos o tres pilotes tambaleantes, vías cuyo peso no habría resistido ni un vagón vacío: tal era el aspecto desolado de la mina Dochart.

El brocal de los pozos, de piedras desgastadas, desaparecía bajo espesos musgos. Aquí se reconocían los vestigios de una jaula; allá, los restos de un parque donde se almacenaba el carbón, que debía clasificarse según su calidad o su tamaño. Por último, restos de cubas de las que pendía un trozo de

cadena, fragmentos de caballetes gigantescos, planchas de una caldera reventada, pistones retorcidos, largos balancines que se inclinaban sobre la boca de los pozos de bombeo, pasarelas que temblaban al viento, puentecillos que se estremecían bajo el pie, muros agrietados, tejados medio hundidos que dominaban chimeneas de ladrillos desencajados, semejantes a esos cañones modernos cuya recámara está zunchada de anillos cilíndricos: de todo aquello se desprendía una viva impresión de abandono, de miseria, de tristeza, que no ofrecen las ruinas de un viejo castillo de piedra, ni los restos de una fortaleza desmantelada.

—¡Es una desolación! —dijo James Starr, mirando al joven, que no respondió.

Ambos penetraron entonces bajo el cobertizo que cubría la boca del pozo Yarow, cuyas escalas todavía daban acceso a las galerías inferiores de la mina.

El ingeniero se asomó a la boca del pozo.

De allí se escapaba antaño el potente soplo del aire aspirado por los ventiladores. Ahora era un abismo silencioso. Parecía hallarse uno ante la boca de algún volcán apagado.

James Starr y Harry pusieron pie en el primer rellano.

En la época de la explotación, ingeniosos artefactos servían a ciertos pozos de las hulleras de Aberfoyle, que, en ese aspecto, estaban perfectamente equipadas: jaulas provistas de paracaídas automáticos, que mordían sobre guías de madera, escalas oscilantes, llamadas «engine-men», que, mediante un simple movimiento de vaivén, permitían a los mineros bajar sin peligro o subir sin fatiga.

Pero aquellos aparatos perfeccionados habían sido retirados desde el cese de los trabajos. En el pozo Yarow no quedaba más que una larga sucesión de escalas, separadas por estrechos rellanos cada quince metros. Treinta de esas escalas, colocadas así de extremo a extremo, permitían bajar hasta la solera de la galería inferior, a una profundidad de unos cuatrocientos cincuenta metros. Era la única vía de comunicación que existía entre el fondo de la mina Dochart y la superficie. En cuanto a la ventilación, se realizaba por el pozo Yarow, que las galerías comunicaban con otro pozo cuya boca

se abría a un nivel superior, desprendiéndose el aire caliente naturalmente por esa especie de sifón invertido.

—Lo sigo, muchacho —dijo el ingeniero, haciendo señas al joven de que lo precediera.

—A sus órdenes, señor Starr.

—¿Tiene usted su lámpara?

—Sí, y quiera el Cielo que fuese todavía la lámpara de seguridad que usábamos antaño.

—En efecto —respondió James Starr—, ¡las explosiones de grisú ya no hay que temerlas ahora!

Harry solo llevaba una simple lámpara de aceite, cuya mecha encendió. En la hullera, vacía de carbón, las fugas de gas hidrógeno protocarbonado ya no podían producirse. Por tanto, ninguna explosión que temer, ni necesidad alguna de interponer entre la llama y el aire ambiente aquella tela metálica que impide que el gas prenda fuego al exterior. La lámpara de Davy, tan perfeccionada entonces, ya no encontraba aquí su empleo. Pero si el peligro había desaparecido era porque su causa había desaparecido, y con esa causa, el combustible que antaño constituía la riqueza de la mina Dochart.

Harry bajó los primeros peldaños de la escala superior. James Starr lo siguió. Ambos se hallaron pronto en una oscuridad profunda que solo rompía el resplandor de la lámpara. El joven la levantaba por encima de su cabeza, a fin de alumbrar mejor a su compañero.

Una decena de escalas fueron descendidas por el ingeniero y su guía con ese paso medurado habitual en el minero. Estaban todavía en buen estado.

James Starr observaba con curiosidad lo que la insuficiente claridad le dejaba entrever de las paredes del sombrío pozo, que revestía todavía un entibado de madera medio podrido.

Llegados al decimoquinto rellano, es decir, a mitad de camino, hicieron un alto de unos instantes.

—Decididamente, no tengo sus piernas, muchacho —dijo el ingeniero respirando largamente—, pero en fin, todavía voy tirando.

—Es usted fuerte, señor Starr —respondió Harry—, y es algo, ¿sabe usted?, haber vivido tanto tiempo en la mina.

—Tiene usted razón, Harry. Antaño, cuando yo tenía veinte años, habría bajado de un tirón. Vamos, ¡en marcha!

Pero, en el momento en que ambos iban a dejar el rellano, una voz, todavía lejana, se dejó oír en las profundidades del pozo. Llegaba como una onda sonora que se hincha progresivamente, y se volvía cada vez más distinta.

—¡Eh! ¿Quién viene ahí? —preguntó el ingeniero, deteniendo a Harry.

—No sabría decirlo —respondió el joven minero.

—¿No será el viejo padre?...

—¿Él? No, señor Starr.

—¿Algún vecino, entonces?...

—No tenemos vecinos en el fondo de la mina —respondió Harry—. Estamos solos, bien solos.

—Bien, dejemos pasar a ese intruso —dijo James Starr—. A quienes bajan les toca ceder el paso a quienes suben.

Ambos esperaron.

La voz resonaba en ese momento con un brillo magnífico, como si la portase un vasto pabellón acústico, y pronto algunas palabras de una canción escocesa llegaron con bastante nitidez a los oídos del joven minero.

—¡La canción de los lagos! —exclamó Harry—. ¡Ah! Me sorprendería mucho que saliera de otra boca que no fuese la de Jack Ryan.

—¿Y quién es ese Jack Ryan, que canta de forma tan magnífica? —preguntó James Starr.

—Un antiguo compañero de la hullera —respondió Harry.

Luego, asomándose sobre el rellano:

—¡Eh, Jack! —gritó.

—¿Eres tú, Harry? —le respondieron—. Espérame, ya llego.

Y la canción se reanudó con más brío.

Unos instantes después, un mozo alto de veinticinco años, de rostro alegre, ojos risueños, boca jovial, cabellera de un rubio ardiente, aparecía al fondo del cono luminoso que proyectaba su linterna, y ponía pie en el rellano de la decimoquinta escala.

Su primer gesto fue estrechar vigorosamente la mano que Harry acababa de tenderle.

— ¡Encantado de encontrarte! — exclamó —. ¡Pero que san Mungo me proteja! Si hubiera sabido que volvías a la superficie hoy, me habría ahorrado bien esta bajada al pozo Yarow.

— El señor James Starr — dijo entonces Harry, volviendo su lámpara hacia el ingeniero, que había permanecido en la sombra.

— ¡El señor Starr! — respondió Jack Ryan —. ¡Ah, señor ingeniero, no lo habría reconocido! Desde que dejé la mina, mis ojos ya no están acostumbrados, como antaño, a ver en la oscuridad.

— Y yo recuerdo ahora a un chiquillo que cantaba siempre. De eso hace ya diez años, muchacho. ¿Era usted, sin duda?

— El mismo, señor Starr, y, al cambiar de oficio, no he cambiado de humor, ¿sabe usted? ¡Bah! Reír y cantar vale más, me imagino, que llorar y gemir.

— Sin duda, Jack Ryan. ¿Y a qué se dedica usted desde que dejó la mina?

— Trabajo en la granja de Melrose, cerca de Irvine, en el condado de Renfrew, a sesenta y cuatro kilómetros de aquí. ¡Ah, eso no vale lo que nuestras hulleras de Aberfoyle! El pico se avenía mejor con mi mano que la azada o la aguijada. Y además, en la vieja mina había rincones sonoros, ecos alegres que le devolvían a uno con brío sus canciones, mientras que allá arriba... Pero ¿va usted, pues, a visitar al viejo Simon, señor Starr?

— Sí, Jack — respondió el ingeniero.

— Que no lo entretenga yo...

— Dime, Jack — preguntó Harry —, ¿qué motivo te ha traído hoy al cottage?

—Quería verte, compañero —respondió Jack Ryan—, e invitarte a la fiesta del clan de Irvine. Ya sabes, soy el «piper [1*]» del lugar. Se cantará, se bailará.

—Gracias, Jack, pero me resulta imposible.

—¿Imposible?

—Sí, la visita del señor Starr puede prolongarse, y debo acompañarlo de vuelta a Callander.

—¡Eh, Harry! La fiesta del clan de Irvine no llega hasta dentro de ocho días. Para entonces, la visita del señor Starr habrá terminado, supongo, y nada te retendrá ya en el cottage.

—En efecto, Harry —respondió James Starr—. Debe usted aprovechar la invitación que le hace su compañero Jack.

—Bueno, acepto, Jack —dijo Harry—. Dentro de ocho días nos encontraremos en la fiesta de Irvine.

—Dentro de ocho días, queda convenido —respondió Jack Ryan—. ¡Adiós, Harry! Servidor de usted, señor Starr. Estoy muy contento de haberlo vuelto a ver. Podré dar noticias tuyas a los amigos. Nadie lo ha olvidado, señor ingeniero.

—Y yo no he olvidado a nadie —dijo James Starr.

—Gracias en nombre de todos, señor —respondió Jack Ryan.

—¡Adiós, Jack! —dijo Harry, estrechando una última vez la mano de su compañero.

Y Jack Ryan, reanudando su canción, desapareció pronto en las alturas del pozo, vagamente iluminadas por su lámpara.

Un cuarto de hora después, James Starr y Harry bajaban la última escala, y ponían el pie en el suelo del piso más profundo de la mina.

En torno a la plazoleta que formaba el fondo del pozo Yarow irradiaban diversas galerías que habían servido para la explotación del último filón carbonífero de la mina. Se hundían en el macizo de esquistos y areniscas, unas entibadas por trapecios de gruesas vigas apenas escuadradas, otras revestidas de un grueso forro de piedra. Por doquier, rellenos sustituían a las vetas

devoradas por la explotación. Los pilares artificiales estaban hechos de piedras arrancadas a las canteras vecinas, y ahora sostenían el suelo, es decir, el doble piso de los terrenos terciarios y cuaternarios, que antaño reposaban sobre el propio yacimiento. La oscuridad llenaba entonces aquellas galerías, antaño iluminadas ya fuese por la lámpara del minero, ya fuese por la luz eléctrica, cuyo empleo se había introducido en las minas durante los últimos años. Pero los sombríos túneles ya no resonaban con el chirrido de las vagonetas rodando sobre sus raíles, ni con el ruido de las puertas de ventilación que se cerraban bruscamente, ni con las voces de los rodadores, ni con el relincho de los caballos y las mulas, ni con los golpes de pico del obrero, ni con el estruendo del derribo que hacía estallar el macizo.

—¿Quiere usted descansar un instante, señor Starr? —preguntó el joven.

—No, muchacho —respondió el ingeniero—, pues tengo prisa por llegar al cottage del viejo Simon.

—Sígueme, pues, señor Starr. Voy a guiarlo, aunque estoy seguro de que usted reconocería perfectamente su camino en este oscuro dédalo de galerías.

—¡Sí, por cierto! Todavía conservo en la cabeza todo el plano de la vieja mina.

Harry, seguido por el ingeniero y levantando su lámpara para alumbrarlo mejor, se internó en una alta galería, semejante a la nave lateral de una catedral. El pie de ambos tropezaba todavía con las traviesas de madera que sostenían los raíles en la época de la explotación.

Pero apenas habían dado cincuenta pasos cuando una enorme piedra fue a caer a los pies de James Starr.

—¡Tenga cuidado, señor Starr! —exclamó Harry, sujetando el brazo del ingeniero.

—¡Una piedra, Harry! ¡Ah! Estas viejas bóvedas ya no son bastante sólidas, sin duda, y...

—Señor Starr —respondió Harry Ford—, me parece que la piedra ha sido lanzada... ¡y lanzada por una mano de hombre!...

—¡Lanzada! —exclamó James Starr—. ¿Qué quiere usted decir, muchacho?

—Nada, nada... señor Starr —respondió Harry evasivamente, cuya mirada, vuelta seria, habría querido traspasar aquellos gruesos muros—. Sigamos nuestro camino. Tome usted mi brazo, se lo ruego, y no tema dar un paso en falso.

—Aquí estoy, Harry.

Y ambos avanzaron, mientras Harry miraba hacia atrás, proyectando el resplandor de su lámpara hacia las profundidades de la galería.

—¿Llegaremos pronto? —preguntó el ingeniero.

—Dentro de diez minutos, a lo sumo.

—Bien.

—Pero —murmuraba Harry— no por eso deja de ser extraño. Es la primera vez que me sucede algo semejante. Ha tenido que caer esa piedra justo en el momento en que pasábamos...

—Harry, ahí no ha habido más que una casualidad.

—Una casualidad... —respondió el joven, sacudiendo la cabeza—. Sí... una casualidad...

Harry se había detenido. Escuchaba.

—¿Qué ocurre, Harry? —preguntó el ingeniero.

—Me ha parecido oír pasos detrás de nosotros —respondió el joven minero, que aguzó el oído con más atención.

Luego:

—¡No! Me habré equivocado —dijo—. Apóyese bien en mi brazo, señor Starr. Sírvese de mí como de un bastón...

—Un bastón sólido, Harry —respondió James Starr—. No lo hay mejor que un buen muchacho como usted.

Ambos continuaron caminando silenciosamente a través de la sombría nave.

A menudo, Harry, evidentemente preocupado, se volvía, tratando de sorprender ya un ruido lejano, ya algún resplandor distante.

Pero, detrás y delante de él, todo era silencio y tinieblas.

[1] El *piper* es el gaitero en Escocia.

CAPÍTULO V. LA FAMILIA FORD

Diez minutos después, James Starr y Harry salían por fin de la galería principal.

El joven minero y su compañero habían llegado al fondo de un claro, si es que esta palabra puede servir para designar una vasta y oscura excavación. Esta excavación, sin embargo, no carecía en absoluto de luz. Algunos rayos le llegaban por el orificio de un pozo abandonado, que había sido abierto en los pisos superiores. Era por ese conducto por donde se establecía la corriente de ventilación de la mina Dochart. Gracias a su menor densidad, el aire caliente del interior era arrastrado hacia el pozo Yarrow.

Así pues, un poco de aire y de claridad penetraba a la vez, a través de la espesa bóveda de esquisto, hasta el claro.

Allí era donde Simon Ford habitaba desde hacía diez años, con su familia, en una morada subterránea, excavada en el macizo esquistoso, en el mismo lugar donde antaño funcionaban las poderosas máquinas destinadas a efectuar la tracción mecánica de la mina Dochart.

Tal era la vivienda -- a la que gustaba dar el nombre de «cottage» --, donde residía el viejo capataz. Gracias a cierto desahogo, debido a una larga existencia de trabajo, Simon Ford habría podido vivir a pleno sol, en medio de los árboles, en cualquier ciudad del reino; pero los suyos y él habían preferido no abandonar la hullera, donde eran felices, teniendo las mismas ideas, los mismos gustos. ¡Sí! Les gustaba, aquel cottage, enterrado a unos cuatrocientos cincuenta metros bajo el suelo escocés. Entre otras ventajas, no había que temer que los agentes del fisco, los «stentmasters» encargados de establecer la capitación, vinieran jamás allí a dar caza a sus moradores.

Por aquel entonces, Simon Ford, el antiguo capataz de la mina Dochart, llevaba todavía vigorosamente sus sesenta y cinco años. Alto, robusto, de buena planta, habría sido considerado como uno de los más notables «sawneys» [1] del cantón, que tantos apuestos mozos proporcionaba a los regimientos de Highlanders.

Simon Ford descendía de una antigua familia de mineros, y su genealogía se remontaba a los primeros tiempos en que se explotaron los yacimientos carboníferos en Escocia.

Sin indagar arqueológicamente si los griegos y los romanos hicieron uso de la hulla, si los chinos utilizaban las minas de carbón mucho antes de la era cristiana, sin discutir si realmente el combustible mineral debe su nombre al herrero Houillos, que vivía en Bélgica en el siglo XII, se puede afirmar que las cuencas de Gran Bretaña fueron las primeras cuya explotación se puso en marcha de manera regular. Ya en el siglo XI, Guillermo el Conquistador repartía entre sus compañeros de armas los productos de la cuenca de Newcastle. En el siglo XIII, Enrique III concedió una licencia de explotación del «carbón de mar». Por último, hacia finales de ese mismo siglo, se hace mención de los yacimientos de Escocia y del país de Gales.

Fue hacia esa época cuando los antepasados de Simon Ford penetraron en las entrañas del suelo caledonio, para no volver a salir de él, de padres a hijos. No eran más que simples obreros. Trabajaban como forzados en la extracción del precioso combustible. Se cree incluso que los carboneros mineros, al igual que los salineros de aquella época, eran entonces verdaderos esclavos. En efecto, en el siglo XVIII, esta opinión estaba tan arraigada en Escocia que, durante la guerra del Pretendiente, se llegó a temer que veinte mil mineros de Newcastle se sublevaran para reconquistar una libertad que no creían poseer.

Fuera como fuese, Simon Ford estaba orgulloso de pertenecer a aquella gran familia de los hulleros escoceses. Había trabajado con sus propias manos, en el mismo lugar donde sus antepasados habían manejado el pico, la barra, el rivelaine y la piqueta. A los treinta años era capataz de la mina Dochart, la más importante de las hulleras de Aberfoyle. Amaba apasionadamente su oficio. Durante largos años ejerció sus funciones con celo. Su único pesar era ver empobrecerse la veta y prever la hora, muy próxima, en que el yacimiento quedaría agotado.

Fue entonces cuando se entregó a la búsqueda de nuevas vetas en todas las minas de Aberfoyle, que se comunicaban subterráneamente entre sí. Había tenido la fortuna de descubrir algunas durante el último período de explotación. Su instinto de minero le servía maravillosamente, y el ingeniero James Starr lo apreciaba mucho. Se hubiera dicho que adivinaba los yacimientos en las entrañas de la hullera, como un zahorí adivina los manantiales bajo la capa del suelo.

Pero llegó el momento, como ya se ha dicho, en que la materia combustible faltó por completo en la hullera. Los sondeos ya no dieron ningún resultado. Fue evidente que el yacimiento carbonífero estaba completamente agotado. La explotación cesó. Los mineros se retiraron.

¿Se creará? Fue una desesperación para la mayoría. Todos los que saben que el hombre, en el fondo, ama su propio esfuerzo, no se sorprenderán de ello. Simon Ford, sin duda alguna, fue el más afectado. Era, por excelencia, el tipo del minero cuya existencia está indisolublemente ligada a la de su mina. Desde su nacimiento no había dejado de habitarla, y, cuando los trabajos fueron abandonados, quiso seguir viviendo allí. Así que se quedó. Harry, su hijo, se encargó del aprovisionamiento de la vivienda subterránea; pero en cuanto a él, desde hacía diez años, no había subido a la superficie del suelo ni diez veces.

—¡Subir allá arriba! ¿Para qué? —repetía, y no abandonaba su negro dominio.

En aquel ambiente, por lo demás perfectamente sano, sometido a una temperatura siempre moderada, el viejo capataz no conocía ni los calores del verano ni los fríos del invierno. Los suyos se encontraban bien de salud. ¿Qué más podía desear?

En el fondo, estaba seriamente entristecido. Añoraba la animación, el movimiento, la vida de antaño, en la mina tan laboriosamente explotada. Sin embargo, le sostenía una idea fija.

—¡No, no, la hullera no está agotada! —repetía.

Y mal parado habría salido quien se hubiese atrevido a poner en duda, delante de Simon Ford, que algún día la antigua Aberfoyle resucitaría de entre las muertas. Así pues, jamás había abandonado la esperanza de descubrir alguna nueva veta que devolviera a la mina su esplendor pasado. ¡Sí! De

haber sido necesario, habría vuelto a tomar de buen grado el pico del minero, y sus viejos brazos, todavía firmes, se habrían lanzado vigorosamente contra la roca. Recorría, pues, las oscuras galerías, unas veces solo, otras con su hijo, observando, buscando, para regresar cada día fatigado, pero no desesperado, al cottage.

La digna compañera de Simon Ford era Madge, grande y fuerte, la «goodwife», la «buena mujer», según la expresión escocesa. Tanto como su marido, Madge no habría querido abandonar la mina Dochart. Compartía a este respecto todas sus esperanzas y sus pesares. Lo animaba, lo empujaba hacia adelante, le hablaba con una especie de gravedad que reconfortaba el corazón del viejo capataz.

—Aberfoyle no está más que dormida, Simon —le decía—. Tú eres quien tiene razón. No es más que un descanso, no es la muerte.

Madge sabía también prescindir del mundo exterior y concentrar la felicidad de una existencia a tres en el sombrío cottage.

Fue allí donde llegó James Starr.

El ingeniero era esperado con impaciencia. Simon Ford, de pie en su puerta, en cuanto la lámpara de Harry le anunció desde lejos la llegada de su antiguo «viewer», avanzó hacia él.

—¡Sea usted bienvenido, señor James! —le gritó con una voz que resonaba bajo la bóveda de esquisto—. ¡Sea usted bienvenido al cottage del viejo capataz! ¡Por más que esté enterrada a cuatrocientos cincuenta metros bajo tierra, la casa de la familia Ford no es por ello menos hospitalaria!

—¿Cómo está usted, buen Simon? —preguntó James Starr, estrechando la mano que le tendía su anfitrión.

—Muy bien, señor Starr. ¿Y cómo iba a ser de otro modo aquí, al abrigo de toda intemperie del aire? Sus ladies, que van a respirar a Newhaven o a Porto-Bello [2], durante el verano, harían mejor en pasar unos meses en la hullera de Aberfoyle. No correrían el riesgo de coger un buen resfriado, como en las calles húmedas de la vieja capital.

—No seré yo quien le contradiga, Simon —respondió James Starr, feliz de reencontrar al capataz tal como era antaño—. De veras, me pregunto por qué no cambio mi casa de Canongate por algún cottage vecino del suyo.

—A su servicio, señor Starr. Conozco a uno de sus antiguos mineros que estaría particularmente encantado de no tener entre usted y él más que una pared medianera.

—¿Y Madge?... —preguntó el ingeniero.

—La buena mujer se encuentra todavía mejor que yo, si eso es posible —respondió Simon Ford—, y se alegra de tenerlo a usted en su mesa. Creo que se habrá superado a sí misma para recibirlo.

—Eso lo veremos, Simon, eso lo veremos —dijo el ingeniero, a quien el anuncio de un buen almuerzo no podía dejar indiferente después de tan larga caminata.

—¿Tiene usted hambre, señor Starr?

—Hambre, y mucha. El viaje me ha abierto el apetito. He venido con un tiempo espantoso...

—¡Ah, llueve allá arriba! —respondió Simon Ford con un marcado aire de lástima.

—Sí, Simon, y las aguas del Forth están hoy agitadas como las de un mar.

—Pues bien, señor James, aquí no llueve nunca. Pero no voy a describirle unas ventajas que usted conoce tan bien como yo. Ya ha llegado usted al cottage. Eso es lo principal, y, se lo repito, ¡sea usted bienvenido!

Simon Ford, seguido de Harry, hizo entrar en la vivienda a James Starr, que se encontró en medio de una vasta sala, iluminada por varias lámparas, una de las cuales colgaba de las vigas coloreadas del techo.

La mesa, cubierta con un mantel alegrado por colores frescos, ya no esperaba más que a los comensales, a quienes estaban reservadas cuatro sillas tapizadas de viejo cuero.

—Buenos días, Madge —dijo el ingeniero.

—Buenos días, señor James —respondió la buena escocesa, que se levantó para recibir a su huésped.

—La veo de nuevo con gusto, Madge.

— Y tiene usted razón, señor James, pues es agradable reencontrar a aquellos con quienes siempre nos hemos mostrado buenos.

— La sopa espera, mujer — dijo entonces Simon Ford —, y no hay que hacerla esperar, como tampoco al señor James. Tiene un hambre de minero, y verá que nuestro chico no deja que nos falte nada en el cottage. A propósito, Harry — añadió el viejo capataz volviéndose hacia su hijo —, Jack Ryan ha venido a verte.

— Ya lo sé, padre. Nos lo encontramos en el pozo Yarrow.

— Es un buen compañero, alegre — dijo Simon Ford —. Pero parece que le gusta estar allá arriba. Ese no tenía verdadera sangre de minero en las venas. A la mesa, señor James, y almorcemos copiosamente, porque es posible que no podamos cenar hasta muy tarde.

En el momento en que el ingeniero y sus anfitriones iban a tomar asiento:

— Un momento, Simon — dijo James Starr —, ¿quiere usted que coma con buen apetito?

— Eso será hacernos todo el honor posible, señor James — respondió Simon Ford.

— Pues bien, para eso hace falta no tener ninguna preocupación. Y tengo que hacerle dos preguntas.

— Adelante, señor James.

— ¿Su carta me habla de una comunicación de una naturaleza tal que ha de interesarme?

— Es, en efecto, muy interesante.

— ¿Para usted?...

— Para usted y para mí, señor James. Pero deseo comunicársela solo después de la comida y en el mismo lugar. De otro modo, usted no querría creerme.

— Simon — repuso el ingeniero —, míreme bien... así... a los ojos. ¿Una comunicación interesante?... Sí... ¡Bien!... No le pregunto nada más — añadió, como si hubiera leído en la mirada del viejo capataz la respuesta que esperaba.

—¿Y la segunda pregunta? —preguntó este.

—¿Sabe usted, Simon, quién puede ser la persona que me ha escrito esto? —respondió el ingeniero, presentando la carta anónima que había recibido.

Simon Ford tomó la carta y la leyó con mucha atención.

Luego, mostrándosela a su hijo:

—¿Conoces esta letra? —dijo.

—No, padre —respondió Harry.

—¿Y esta carta llevaba el matasellos de la oficina de correos de Aberfoyle? —preguntó Simon Ford al ingeniero.

—Sí, igual que la suya —respondió James Starr.

—¿Qué piensas de esto, Harry? —dijo Simon Ford, cuya frente se ensombreció un instante.

—Pienso, padre —respondió Harry—, que alguien ha tenido algún interés en impedir que el señor James Starr acudiera a la cita que usted le daba.

—¿Pero quién? —exclamó el viejo minero—. ¿Quién ha podido penetrar tan hondo en el secreto de mi pensamiento?...

Y Simon Ford, pensativo, cayó en un ensueño del que pronto lo sacó la voz de Madge.

—Sentémonos, señor Starr —dijo ella—. La sopa se va a enfriar. Por el momento, no pensemos más en esa carta.

Y, siguiendo la invitación de la anciana, cada cual ocupó su lugar en la mesa: James Starr frente a Madge, para honrarla, y el padre y el hijo, uno frente al otro.

Fue una buena comida escocesa. Y, para empezar, comieron un «hotch-potch», sopa en la que la carne nadaba en medio de un excelente caldo. Según decía el viejo Simon, su compañera no tenía rival en el arte de preparar el hotchpotch.

Lo mismo ocurría, por lo demás, con el «cockylecky», una especie de guiso de gallo aderezado con puerros, que no merecía sino elogios.

Todo ello fue regado con una excelente ale, de las mejores que salían de las fábricas de Edimburgo.

Pero el plato principal consistió en un «haggis», pudin nacional hecho de carnes y harina de cebada. Este notable manjar, que inspiró al poeta Burns una de sus mejores odas, corrió la suerte reservada a las cosas hermosas de este mundo: pasó como un sueño.

Madge recibió los sinceros elogios de su huésped.

El almuerzo terminó con un postre compuesto de queso y «cakes», paste-
lillos de avena finamente preparados, acompañados de algunas copitas de
«usquebaugh», excelente aguardiente de grano, que tenía veinticinco años,
justo la edad de Harry.

Esta comida duró una buena hora. James Starr y Simon Ford no solo ha-
bían comido bien, también habían conversado largo y tendido, principal-
mente sobre el pasado de la vieja hullera de Aberfoyle.

Harry, por su parte, había permanecido más bien callado. Dos veces había
abandonado la mesa y hasta la casa. Era evidente que sentía cierta inquietud
desde el incidente de la piedra, y quería vigilar los alrededores del cottage.
La carta anónima tampoco era cosa que lo tranquilizara.

Fue durante una de estas salidas cuando el ingeniero dijo a Simon Ford y
a Madge:

— ¡Buen muchacho tienen ahí, amigos míos!

— Sí, señor James, un ser bueno y entregado —respondió vivamente el
viejo capataz.

— ¿Está a gusto con ustedes, en el cottage?

— No querría dejarnos.

— Pensarán en casarlo, sin embargo, ¿no?

— ¡Casar a Harry! —exclamó Simon Ford—. ¿Y con quién? ¿Con una
muchacha de allá arriba, a la que le gustaran las fiestas, el baile, que prefi-
riera su clan a nuestra hullera? ¡Harry no la querría!

— Simon —respondió Madge—, no pretenderás, sin embargo, que nues-
tro Harry no tome esposa jamás...

—No pretenderé nada —respondió el viejo minero—, pero no hay prisa. ¡Quién sabe si no le encontraremos...!

Harry entraba en ese momento, y Simon Ford calló.

Cuando Madge se levantó de la mesa, todos la imitaron y fueron a sentarse un instante a la puerta del cottage.

—Bien, Simon —dijo el ingeniero—, le escucho.

—Señor James —respondió Simon Ford—, no necesito sus oídos, sino sus piernas. ¿Se ha descansado usted bien?

—Bien descansado y repuesto del todo, Simon. Estoy dispuesto a acompañarlo a donde usted guste.

—Harry —dijo Simon Ford, volviéndose hacia su hijo—, enciende nuestras lámparas de seguridad.

—¡Toma usted lámparas de seguridad! —exclamó James Starr, bastante sorprendido, puesto que ya no había que temer explosiones de grisú en una mina absolutamente vacía de carbón.

—Sí, señor James, ¡por prudencia!

—¿No irá usted también, mi buen Simon, a proponerme que me ponga un traje de minero?

—Todavía no, señor James, ¡todavía no! —respondió el viejo capataz, cuyos ojos brillaban de un modo singular en el fondo de sus profundas órbitas.

Harry, que había entrado en el cottage, volvió a salir casi enseguida, trayendo tres lámparas de seguridad.

Harry entregó una de estas lámparas al ingeniero, otra a su padre, y se quedó con la tercera colgando de su mano izquierda, mientras que su mano derecha se armaba con un largo bastón.

—¡En marcha! —dijo Simon Ford, tomando un pico sólido que se hallaba junto a la puerta del cottage.

—¡En marcha! —respondió el ingeniero—. ¡Adiós, Madge!

—¡Que Dios los asista! —respondió la escocesa.

—Una buena cena, mujer, ¿me oyes? —exclamó Simon Ford—. ¡Tendremos hambre a nuestra vuelta, y le haremos honor!

[1] El sawney es el escocés, como John Bull es el inglés, y Paddy el irlandés.

[2] Estaciones balnearias de los alrededores de Edimburgo.

CAPÍTULO VI. ALGUNOS FENÓMENOS INEXPLICABLES

Ya se sabe lo que son las creencias supersticiosas en las tierras altas y bajas de Escocia. En ciertos clanes, los arrendatarios del laird, reunidos para la velada, gustan de repetir los cuentos tomados del repertorio de la mitología hiperbórea. La instrucción, aunque ampliamente y liberalmente difundida en el país, no ha logrado todavía reducir al estado de ficciones estas leyendas, que parecen inherentes al mismo suelo de la vieja Caledonia. Sigue siendo el país de los espíritus y de las apariciones, de los duendes y de las hadas. Allí aparecen siempre el genio maligno que solo se aleja mediando dinero, el «Seer» de los Highlanders, que por un don de segunda vista predice las muertes próximas, el «May Moullach», que se muestra bajo la forma de una muchacha de brazos velludos y previene a las familias de las desgracias que las amenazan, el hada «Branshie», que anuncia los sucesos funestos, los «Brawnies», a quienes está confiada la guardia del mobiliario doméstico, el «Urisk», que frecuenta más particularmente los desfiladeros salvajes del lago Katrine, y tantos otros.

Es natural que la población de las hulleras escocesas aportara su contingente de leyendas y fábulas a ese repertorio mitológico. Si las montañas de las Tierras Altas están pobladas de seres quiméricos, buenos o malos, con mayor razón debían estar encantadas las sombrías hulleras hasta en sus últimas profundidades. ¿Quién hace temblar el yacimiento durante las noches de tormenta, quién pone sobre la pista de la veta todavía inexplorada, quién enciende el grisú y preside las terribles explosiones, sino algún genio de la mina? Esa era, al menos, la opinión comúnmente difundida entre aquellos supersticiosos escoceses. En verdad, la mayoría de los mineros creían de

buen grado en lo fantástico cuando no se trataba más que de fenómenos puramente físicos, y se habría perdido el tiempo tratando de desengañarlos. ¿Dónde se habría desarrollado la credulidad más libremente que en el fondo de aquellos abismos?

Ahora bien, las hulleras de Aberfoyle, precisamente porque se explotaban en el país de las leyendas, debían prestarse más naturalmente a todos los incidentes de lo sobrenatural.

Así pues, las leyendas abundaban allí. Hay que decir, por lo demás, que ciertos fenómenos, inexplicados hasta entonces, no podían sino proporcionar un nuevo alimento a la credulidad pública.

En primera fila entre los supersticiosos de la mina Dochart figuraba Jack Ryan, el compañero de Harry. Era el mayor partidario de lo sobrenatural que pudiera existir. Todas aquellas fantásticas historias las transformaba en canciones, que le valían buenos éxitos durante las veladas de invierno.

Pero Jack Ryan no era el único en hacer gala de su credulidad. Sus compañeros afirmaban, no menos alto, que las minas de Aberfoyle estaban encantadas, que ciertos seres inasibles aparecían allí con frecuencia, como ocurría en las Tierras Altas. Según ellos, lo verdaderamente extraordinario habría sido que no fuese así. ¿Existe, en efecto, un ambiente mejor dispuesto que una sombría y profunda hullera para los retozos de los genios, los duendes, los trasgos y demás actores de los dramas fantásticos? El decorado estaba ya montado; ¿por qué no habrían de venir los personajes sobrenaturales a representar su papel?

Así razonaban Jack Ryan y sus compañeros de las hulleras de Aberfoyle. Ya se ha dicho que las distintas minas se comunicaban entre sí por las largas galerías subterráneas abiertas entre las vetas. Existía así, bajo el condado de Stirling, un enorme macizo, surcado de túneles, agujereado de cavidades, horadado de pozos, una especie de hipogeo, de laberinto subterráneo, que ofrecía el aspecto de un vasto hormiguero.

Los mineros de los distintos fondos se encontraban, pues, a menudo, ya fuera cuando se dirigían a los trabajos de explotación, ya cuando regresaban de ellos. De ahí una facilidad constante para intercambiar comentarios y hacer circular de una mina a otra las historias que tenían su origen en la hulle-

ra. Los relatos se transmitían así con una rapidez maravillosa, pasando de boca en boca y aumentando, como es de rigor.

Sin embargo, dos hombres más instruidos y de temperamento más positivo que los demás habían resistido siempre a esta corriente. No admitían en ningún grado la intervención de los duendes, los genios o las hadas.

Eran Simon Ford y su hijo. Y bien lo demostraron continuando habitando la sombría cripta tras el abandono de la mina Dochart. Quizá la buena Madge tuviera cierta inclinación hacia lo sobrenatural, como toda escocesa de las Tierras Altas. Pero, en cuanto a esas historias de apariciones, se veía reducida a contárselas a sí misma, cosa que hacía, por lo demás, concienzudamente, para no perder las viejas tradiciones.

Aun de haber sido Simon y Harry Ford tan crédulos como sus compañeros, no habrían abandonado la hullera ni a los genios ni a las hadas. La esperanza de descubrir una nueva veta les habría hecho desafiar a toda la fantástica cohorte de duendes. Solo eran crédulos, solo eran creyentes, en un punto: no podían admitir que el yacimiento carbonífero de Aberfoyle estuviese totalmente agotado. Puede decirse, con cierta razón, que Simon Ford y su hijo tenían a este respecto «la fe del carbonero», esa fe en Dios que nada puede quebrantar.

Por eso, desde hacía diez años, sin faltar un solo día, obstinados, inmutables en sus convicciones, el padre y el hijo tomaban su pico, su bastón y su lámpara. Iban así los dos, buscando, tanteando la roca con un golpe seco, escuchando si esta devolvía un sonido favorable.

Mientras los sondeos no se hubieran llevado hasta el granito del terreno primario, Simon y Harry Ford estaban de acuerdo en que la búsqueda, inútil hoy, podía ser útil mañana, y que debía reanudarse. Pasarían toda su vida intentando devolver a la hullera de Aberfoyle su antigua prosperidad. Si el padre había de sucumbir antes de la hora del éxito, el hijo retomaría la tarea él solo.

Al mismo tiempo, aquellos dos guardianes apasionados de la hullera la visitaban desde el punto de vista de su conservación. Se aseguraban de la solidez de los rellenos y de las bóvedas. Comprobaban si había que temer algún desprendimiento, y si se hacía urgente clausurar alguna parte de la mina. Examinaban las huellas de infiltración de las aguas superiores, las

desviaban, las canalizaban para enviarlas a algún sumidero. En fin, se habían constituido voluntariamente en protectores y conservadores de aquel dominio improductivo, del cual habían salido tantas riquezas, ahora disueltas en humo.

Fue durante algunas de estas excursiones cuando a Harry, más particularmente, le sucedió quedar impresionado por ciertos fenómenos, cuya explicación buscaba en vano.

Así, varias veces, cuando recorría alguna estrecha contragalería, le pareció oír ruidos análogos a los que habrían podido producir violentos golpes de pico, asestados contra la pared rellena.

Harry, a quien ni lo sobrenatural ni lo natural podían amedrentar, había apresurado el paso para sorprender la causa de aquel misterioso trabajo.

El túnel estaba desierto. La lámpara del joven minero, paseada sobre la pared, no había dejado ver ninguna huella reciente de golpes de barra o de pico. Harry se preguntaba entonces si no sería juguete de una ilusión acústica, de algún eco extraño o caprichoso.

Otras veces, al proyectar de improviso una viva luz hacia alguna anfractuosa sospechosa, había creído ver pasar una sombra. Se había lanzado hacia allí... Nada, aun cuando ninguna salida habría permitido a un ser humano sustraerse a su persecución.

En dos ocasiones, desde hacía un mes, Harry, mientras visitaba la parte oeste de la mina, oyó distintamente detonaciones lejanas, como si algún minero hubiera hecho estallar un cartucho de dinamita.

La última vez, tras minuciosas búsquedas, había comprobado que un pilar acababa de ser reventado por un barreno.

A la luz de su lámpara, Harry examinó atentamente la pared atacada por el barreno. No estaba hecha de un simple relleno de piedras, sino de un lienzo de esquisto, que penetraba a esa profundidad en el piso del yacimiento hullero. ¿Había tenido el barreno por objeto provocar el descubrimiento de una nueva veta? ¿Se había querido únicamente producir un desprendimiento en esa parte de la hullera? Esto fue lo que se preguntó Harry, y, cuando dio a conocer el hecho a su padre, ni el viejo capataz ni él pudieron resolver la cuestión de manera satisfactoria.

—Es singular —repetía a menudo Harry—. La presencia en la mina de un ser desconocido parece imposible, y, sin embargo, no se puede poner en duda. ¿Querrá, pues, otro que no seamos nosotros buscar si no existe todavía alguna veta explotable? ¿O más bien no tratará de aniquilar lo que queda de las hulleras de Aberfoyle? ¿Pero con qué fin? ¡Lo sabré, aunque me cueste la vida!

Quince días antes de aquella jornada en que Harry Ford guiaba al ingeniero a través del dédalo de la mina Dochart, había estado a punto de alcanzar el objetivo de sus pesquisas.

Recorría el extremo suroeste de la hullera, con un potente fanal en la mano.

De pronto, le pareció que una luz acababa de apagarse, a poco más de un centenar de metros delante de él, en el fondo de una estrecha chimenea que cortaba oblicuamente el macizo. Se precipitó hacia el resplandor sospechoso...

Búsqueda inútil. Como Harry no admitía para las cosas físicas explicación sobrenatural alguna, concluyó que, ciertamente, un ser desconocido merodeaba por la mina. Pero, por más que hizo, buscando con el mayor cuidado, escrutando las menores anfractuosidades de la galería, se quedó con las ganas, y no pudo llegar a ninguna certeza.

Harry se remitió, pues, al azar para que le desvelara aquel misterio. De vez en cuando volvió a ver aparecer resplandores que revoloteaban de un punto a otro como fuegos de San Telmo; pero su aparición no duraba más que un relámpago, y hubo que renunciar a descubrir su causa.

Si Jack Ryan y los demás supersticiosos de la hullera hubiesen visto aquellas llamas fantásticas, sin duda no habrían dejado de gritar que aquello era cosa sobrenatural.

Pero Harry ni siquiera pensaba en ello. Tampoco el viejo Simon. Y cuando ambos hablaban de aquellos fenómenos, debidos evidentemente a una causa puramente física:

—Muchacho —respondía el viejo capataz—, esperemos. Todo esto se explicará algún día.

Sin embargo, hay que observar que, hasta entonces, ni Harry ni su padre habían sido nunca objeto de un acto de violencia.

Si la piedra, caída ese mismo día a los pies de James Starr, había sido arrojada por la mano de un malhechor, era el primer acto delictivo de este género.

James Starr, interrogado, opinó que aquella piedra se había desprendido de la bóveda de la galería. Pero Harry no admitió una explicación tan simple. La piedra, según él, no había caído, había sido lanzada. A menos de rebotar, jamás habría descrito una trayectoria si no hubiese sido movida por un impulso ajeno.

Harry veía en ello, pues, un intento directo contra él y su padre, o incluso contra el ingeniero. Después de lo que se sabe, quizá se convendrá en que tenía fundamento para creerlo.

CAPÍTULO VII. UN EXPERIMENTO DE SIMON FORD

Daba el mediodía en el viejo reloj de madera de la sala cuando James Starr y sus dos compañeros salieron del cottage.

La luz, que penetraba a través del pozo de ventilación, iluminaba vagamente el claro. La lámpara de Harry habría sido entonces inútil, pero no tardaría en serle necesaria, pues era hacia el extremo mismo de la mina Dochart adonde el viejo capataz iba a conducir al ingeniero.

Tras recorrer un espacio de poco más de tres kilómetros por la galería principal, los tres exploradores —pues pronto se verá que se trataba de una exploración— llegaron a la boca de un estrecho túnel. Era como una nave lateral cuya bóveda descansaba sobre un entibado tapizado de un musgo blanquecino. Seguía aproximadamente la línea que trazaba, cuatrocientos cincuenta metros más arriba, el curso alto del Forth.

Por si James Starr estuviera menos familiarizado que antaño con el laberinto de la mina Dochart, Simon Ford le recordaba la disposición del plano general, comparándolo con el trazado geográfico del terreno.

James Starr y Simon Ford caminaban, pues, conversando.

Delante, Harry alumbraba el camino. Trataba, proyectando bruscos destellos de luz hacia las sombrías oquedades, de descubrir alguna sombra sospechosa.

—¿Vamos a ir muy lejos así, viejo Simon? —preguntó el ingeniero.

—Todavía unos ochocientos metros, señor James. ¡Antes habríamos hecho este trayecto en vagón, sobre los tranvías de tracción mecánica! ¡Pero

qué lejos quedan ya aquellos tiempos!

—¿Nos dirigimos entonces hacia el extremo del último filón? —preguntó James Starr.

—¡Sí! Ya veo que todavía conoce usted bien la mina.

—¡Vamos, Simon! —respondió el ingeniero—, sería difícil ir más lejos, si no me equivoco, ¿verdad?

—En efecto, señor James. Fue ahí donde nuestros picos arrancaron el último trozo de hulla del yacimiento. ¡Lo recuerdo como si aún estuviera allí! Fui yo quien dio aquel último golpe, y resonó en mi pecho con más fuerza que en la roca. Ya no había alrededor de nosotros más que arenisca y esquisto, y, cuando la vagoneta rodó hacia el pozo de extracción, la seguí, con el corazón encogido, como se sigue el cortejo de un pobre. Me pareció que era el alma de la mina la que se iba con ella.

La gravedad con que el viejo capataz pronunció estas palabras impresionó al ingeniero, muy cerca ya de compartir tales sentimientos. Son los del marino que abandona su navío desarbolado, los del laird que ve derribar la casa de sus antepasados.

James Starr había estrechado la mano de Simon Ford. Pero este, a su vez, acababa de tomar la mano del ingeniero, y, apretándosela con fuerza:

—Aquel día nos equivocamos todos —dijo—. ¡No! ¡La vieja hullera no estaba muerta! No era un cadáver lo que los mineros iban a abandonar, y me atrevería a afirmar, señor James, que su corazón late todavía.

—¡Hable de una vez, Simon! ¿Ha descubierto usted un nuevo filón? —exclamó el ingeniero, incapaz de contenerse—. ¡Bien lo sabía yo! ¡Su carta no podía significar otra cosa! ¡Una comunicación que hacerme, y precisamente en la mina Dochart! ¿Y qué otro descubrimiento que el de una capa carbonífera habría podido interesarme?...

—Señor James —respondió Simon Ford—, no he querido avisar a nadie más que a usted...

—¡Y ha hecho usted bien, Simon! Pero dígame cómo, con qué sondeos, se ha asegurado usted de...

—Escúcheme, señor James —respondió Simon Ford—. No es un yacimiento lo que he encontrado...

—¿Qué es, entonces?

—Es solo la prueba material de que ese yacimiento existe.

—¿Y esa prueba?

—¿Puede usted admitir que se desprenda grisú de las entrañas del suelo si la hulla no está ahí para producirlo?

—No, ciertamente —respondió el ingeniero—. ¡Sin carbón no hay grisú! No hay efectos sin causa...

—¿Como no hay humo sin fuego!

—¿Y ha comprobado usted de nuevo la presencia del hidrógeno protocarburado?...

—Un viejo minero no se dejaría engañar en eso —respondió Simon Ford—. Reconocí ahí a nuestro viejo enemigo, ¡el grisú!

—¡Pero podría ser otro gas! —dijo James Starr—. El grisú es casi inodoro, no tiene color. En realidad, solo delata su presencia con la explosión...

—Señor James —respondió Simon Ford—, ¿me permite usted contarle lo que hice... y cómo lo hice... a mi manera, disculpando lo prolijo del relato?

James Starr conocía bien al viejo capataz y sabía que lo mejor era dejarlo hablar.

—Señor James —prosiguió Simon Ford—, desde hace diez años no ha pasado un solo día sin que Harry y yo pensáramos en devolver a la hullera su antigua prosperidad..., no, ni un solo día. Si todavía existía algún yacimiento, estábamos decididos a descubrirlo. ¿Qué medios emplear? ¿Los sondeos? Eso no estaba a nuestro alcance, pero teníamos el instinto del minero, y muchas veces se va más derecho a la meta por instinto que por razón. Al menos, esa es mi idea...

—Que no pienso contradecir —respondió el ingeniero.

—Pues bien, esto es lo que Harry había observado una o dos veces durante sus correrías por el oeste de la hullera. Unas luces, que se apagaban de

pronto, aparecían a veces a través del esquisto o del relleno de las galerías más apartadas. ¿Por qué causa se encendían esas luces? No podía decirlo entonces, ni puedo decirlo todavía. Pero, en fin, esas luces evidentemente no se debían más que a la presencia del grisú, y, para mí, el grisú era el filón de hulla.

—¿Esas luces no producían ninguna explosión? —preguntó vivamente el ingeniero.

—Sí, pequeñas explosiones parciales —respondió Simon Ford—, y de esas mismas que yo provoqué cuando quise comprobar la presencia de ese grisú. ¿Recuerda usted de qué manera se procuraba antes prevenir las explosiones en las minas, antes de que nuestro buen genio, Humphry Davy, inventara su lámpara de seguridad?

—Sí —respondió James Starr—. ¿Se refiere usted al «penitente»? Pero yo nunca lo he visto en el ejercicio de sus funciones.

—En efecto, señor James, es usted demasiado joven, a pesar de sus cincuenta y cinco años, para haber visto eso. Pero yo, que le llevo diez años, vi trabajar al último penitente de la hullera. Se le llamaba así porque llevaba un gran hábito de fraile. Su verdadero nombre era el «fireman», el hombre del fuego. En aquella época no había otro medio de destruir el gas maligno que descomponerlo mediante pequeñas explosiones, antes de que su ligereza lo acumulara en cantidades excesivas en lo alto de las galerías. Por eso el penitente, con el rostro cubierto, la cabeza envuelta en su gruesa capucha, todo el cuerpo ceñido en su hábito de sayal, avanzaba arrastrándose por el suelo. Respiraba en las capas bajas, donde el aire era puro, y con la mano derecha paseaba, alzándola por encima de su cabeza, una antorcha encendida. Cuando el grisú se hallaba esparcido en el aire de manera que formaba una mezcla detonante, la explosión se producía sin ser funesta, y, repitiendo a menudo esta operación, se conseguía prevenir las catástrofes. A veces el penitente, alcanzado por una explosión de grisú, moría en el empeño. Otro lo reemplazaba. Así fue hasta que la lámpara de Davy se adoptó en todas las hulleras. Pero yo conocía el procedimiento, y empleándolo fue como reconocí la presencia del grisú y, por consiguiente, la de un nuevo yacimiento carbonífero en la mina Dochart.

Todo lo que el viejo capataz había contado sobre el penitente era rigurosamente exacto. Así se procedía antiguamente en las hulleras para purificar

el aire de las galerías.

El grisú, es decir el hidrógeno protocarburado o gas de los pantanos, incoloro, casi inodoro, de escaso poder luminoso, es absolutamente impropio para la respiración. El minero no podría vivir en un ambiente cargado de ese gas nocivo, como tampoco podría vivirse en medio de un gasómetro lleno de gas de alumbrado. Además, al igual que este, que es hidrógeno bicarburado, el grisú forma una mezcla detonante en cuanto el aire entra en él en una proporción del ocho, y tal vez incluso del cinco, por ciento. Si la inflamación de esta mezcla se produce por una causa cualquiera, sobreviene la explosión, casi siempre seguida de espantosas catástrofes.

A este peligro obvia el aparato de Davy, aislando la llama de las lámparas en un tubo de tela metálica, que quema el gas en el interior del tubo sin dejar jamás que la inflamación se propague hacia fuera. Esta lámpara de seguridad se ha perfeccionado de veinte maneras distintas. Si llega a romperse, se apaga. Si, a pesar de las prohibiciones expresas, el minero quiere abrirla, se apaga también. ¿Por qué se producen entonces las explosiones? Porque nada puede prevenir la imprudencia de un obrero que se empeña a toda costa en encender su pipa, ni el choque de la herramienta que puede producir una chispa.

No todas las hulleras están infectadas de grisú. En aquellas donde no se produce, se autoriza el empleo de la lámpara corriente. Tal es, entre otras, la mina Thiers, en las minas de Anzin. Pero cuando la hulla del yacimiento explotado es grasa, contiene cierta cantidad de materias volátiles, y el grisú puede desprenderse con gran abundancia. Solo la lámpara de seguridad está concebida de manera que impida explosiones tanto más terribles cuanto que los mineros que no han sido alcanzados directamente por la explosión de grisú corren el riesgo de asfixiarse instantáneamente en las galerías llenas del gas deletéreo que se forma tras la inflamación, es decir, de ácido carbónico.

Mientras caminaban, Simon Ford fue relatando al ingeniero lo que había hecho para lograr su propósito, cómo se había asegurado de que el desprendimiento de grisú se producía en el fondo mismo de la galería más extrema de la mina, en su parte occidental, de qué manera había provocado en el afloramiento de las capas de esquisto algunas explosiones parciales, o más bien ciertas inflamaciones, que no dejaban ninguna duda sobre la naturaleza

del gas, cuya fuga se producía en dosis pequeñas, pero de manera permanente.

Una hora después de salir del cottage, James Starr y sus dos compañeros habían recorrido una distancia de unos seis kilómetros y medio. El ingeniero, arrastrado por el deseo y la esperanza, acababa de hacer ese trayecto sin reparar en absoluto en su longitud. Reflexionaba sobre todo lo que le decía el viejo minero. Sopesaba mentalmente los argumentos que este daba en favor de su tesis. Creía, como él, que aquella emisión continua de hidrógeno protocarburado indicaba, con certeza, la existencia de un nuevo yacimiento carbonífero. Si no hubiera sido más que una especie de bolsa llena de gas, como las que a veces se encuentran entre las capas, se habría vaciado pronto y el fenómeno habría dejado de producirse. Pero, lejos de eso, según Simon Ford, el hidrógeno se desprendía sin cesar, y de ello se podía concluir la existencia de algún filón importante. En consecuencia, las riquezas de la mina Dochart podían no estar del todo agotadas. Sin embargo, ¿se trataba de una capa cuyo rendimiento sería poco considerable, o de un yacimiento que ocupara un amplio nivel del terreno hullero? Esa era, en realidad, la gran cuestión.

Harry, que iba delante de su padre y del ingeniero, se había detenido.

— ¡Ya hemos llegado! — exclamó el viejo minero—. Por fin, gracias a Dios, señor James, está usted aquí, y vamos a saber...

La voz, tan firme siempre, del viejo capataz temblaba ligeramente.

— Mi buen Simon — le dijo el ingeniero —, ¡cálmese! Estoy tan emocionado como usted, pero no hay que perder tiempo.

En ese punto, la galería extrema de la mina, al ensancharse, formaba una especie de caverna oscura. Ningún pozo se había abierto en esa parte del macizo, y la galería, hundida profundamente en las entrañas del suelo, carecía de comunicación directa con la superficie del condado de Stirling.

James Starr, vivamente interesado, examinaba con ojo grave el lugar en que se hallaba.

En la pared terminal de aquella caverna se veían todavía las marcas de los últimos golpes de pico, e incluso algunos orificios de cartuchos que habían provocado el estallido de la roca hacia el final de la explotación. Aquella materia esquistosa era extremadamente dura, y no había sido necesario

rellenar los estratos de aquel callejón sin salida, en cuyo fondo habían debido detenerse los trabajos. Allí, en efecto, venía a morir el filón carbonífero, entre los esquistos y las areniscas del terreno terciario. Allí, en ese mismo lugar, se había extraído el último trozo de combustible de la mina Dochart.

—Aquí es, señor James —dijo Simon Ford alzando su pico—, aquí es donde atacaremos la falla, pues, tras esta pared, a una profundidad más o menos considerable, se encuentra sin duda el nuevo filón cuya existencia afirmo.

—¿Y fue en la superficie de estas rocas —preguntó James Starr— donde comprobó usted la presencia del grisú?

—Ahí mismo, señor James —respondió Simon Ford—, y pude encenderlo con solo acercar mi lámpara, en el afloramiento de las capas. Harry lo hizo igual que yo.

—¿A qué altura? —preguntó James Starr.

—A unos tres metros del suelo —respondió Harry.

James Starr se había sentado sobre una roca. Se hubiera dicho que, tras aspirar el aire de la caverna, miraba a los dos mineros como si empezara a dudar de sus palabras, tan afirmativas sin embargo.

Y es que, en efecto, el hidrógeno protocarburado no es del todo inodoro, y al ingeniero le sorprendía, ante todo, que su olfato, que tenía muy fino, no le hubiera revelado la presencia del gas explosivo. En todo caso, si aquel gas se mezclaba con el aire ambiente, era en muy pequeña dosis. Por lo tanto, no había explosión que temer, y se podía sin peligro abrir la lámpara de seguridad para intentar el experimento, tal como ya lo había hecho el viejo minero.

Lo que inquietaba a James Starr en ese momento no era, pues, que hubiera demasiado gas mezclado con el aire, sino que no hubiera suficiente..., o incluso que no hubiera ninguno.

—¿Se habrán equivocado? —murmuró—. ¡No! Son hombres que entienden el oficio. ¡Y sin embargo!... Esperaba, pues, no sin cierta ansiedad, que el fenómeno anunciado por Simon Ford se produjera en su presencia. Pero, en ese momento, parece que lo que acababa de observar, es decir, esa ausen-

cia del olor característico del grisú, también había sido advertida por Harry, pues este, con voz alterada, dijo:

—Padre, parece que el gas ya no se escapa por las capas de esquisto.

—¡Que ya no se escapa!... —exclamó el viejo minero.

Y Simon Ford, tras apretar herméticamente los labios, aspiró con fuerza por la nariz varias veces.

Luego, de pronto, con un movimiento brusco:

—¡Dame tu lámpara, Harry! —dijo.

Simon Ford tomó la lámpara con una mano que se agitaba febrilmente. Desatornilló la envoltura de tela metálica que rodeaba la mecha, y la llama ardió al aire libre.

Tal como se esperaba, no se produjo explosión alguna; pero, lo que era más grave, ni siquiera se oyó ese leve chisporroteo que delata la presencia del grisú en dosis débil.

Simon Ford tomó el palo que sostenía Harry y, fijando la lámpara en su extremo, la alzó hacia las capas de aire superiores, allí donde el gas, por su ligereza específica, debía más bien acumularse, por escasa que fuese su cantidad.

La llama de la lámpara, recta y blanca, no delató rastro alguno de hidrógeno protocarburado.

—¡A la pared! —dijo el ingeniero.

—¡Sí! —respondió Simon Ford, llevando la lámpara hacia esa parte de la pared por donde su hijo y él, todavía la víspera, habían comprobado la fuga del gas.

El brazo del viejo minero temblaba mientras intentaba pasear la lámpara a la altura de las grietas de la capa de esquisto.

—Reemplázame, Harry —dijo.

Harry tomó el palo y fue acercando sucesivamente la lámpara a los diversos puntos de la pared donde las capas parecían desdoblarse... pero movía la cabeza, pues aquel leve crepitar, propio del grisú al escapar, no llegaba a su oído.

La inflamación no se produjo. Era, pues, evidente que ninguna molécula de gas se filtraba a través de la pared.

—¡Nada! —exclamó Simon Ford, cuyo puño se crispó bajo una impresión de cólera más que de decepción.

Un grito escapó entonces de la boca de Harry.

—¿Qué tiene? —preguntó vivamente James Starr.

—¡Han tapado las grietas del esquisto!

—¿Dices la verdad? —exclamó el viejo minero.

—¡Mira, padre!

Harry no se había equivocado. La obturación de las grietas era claramente visible a la luz de la lámpara. Un enlucido, hecho recientemente y a base de cal, dejaba ver en la pared una larga huella blanquecina, mal disimulada bajo una capa de polvo de carbón.

—¡Él! —exclamó Harry—. ¡No puede ser más que él!

—¡Él! —repitió James Starr.

—¡Sí! —respondió el joven—, ese ser misterioso que ronda nuestro dominio, aquel al que he acechado cien veces sin poder alcanzarlo, el autor, ya sin duda alguna, de esa carta que quería impedirle venir a la cita que le daba mi padre, señor Starr, aquel, en fin, que nos arrojó esa piedra en la galería del pozo Yarrow. ¡Ah! Ya no es posible ninguna duda. ¡La mano de un hombre anda en todo esto!

Harry había hablado con tal energía que su convicción pasó al instante, y por entero, al ánimo del ingeniero. En cuanto al viejo capataz, ya no necesitaba que lo convencieran. Por lo demás, se hallaban ante un hecho innegable: la obturación de las grietas por las que el gas escapaba libremente la víspera.

—¡Coge tu pico, Harry! —exclamó Simon Ford—. ¡Súbete a mis hombros, muchacho! ¡Todavía soy lo bastante fuerte para llevarte!

Harry había comprendido. Su padre se apoyó contra la pared. Harry se encaramó a sus hombros, de modo que su pico pudiera alcanzar la huella,

bien visible, del enlucido. Luego, a golpes redoblados, atacó la parte de roca esquistosa que aquel enlucido recubría.

Al instante se produjo un ligero chisporroteo, semejante al que hace el vino de Champaña al escaparse de una botella, ruido que en las hulleras inglesas se conoce con el nombre onomatopéyico de «puff».

Harry tomó entonces su lámpara y la acercó a la grieta...

Se oyó una leve detonación, y una pequeña llama roja, algo azulada en sus bordes, revoloteó sobre la pared, como habría hecho un fuego fatuo de San Telmo.

Harry saltó enseguida al suelo, y el viejo capataz, incapaz de contener su alegría, agarró las manos del ingeniero exclamando:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Señor James! ¡El grisú arde! ¡Luego el filón está ahí!

CAPÍTULO VIII. UNA CARGA DE DINAMITA

El experimento anunciado por el viejo capataz había salido bien. El hidrógeno protocarburado, como se sabe, solo se genera en los yacimientos hulleros. Por tanto, la existencia de un filón del precioso combustible ya no podía ponerse en duda. ¿Cuál era su importancia y su calidad? Eso se determinaría más adelante.

Tales fueron las consecuencias que el ingeniero dedujo del fenómeno que acababa de observar. Coincidían en todo con las que ya había sacado Simon Ford.

—Sí —se dijo James Starr—, tras esta pared se extiende una capa carbonífera que nuestros sondeos no supieron alcanzar. Es lamentable, puesto que todo el utillaje de la mina, abandonada desde hace diez años, hay que rehacerlo ahora. ¡No importa! Hemos vuelto a encontrar la veta que se creía agotada, y, esta vez, la explotaremos hasta el final.

—Y bien, señor James —preguntó Simon Ford—, ¿qué piensa usted de nuestro descubrimiento? ¿Hice mal en molestarle? ¿Lamenta usted esta última visita a la mina Dochart?

—No, no, mi viejo compañero —respondió James Starr—. No hemos perdido el tiempo, pero lo perderíamos ahora si no regresáramos de inmediato al cottage. Mañana volveremos aquí. Haremos saltar esta pared a cargas de dinamita. Sacaremos a la luz el afloramiento del nuevo filón, y, tras una serie de sondeos, si la capa resulta ser importante, reconstituiré una Sociedad de la Nueva Aberfoyle, para suma satisfacción de los antiguos accionistas. Antes de tres meses, las primeras cubas de hulla deberán haber sido extraídas del nuevo yacimiento.

—¡Bien dicho, señor James! —exclamó Simon Ford—. ¡Así que la vieja hullera va a rejuvenecer, como una viuda que vuelve a casarse! La animación de antaño va a empezar de nuevo, con los golpes de piqueta, los golpes de pico, los barrenos, el traqueteo de los vagones, el relinchar de los caballos, el chirriar de las cubas, el estruendo de las máquinas. ¡Volveré a ver todo eso, yo! Espero, señor James, que no me encontrará usted demasiado viejo para reanudar mis funciones de capataz, ¿verdad?

—¡No, buen Simon, no, desde luego! Usted ha seguido siendo más joven que yo, mi viejo camarada.

—¡Y que san Mungo nos proteja! ¡Usted seguirá siendo nuestro «viewer»! Ojalá la nueva explotación dure largos años, y quiera el Cielo que tenga yo el consuelo de morir sin haber visto su final.

La alegría del viejo minero desbordaba. James Starr la compartía por entero, pero dejaba que Simon Ford se entusiasmara por los dos.

Solo Harry seguía pensativo. En su memoria reaparecía la sucesión de circunstancias singulares e inexplicables en medio de las cuales se había producido el descubrimiento del nuevo yacimiento. Eso no dejaba de inquietarle de cara al futuro.

Una hora después, James Starr y sus dos compañeros estaban de vuelta en el cottage.

El ingeniero cenó con gran apetito, aprobando con ademanes todos los planes que iba exponiendo el viejo capataz, y, de no haber sido por su imperioso deseo de que llegara el día siguiente, nunca habría dormido mejor que en aquella calma absoluta del cottage.

Al día siguiente, tras un desayuno sustancioso, James Starr, Simon Ford, Harry y hasta Madge emprendían de nuevo el camino recorrido la víspera. Todos iban allí como verdaderos mineros. Llevaban diversas herramientas y cartuchos de dinamita, destinados a volar la pared terminal. Harry, además de un potente farol, llevó una gran lámpara de seguridad que podía arder durante doce horas. Era más de lo necesario para realizar el viaje de ida y vuelta, incluyendo las paradas necesarias para la exploración, si es que llegaba a ser posible una exploración.

—¡Manos a la obra! —exclamó Simon, cuando sus compañeros y él llegaron al extremo de la galería.

Y su mano asió una pesada palanca, que blandió con vigor.

—Un momento —dijo entonces James Starr—. Observemos si no se ha producido ningún cambio y si el grisú sigue escapándose por las capas de la pared.

—Tiene usted razón, señor Starr —respondió Harry—. Lo que estaba tapado ayer bien podría seguir estándolo hoy.

Madge, sentada sobre una roca, observaba atentamente la excavación y el muro que había que abrir en canal.

Se comprobó que las cosas seguían tal como se habían dejado. Las grietas de las capas no habían sufrido ninguna alteración. El hidrógeno proto-carburado se filtraba a través de ellas, aunque bastante débilmente. Eso se debía sin duda a que, desde la víspera, encontraba un paso libre para escaparse. Sin embargo, esa emisión era tan escasa que no podía formar con el aire interior una mezcla detonante. James Starr y sus compañeros iban, pues, a poder proceder con toda seguridad. Por lo demás, aquel aire se iría purificando poco a poco, ganando las capas altas de la mina Dochart, y el grisú, disperso en toda aquella atmósfera, ya no podría producir ninguna explosión.

—¡Manos a la obra, pues! —repitió Simon Ford.

Y pronto, bajo su palanca, vigorosamente manejada, la roca no tardó en saltar hecha añicos.

Aquella falla se componía principalmente de conglomerados, interpuestos entre la arenisca y el esquisto, tales como se encuentran con más frecuencia en el afloramiento de los filones carboníferos.

James Starr recogía los trozos que la herramienta desprendía y los examinaba con cuidado, esperando descubrir en ellos algún indicio de carbón.

Este primer trabajo duró alrededor de una hora. De él resultó un hueco bastante profundo en la pared terminal.

James Starr eligió entonces el lugar donde debían perforarse los barrenos, tarea que se llevó a cabo rápidamente bajo la mano de Harry, con la barrena y la maceta. Se introdujeron cartuchos de dinamita en aquellos agujeros. En cuanto se colocó en ellos la larga mecha alquitranada de un cordón de segu-

ridad, que terminaba en una cápsula de fulminato, se le prendió fuego a ras del suelo. James Starr y sus compañeros se apartaron.

—¡Ah, señor James! —dijo Simon Ford, presa de una emoción verdadera que no trataba de disimular—, nunca, no, nunca mi viejo corazón ha latido tan deprisa. ¡Ya quisiera estar atacando el filón!

—Paciencia, Simon —respondió el ingeniero—, ¿no pretenderá usted encontrar tras esta pared una galería ya abierta?

—Perdóneme, señor James —respondió el viejo capataz—. ¡Tengo todas las pretensiones posibles! Si ha habido buena suerte en la manera en que Harry y yo hemos descubierto este yacimiento, ¿por qué no habría de seguir esa suerte hasta el final?

La explosión de la dinamita se produjo. Un sordo retumbo se propagó a través de la red de galerías subterráneas.

James Starr, Madge, Harry y Simon Ford regresaron de inmediato hacia la pared de la caverna.

—¡Señor James! ¡Señor James! —exclamó el viejo capataz—. ¡Mire! ¡La puerta está echada abajo!...

Esta comparación de Simon Ford estaba justificada por la aparición de una excavación cuya profundidad no era posible calcular.

Harry iba a lanzarse por la abertura...

El ingeniero, por lo demás extremadamente sorprendido de hallar allí aquella cavidad, retuvo al joven minero.

—Deje tiempo a que el aire interior se purifique —dijo.

—¡Sí! ¡Cuidado con las mofetas! —exclamó Simon Ford.

Transcurrió un cuarto de hora en una espera angustiosa. El farol, colocado en la punta de un palo, fue entonces introducido en la excavación y siguió ardiendo con un brillo inalterable.

—Vaya, pues, Harry —dijo James Starr—, le seguiremos. La abertura producida por la dinamita era más que suficiente para que un hombre pudiera pasar por ella.

Harry, farol en mano, se introdujo por ella sin vacilar y desapareció en las tinieblas.

James Starr, Simon Ford y Madge, inmóviles, esperaban.

Transcurrió un minuto, que les pareció muy largo. Harry no reaparecía, no llamaba. Al acercarse al orificio, James Starr ni siquiera alcanzó a distinguir ya el resplandor de su lámpara, que debería haber iluminado aquella oscura cavidad.

¿Le había faltado, pues, de repente el suelo bajo los pies a Harry? ¿Había caído el joven minero en alguna oquedad? ¿Ya no podía su voz llegar hasta sus compañeros?

El viejo capataz, sin querer escuchar nada más, se disponía a introducirse a su vez por el orificio, cuando apareció un resplandor, vago al principio, que fue cobrando fuerza poco a poco, y Harry dejó oír estas palabras:

— ¡Venga, señor Starr! ¡Ven, padre! El camino está libre hacia la Nueva Aberfoyle.

CAPÍTULO IX. LA NUEVA ABERFOYLE

Si, merced a algún poder sobrehumano, unos ingenieros hubieran podido levantar de un solo bloque, y en un espesor de trescientos metros, toda esa porción de la corteza terrestre que sostiene ese conjunto de lagos, ríos, golfos y los territorios ribereños de los condados de Stirling, Dumbarton y Renfrew, habrían encontrado, bajo esa enorme tapa, una excavación inmensa, tal que solo existía otra en el mundo que pudiera comparársele: la célebre gruta del Mamut, en Kentucky.

Esta excavación se componía de varios centenares de celdillas, de todas las formas y todos los tamaños. Se hubiera dicho una colmena, con sus numerosos pisos de celdas caprichosamente dispuestas, pero una colmena construida a una escala inmensa y que, en lugar de abejas, habría bastado para alojar a todos los ictiosaurios, los megaterios y los pterodáctilos de la época geológica.

Un laberinto de galerías, unas más elevadas que las bóvedas más altas de las catedrales, otras semejantes a contranaves, estrechas y tortuosas, estas siguiendo la línea horizontal, aquellas subiendo o bajando oblicuamente en todas direcciones, reunía esas cavidades y dejaba libre comunicación entre ellas.

Los pilares que sostenían esas bóvedas, cuya curva admitía todos los estilos, los gruesos muros, sólidamente asentados entre las galerías, las naves mismas, en ese piso de los terrenos secundarios, estaban hechos de arenisca y de rocas esquistasas. Pero, entre esas capas inservibles, y poderosamente comprimidas por ellas, corrían admirables vetas de carbón, como si la sangre negra de aquella extraña hullera hubiese circulado a través de su inextricable red. Estos yacimientos se extendían a lo largo de sesenta y cuatro ki-

lómetros de norte a sur, y se hundían incluso bajo el canal del Norte. La importancia de esta cuenca solo habría podido evaluarse tras los sondeos, pero debía de superar la de las capas carboníferas de Cardiff, en el país de Gales, y los yacimientos de Newcastle, en el condado de Northumberland.

Hay que añadir que la explotación de esta hullera iba a verse singularmente facilitada, ya que, por una disposición extraña de los terrenos secundarios, por una inexplicable retracción de las materias minerales en la época geológica en que este macizo se solidificaba, la naturaleza había multiplicado ya las galerías y los túneles de la Nueva Aberfoyle.

¡Sí, la naturaleza sola! Se habría podido creer, en un primer momento, en el descubrimiento de alguna explotación abandonada desde hacía siglos. No era nada de eso. No se abandonan semejantes riquezas. Las termitas humanas jamás habían roído esta porción del subsuelo de Escocia, y era la naturaleza la que así había hecho las cosas. Pero, repitámoslo, ningún hipogeo de la época egipcia, ninguna catacumba de la época romana, habrían podido comparársele, salvo las célebres grutas del Mamut, que, a lo largo de más de treinta y dos kilómetros, cuentan con doscientas veintiséis avenidas, once lagos, siete ríos, ocho cataratas, treinta y dos pozos insondables y cincuenta y siete cúpulas, algunas de las cuales están suspendidas a más de ciento treinta y siete metros de altura.

Al igual que esas grutas, la Nueva Aberfoyle no era obra de los hombres, sino obra del Creador.

Tal era ese nuevo dominio, de una riqueza incomparable, cuyo descubrimiento pertenecía por derecho propio al viejo capataz. Diez años de estancia en la antigua hullera, una rara persistencia en sus pesquisas, una fe absoluta, sostenida por un maravilloso instinto de minero: le habían hecho falta todas esas condiciones reunidas para triunfar allí donde tantos otros habrían fracasado. ¿Por qué los sondeos practicados bajo la dirección de James Starr, durante los últimos años de explotación, se habían detenido precisamente en ese límite, en la frontera misma de la nueva mina? Ello se debía al azar, cuya parte es grande en las investigaciones de este género.

Fuera como fuese, había allí, en el subsuelo escocés, una especie de condado subterráneo, al que no le faltaba, para ser habitable, más que los rayos del sol o, en su defecto, la claridad de un astro especial.

El agua se hallaba localizada en ciertas depresiones, formando vastos estanques, o incluso lagos más grandes que el lago Katrine, situado precisamente encima. Sin duda, esos lagos no tenían el movimiento de las aguas, las corrientes, el oleaje. No reflejaban la silueta de algún viejo castillo gótico. Ni los abedules ni los robles se inclinaban sobre sus orillas, las montañas no proyectaban largas sombras sobre su superficie, los vapores no los surcaban, ninguna luz se reverberaba en sus aguas, el sol no los impregnaba de sus rayos deslumbrantes, la luna no se alzaba jamás en su horizonte. Y, sin embargo, esos lagos profundos, cuyo espejo no rizaba la brisa, no habrían carecido de encanto a la luz de algún astro eléctrico, y, unidos por una cinta de canales, completaban muy bien la geografía de aquel extraño dominio.

Aunque impropio para toda producción vegetal, este subsuelo habría podido, sin embargo, servir de morada a toda una población. Y quién sabe si, en esos ámbitos de temperatura constante, en el fondo de estas hulleras de Aberfoyle, lo mismo que en las de Newcastle, Alloa o Cardiff, cuando sus yacimientos estén agotados, quién sabe si la clase pobre del Reino Unido no encontrará refugio algún día.

CAPÍTULO X. IDA Y VUELTA

A la voz de Harry, James Starr, Madge y Simon Ford se habían introducido por el estrecho orificio que ponía en comunicación la mina Dochart con la nueva hullera.

Se hallaban entonces al comienzo de una galería bastante ancha. Se hubiera podido creer que había sido horadada por mano de hombre, que el pico y la piqueta la habían vaciado para la explotación de un nuevo yacimiento. Los exploradores debían de preguntarse si, por un singular azar, no habrían sido transportados a alguna antigua hullera cuya existencia jamás habrían conocido los mineros más viejos del condado.

¡No! Eran las capas geológicas las que habían «respetado» esta galería, en la época en que se producía el asentamiento de los terrenos secundarios. Quizá algún torrente la había recorrido en otro tiempo, cuando las aguas superiores iban a mezclarse con los vegetales enfangados; pero, ahora, estaba tan seca como si hubiese sido horadada, unos trescientos metros más abajo, en el piso de las rocas granitoides. Al mismo tiempo, el aire circulaba por ella con soltura, lo cual indicaba que ciertos «respiraderos» naturales la ponían en comunicación con la atmósfera exterior.

Esta observación, hecha por el ingeniero, era acertada, y se notaba que la aireación se producía fácilmente en la nueva mina. En cuanto al grisú que hacía poco brotaba a través de los esquistos de la pared, parecía que solo había estado contenido en una simple «bolsa», vacía ahora, y era seguro que la atmósfera de la galería no conservaba de él ni el menor rastro. Sin embargo, y por precaución, Harry solo había llevado la lámpara de seguridad, que le aseguraba una autonomía de doce horas.

James Starr y sus compañeros experimentaban entonces una alegría completa. Era la entera satisfacción de sus deseos. A su alrededor, todo era hulla. Cierta emoción los mantenía silenciosos. El propio Simon Ford se contenía. Su alegría se desbordaba, no en largas frases, sino en pequeñas interjecciones.

Quizá era imprudente por su parte adentrarse tan profundamente en la cripta. ¡Bah! Apenas pensaban en la vuelta. La galería era transitable, poco sinuosa. Ninguna grieta cerraba el paso, ninguna «bocanada» propagaba en ella exhalaciones nocivas. No había, pues, razón alguna para detenerse, y, durante una hora, James Starr, Madge, Harry y Simon Ford avanzaron así, sin que nada pudiera indicarles cuál era la exacta orientación de aquel túnel desconocido.

Y, sin duda, habrían llegado aún más lejos, de no haber alcanzado el extremo mismo de aquella ancha vía que seguían desde su entrada en la hullera.

La galería desembocaba en una enorme caverna cuya altura ni cuya profundidad podían calcularse. ¿A qué altitud se redondeaba la bóveda de aquella excavación, a qué distancia se retiraba su pared opuesta? Las tinieblas que la llenaban no permitían averiguarlo. Pero, a la luz de la lámpara, los exploradores pudieron comprobar que su cúpula cubría una vasta extensión de agua dormida —estanque o lago—, cuyas orillas pintorescas, accidentadas por altas rocas, se perdían en la oscuridad.

—¡Alto! —exclamó Simon Ford, deteniéndose bruscamente—. ¡Un paso más, y quizá rodábamos a algún abismo!

—Descansemos, pues, amigos míos —respondió el ingeniero—. De todos modos, habrá que pensar en regresar al cottage.

—Nuestra lámpara puede alumbrarnos aún durante diez horas, señor Starr —dijo Harry.

—Pues bien, hagamos un alto —repuso James Starr—. Confieso que mis piernas lo necesitan. ¿Y usted, Madge, no siente el cansancio de una caminata tan larga?

—No demasiado, señor James —respondió la robusta escocesa—. Teníamos costumbre de explorar días enteros la antigua hullera de Aberfoyle.

—¡Bah! —añadió Simon Ford—, Madge haría diez veces este camino si hiciera falta. Pero insisto, señor James, ¿merecía la pena que le hiciera mi comunicación? ¡Atrévase a decir que no, señor James, atrévase a decir que no!

—¡Vaya, mi viejo compañero, hacía mucho que no sentía una alegría semejante! —respondió el ingeniero—. Lo poco que hemos explorado de esta maravillosa hullera parece indicar que su extensión es muy considerable, al menos en longitud.

—¡En anchura y en profundidad también, señor James! —replicó Simon Ford.

—Eso es lo que sabremos más adelante.

—¡Y yo respondo de ello! Fíese usted de mi instinto de viejo minero. ¡Jamás me ha engañado!

—Quiero creerle, Simon —respondió el ingeniero sonriendo—. Pero, en fin, por lo que puedo juzgar tras esta breve exploración, poseemos los elementos de una explotación que durará siglos.

—¡Siglos! —exclamó Simon Ford—. ¡Ya lo creo, señor James! ¡Pasarán mil años y más antes de que se extraiga el último trozo de carbón de nuestra nueva mina!

—¡Que Dios le oiga! —respondió James Starr—. En cuanto a la calidad de la hulla que aflora en estas paredes...

—¡Soberbia, señor James, soberbia! —respondió Simon Ford—. ¡Véalo usted mismo! —Y, diciendo esto, arrancó de un golpe de pico un fragmento de roca negra.

—¡Mire, mire! —repitió, acercándolo a su lámpara—. ¡Las superficies de este trozo de carbón son relucientes! ¡Tendremos aquí hulla grasa, rica en materias bituminosas! ¡Y qué bien se partirá en galletas, casi sin polvo! ¡Ah, señor James, hace veinte años, he aquí un yacimiento que habría hecho una dura competencia a Swansea y a Cardiff! Pues bien, los fogoneros se lo disputarán igualmente, y, aunque cueste poco extraerlo de la mina, no por ello se venderá más barato fuera.

—En efecto —dijo Madge, que había tomado el fragmento de hulla y lo examinaba como una entendida—. Es carbón de buena calidad. Llévatelo,

Simon, llévatelo al cottage. Quiero que este primer trozo de hulla arda bajo nuestra tetera.

—¡Bien dicho, mujer! —respondió el viejo capataz—, y verás que no me he equivocado.

—Señor Starr —preguntó entonces Harry—, ¿tiene usted alguna idea de la orientación probable de esta larga galería que hemos seguido desde nuestra entrada en la nueva hullera?

—No, muchacho —respondió el ingeniero—. Con una brújula, quizá habría podido establecer su dirección general. Pero, sin brújula, aquí estoy como un marino en alta mar, en medio de las brumas, cuando la ausencia de sol no le permite fijar su posición.

—Sin duda, señor James —replicó Simon Ford—, pero, se lo ruego, no compare nuestra posición con la del marino, que tiene siempre y en todas partes el abismo bajo los pies. ¡Aquí estamos en tierra firme, y no tenemos por qué temer jamás zozobrar!

—No le causaré esa pena, viejo Simon —respondió James Starr—. Lejos de mí la idea de menospreciar la nueva hullera de Aberfoyle con una comparación injusta. Solo he querido decir una cosa: que no sabemos dónde estamos.

—Estamos en el subsuelo del condado de Stirling, señor James —respondió Simon Ford—, y eso lo afirmo como si...

—¡Escuchen! —dijo Harry, interrumpiendo al viejo capataz.

Todos aguzaron el oído, tal como hacía el joven minero. Su nervio auditivo, muy ejercitado, había captado un ruido sordo, como el de un murmullo lejano. James Starr, Simon y Madge no tardaron en oírlo también. Se producía, en las capas superiores del macizo, una especie de retumbo, cuyo crescendo y decrescendo sucesivos se percibían distintamente, por débil que fuese.

Los cuatro permanecieron unos minutos con el oído atento, sin proferir palabra.

Luego, de pronto, Simon Ford exclamó:

—¡Vaya, por san Mungo! ¿Es que las vagonetas corren ya sobre los raíles de la nueva Aberfoyle?

—Padre —respondió Harry—, me parece más bien que es el ruido que hacen las aguas al romper en un litoral.

—¡Sin embargo, no estamos bajo el mar! —exclamó el viejo capataz.

—No —respondió el ingeniero—, pero no sería imposible que estuviéramos bajo el mismísimo lecho del lago Katrine.

—¿Sería, pues, que la bóveda es poco gruesa en este lugar, puesto que se percibe el ruido de las aguas?

—Poco gruesa, en efecto —respondió James Starr—, y eso es lo que hace que esta excavación sea tan vasta.

—Debe usted de tener razón, señor Starr —dijo Harry.

—Además, hace tan mal tiempo fuera —repuso James Starr— que las aguas del lago deben de estar tan agitadas como las del estuario del Forth.

—¡Bah!, ¿qué importa, después de todo? —respondió Simon Ford—. La capa carbonífera no será peor por desarrollarse bajo un lago. No sería la primera vez que se fuera a buscar la hulla bajo el mismísimo lecho del océano. Aunque tuviéramos que explotar todo el fondo y el subfondo del canal del Norte, ¿qué mal habría en ello?

—Bien dicho, Simon —exclamó el ingeniero, sin poder contener una sonrisa al mirar al entusiasta capataz—. ¡Llevemos nuestras trincheras bajo las aguas del mar! ¡Agujereemos como un colador el lecho del Atlántico! ¡Vayamos a reunirnos a golpes de piqueta con nuestros hermanos de los Estados Unidos a través del subsuelo del océano! ¡Ahondemos hasta el centro del globo, si es preciso, para arrancarle su último trozo de hulla!

—¿Cree usted que está bromeando, señor James? —preguntó Simon Ford con aire un tanto socarrón.

—¿Yo, bromear, viejo Simon? ¡No! Pero es usted tan entusiasta que me arrastra hasta lo imposible. Vamos, volvamos a la realidad, que ya es hermosa de por sí. Dejemos aquí nuestros picos, que ya encontraremos otro día, y reanudemos el camino del cottage.

No había otra cosa que hacer por el momento. Más adelante, el ingeniero, acompañado de una brigada de mineros y provisto de las lámparas y utensilios necesarios, reanudaría la exploración de la Nueva Aberfoyle. Pero era urgente regresar a la mina Dochart. El camino, por lo demás, era fácil. La galería corría casi en línea recta a través del macizo hasta el orificio abierto por la dinamita. Así pues, no había temor de extraviarse.

Pero, en el momento en que James Starr se dirigía hacia la galería, Simon Ford lo detuvo.

— Señor James —le dijo—, ¿ve usted esta caverna inmensa, este lago subterráneo que ella cubre, esta playa que las aguas vienen a bañar a nuestros pies? Pues bien, aquí es donde quiero trasladar mi morada, aquí es donde me construiré un nuevo cottage, y, si algunos valientes compañeros quieren seguir mi ejemplo, antes de un año se contará un pueblo más en el macizo de nuestra vieja Inglaterra.

James Starr, aprobando con una sonrisa los proyectos de Simon Ford, le estrechó la mano, y los tres, precediendo a Madge, se adentraron en la galería para volver a la mina Dochart.

Durante el primer kilómetro y medio, no se produjo ningún incidente. Harry marchaba delante, alzando la lámpara por encima de la cabeza. Seguía con cuidado la galería principal, sin apartarse jamás por los estrechos túneles que se ramificaban a derecha e izquierda. Parecía, pues, que el regreso iba a realizarse con la misma facilidad que la ida, cuando sobrevino una desagradable complicación que agravó en extremo la situación de los exploradores.

En efecto, en el momento en que Harry alzaba su lámpara, se produjo un brusco desplazamiento de aire, como si lo hubiera causado el batir de unas alas invisibles. La lámpara, golpeada de refilón, se escapó de las manos de Harry, cayó sobre el suelo rocoso de la galería y se hizo pedazos.

James Starr y sus compañeros quedaron sumidos repentinamente en una oscuridad absoluta. Su lámpara, cuyo aceite se había derramado, ya no podía servir.

— ¡Vaya, Harry! —exclamó Simon Ford—. ¿Quieres que nos rompamos la crisma volviendo al cottage?

Harry no respondió. Reflexionaba. ¿Debía ver una vez más la mano de un ser misterioso en este último accidente? ¿Existía, pues, en aquellas profundidades, un enemigo cuyo inexplicable antagonismo podía crear, algún día, serias dificultades? ¿Tenía alguien interés en defender el nuevo yacimiento carbonífero contra toda tentativa de explotación? En verdad, aquello era absurdo, pero los hechos hablaban por sí mismos, y se iban acumulando de manera que las simples presunciones se convertían en certezas.

Entre tanto, la situación de los exploradores era bastante mala. Tenían que seguir, en medio de profundas tinieblas, durante unos ocho kilómetros, la galería que conducía a la mina Dochart. Luego, les quedaría todavía una hora de camino antes de llegar al cottage.

—Sigamos —dijo Simon Ford—. No tenemos un instante que perder. Marcharemos a tientas, como ciegos. No es posible extraviarse. Los túneles que se abren a nuestro paso no son más que verdaderas galerías de topera, y, siguiendo la galería principal, llegaremos inevitablemente al orificio que nos dio paso. Después, viene la vieja hullera. La conocemos, y no será la primera vez que Harry o yo nos hayamos encontrado en ella a oscuras. Además, allí recuperaremos las lámparas que dejamos. ¡En marcha, pues! Harry, ponte a la cabeza. Señor James, sígale. Madge, tú irás después, y yo cerraré la marcha. Sobre todo, no nos separemos, y que cada uno sienta los talones del de delante, ¡si no los codos!

No había más que ajustarse a las instrucciones del viejo capataz. Como él decía, a tientas apenas se podía equivocar de camino. Solo había que sustituir los ojos por las manos y confiar en ese instinto que, en Simon Ford y su hijo, se había convertido en una segunda naturaleza.

Así pues, James Starr y sus compañeros caminaron en el orden indicado. No hablaban, pero no por falta de pensar. Resultaba evidente que tenían un adversario. Pero ¿quién era, y cómo defenderse de aquellos ataques tan misteriosamente preparados? Estas ideas, bastante inquietantes, afluían a su cerebro. Sin embargo, no era el momento de desanimarse.

Harry, con los brazos extendidos, avanzaba con paso seguro. Iba sucesivamente de una pared a otra de la galería. Si se presentaba alguna anfractuosidad, algún orificio lateral, reconocía con la mano que no debía adentrarse en él, ya fuera porque la anfractuosidad era poco profunda, ya fuera

porque el orificio era demasiado estrecho, y así se mantenía en el camino recto.

En medio de una oscuridad a la que los ojos no podían acostumbrarse, por ser absoluta, aquel difícil regreso duró unas dos horas. Calculando el tiempo transcurrido, y teniendo en cuenta que la marcha no había podido ser rápida, James Starr estimaba que sus compañeros y él debían de estar ya muy cerca de la salida.

En efecto, casi inmediatamente, Harry se detuvo.

—¿Hemos llegado por fin al extremo de la galería? —preguntó Simon Ford.

—Sí —respondió el joven minero.

—Pues bien, ¿debes encontrar el orificio que establece la comunicación entre la Nueva Aberfoyle y la mina Dochart?

—No —respondió Harry, cuyas manos crispadas no encontraban más que la superficie maciza de una pared.

El viejo capataz dio unos pasos adelante y fue él mismo a palpar la roca esquistosa.

Se le escapó un grito.

O los exploradores se habían extraviado durante el regreso, o el estrecho orificio, abierto en la pared por la dinamita, había sido tapiado recientemente.

Fuera como fuese, James Starr y sus compañeros estaban prisioneros en la Nueva Aberfoyle.

CAPÍTULO XI. LAS DAMAS DE FUEGO

Ocho días después de estos sucesos, los amigos de James Starr estaban muy inquietos. El ingeniero había desaparecido sin que pudiera alegarse ningún motivo para tal desaparición. Se había sabido, al interrogar a su criado, que se había embarcado en Granton-pier, y se sabía, por el capitán del vapor *Príncipe de Gales*, que había desembarcado en Stirling. Pero, desde ese momento, ni rastro de James Starr. La carta de Simon Ford le había recomendado el secreto, y no había dicho nada de su partida hacia las minas de carbón de Aberfoyle.

Así pues, en Edimburgo no se hablaba de otra cosa que de la inexplicable ausencia del ingeniero. Sir W. Elphiston, presidente de la «Royal Institution», comunicó a sus colegas la carta que le había dirigido James Starr, excusándose de no poder asistir a la próxima sesión de la Sociedad. Otras dos o tres personas presentaron también cartas semejantes. Pero, si estos documentos probaban que James Starr había abandonado Edimburgo — cosa que ya se sabía de sobra —, nada indicaba qué había sido de él. Ahora bien, tratándose de un hombre así, aquella ausencia, tan ajena a sus costumbres, debía primero sorprender, y después inquietar, puesto que se prolongaba.

Ninguno de los amigos del ingeniero hubiera podido suponer que se hubiese dirigido a las minas de carbón de Aberfoyle. Se sabía que no le habría gustado volver a ver el antiguo escenario de sus trabajos. No había vuelto a poner los pies allí desde el día en que la última cuba había subido a la superficie. Sin embargo, puesto que el vapor lo había dejado en el desembarcadero de Stirling, se hicieron algunas pesquisas por ese lado.

Las pesquisas no dieron resultado. Nadie recordaba haber visto al ingeniero en la comarca. Solo Jack Ryan, que se había encontrado con él en compañía de Harry en uno de los rellanos del pozo Yarrow, habría podido satisfacer la curiosidad pública. Pero el alegre muchacho, como se sabe, trabajaba en la granja de Melrose, a unos sesenta y cuatro kilómetros al sudoeste del condado de Renfrew, y no sospechaba en absoluto que la desaparición de James Starr inquietase hasta ese punto. Así que, ocho días después de su visita al cottage, Jack Ryan habría seguido cantando más animado que nunca durante las veladas del clan de Irvine, de no haber tenido también él un motivo de viva inquietud del que pronto se hablará.

James Starr era un hombre demasiado importante y demasiado considerado, no solo en la ciudad, sino en toda Escocia, para que un hecho que le concerniera pudiera pasar inadvertido. El lord preboste, primer magistrado de Edimburgo, los bailíos y los concejales, la mayoría de ellos amigos del ingeniero, ordenaron que se emprendieran las pesquisas más activas. Se pusieron agentes en campaña, pero no se obtuvo ningún resultado.

Hubo, pues, que insertar en los principales periódicos del Reino Unido una nota relativa al ingeniero James Starr, dando sus señas personales e indicando la fecha en que había salido de Edimburgo, y ya no quedó sino esperar. Y no se hizo sin gran ansiedad, pues el mundo científico de Inglaterra no estaba lejos de creer en la desaparición definitiva de uno de sus miembros más distinguidos.

Al mismo tiempo que así se inquietaban por la persona de James Starr, la persona de Harry era objeto de preocupaciones no menos vivas. Solo que, en lugar de ocupar a la opinión pública, el hijo del viejo capataz no turbaba más que el buen humor de su amigo Jack Ryan.

Se recordará que, con motivo de su encuentro en el pozo Yarrow, Jack Ryan había invitado a Harry a acudir, ocho días después, a la fiesta del clan de Irvine. Hubo aceptación y promesa formal de Harry de presentarse en aquella ceremonia. Jack Ryan sabía, por haberlo comprobado en muchas ocasiones, que su camarada era hombre de palabra. Con él, dicho y hecho.

Ahora bien, en la fiesta de Irvine no había faltado nada, ni los cantos, ni los bailes, ni las diversiones de toda clase, nada, salvo Harry Ford.

Jack Ryan había empezado por guardarle rencor, porque la ausencia de su amigo repercutía en su buen humor. Hasta perdió la memoria en mitad de una de sus canciones, y, por primera vez, se quedó cortado durante una giga que solía valerle merecidos aplausos.

Hay que decir aquí que la nota relativa a James Starr, publicada en los periódicos, aún no había caído bajo los ojos de Jack Ryan. Así que el buen muchacho solo se preocupaba por la ausencia de Harry, diciéndose que solo una grave circunstancia había podido impedirle cumplir su promesa. Por eso, al día siguiente de la fiesta de Irvine, Jack Ryan contaba con tomar el ferrocarril de Glasgow para dirigirse a la mina Dochart, y lo habría hecho de no haberse visto retenido por un accidente que estuvo a punto de costarle la vida.

He aquí lo que había ocurrido durante la noche del 12 de diciembre. En verdad, el hecho era de tal naturaleza que daba la razón a todos los partidarios de lo sobrenatural, y eran numerosos en la granja de Melrose.

Irvine, pequeña ciudad marítima del condado de Renfrew, que cuenta con unos siete mil habitantes, está edificada en un brusco recodo que forma la costa escocesa, casi a la entrada del golfo de Clyde. Su puerto, bastante bien resguardado de los vientos de altamar, está iluminado por un importante fuego que señala las derrotas de aproximación, de modo que un marino prudente no puede equivocarse. Por eso los naufragios eran raros en esta parte del litoral, y los buques de cabotaje o de altura, ya quisieran embocar el golfo de Clyde para dirigirse a Glasgow, ya arribar a la bahía de Irvine, podían maniobrar sin peligro, incluso en las noches oscuras.

Cuando una ciudad cuenta con un pasado histórico, por escaso que sea, cuando su castillo perteneció en otro tiempo a un Robert Stuart, no deja de poseer algunas ruinas.

Ahora bien, en Escocia todas las ruinas están encantadas por espíritus. Al menos, esa es la opinión común en las Tierras Altas y las Tierras Bajas.

Las ruinas más antiguas, y también las de peor fama de esta parte del litoral, eran precisamente las de aquel castillo de Robert Stuart, que lleva el nombre de Dundonald Castle.

Por aquel entonces, el castillo de Dundonald, refugio de todos los trasgos errantes de la comarca, se hallaba entregado al más completo abandono. Se

lo visitaba poco, encaramado como estaba en el alto peñasco que dominaba el mar, a unos tres kilómetros de la ciudad. Quizá algunos forasteros conservaban todavía la idea de interrogar aquellos viejos vestigios históricos, pero entonces iban solos. Los habitantes de Irvine no los habrían acompañado por nada del mundo. En efecto, corrían ciertas historias acerca de unas «Damas de fuego» que rondaban el viejo castillo.

Los más supersticiosos afirmaban haber visto, con sus propios ojos, aquellas fantásticas criaturas. Naturalmente, Jack Ryan era de estos últimos.

La verdad es que, de vez en cuando, aparecían largas llamas, ya sobre un lienzo de muro medio derruido, ya en lo alto de la torre que domina el conjunto de las ruinas de Dundonald Castle.

¿Tenían aquellas llamas forma humana, como se aseguraba? ¿Merecían el nombre de «Damas de fuego» que les habían dado los escoceses del litoral? Evidentemente, no era eso sino una ilusión de mentes propensas a la credulidad, y la ciencia habría explicado físicamente el fenómeno.

Fuera como fuese, las Damas de fuego gozaban en toda la comarca de la reputación bien establecida de frecuentar las ruinas del viejo castillo y de ejecutar allí, a veces, extrañas zarabandas, sobre todo en las noches oscuras. Jack Ryan, por atrevido compañero que fuese, no se habría aventurado a acompañarlas al son de su gaita.

— ¡Con el viejo Nick les basta! —decía—. ¡Y no necesita de mí para completar su orquesta infernal!

Como cabe suponer, aquellas extrañas apariciones constituían el tema obligado de los relatos durante las veladas. Y así, Jack Ryan poseía todo un repertorio de leyendas sobre las Damas de fuego, y nunca le faltaba qué contar cuando de ellas se trataba.

Así pues, durante aquella última velada, bien regada con cerveza, brandy y whisky, con la que había terminado la fiesta del clan de Irvine, Jack Ryan no había dejado de retomar su tema favorito, para gran placer, y acaso gran espanto, de sus oyentes.

La velada se celebraba en un vasto granero de la granja de Melrose, en el límite del litoral. Un buen fuego de coque ardía en un ancho trípode de chapá, en medio de la concurrencia.

Fuera hacía mal tiempo. Densas brumas rodaban sobre el oleaje, que una fuerte brisa de sudoeste traía de altamar. Una noche muy negra, sin un solo claro en las nubes, la tierra, el cielo y el agua confundidos en profundas tinieblas: todo ello bastaba para dificultar las derrotas de aproximación a la bahía de Irvine, si algún barco se hubiera aventurado allí con aquellos vientos que batían la costa.

El pequeño puerto de Irvine no es muy frecuentado, al menos por los buques de cierto tonelaje. Es un poco más al norte donde los buques de comercio, de vela o de vapor, hacen tierra cuando quieren entrar en el golfo de Clyde. Aquella noche, sin embargo, algún pescador rezagado en la orilla habría divisado, no sin sorpresa, un navío que se dirigía hacia la costa. Si de pronto se hubiera hecho de día, ya no habría sido con sorpresa, sino con espanto, como se habría visto a aquel buque, corriendo viento en popa, con toda la lona que podía llevar. Errada la entrada del golfo, no existía refugio alguno entre las formidables rocas del litoral. Si aquel imprudente navío se obstinaba en seguir acercándose, ¿cómo lograría salir a mar abierto?

La velada estaba a punto de terminar con una última historia de Jack Ryan. Sus oyentes, transportados al mundo de los fantasmas, se hallaban en las condiciones idóneas para dar muestras de credulidad, llegado el caso.

De pronto, unos gritos resonaron fuera.

Jack Ryan interrumpió al instante su relato, y todos abandonaron precipitadamente el granero.

La noche era profunda. Largas ráfagas de lluvia y viento recorrían la superficie de la playa.

Dos o tres pescadores, apoyados contra una roca para resistir mejor los embates del aire, llamaban a grandes voces.

Jack Ryan y sus compañeros corrieron hacia ellos.

Aquellos gritos no iban dirigidos a los habitantes de la granja, sino a una tripulación que, sin saberlo, corría hacia su perdición.

En efecto, una masa oscura aparecía confusamente a algunos cables de distancia, mar adentro. Era un barco, bien reconocible por sus luces de posición, pues llevaba en la cofa del trinquete una luz blanca, a estribor una luz

verde, a babor una luz roja. Se le veía, pues, de proa, y era evidente que se dirigía a toda velocidad hacia la costa.

—¿Un barco en peligro? —exclamó Jack Ryan.

—Sí —respondió uno de los pescadores—, y aunque ahora quisiera virar, ya no podría.

—¡Señales, señales! —gritó uno de los escoceses.

—¿Cuáles? —replicó el pescador—. ¡Con esta borrasca no se podría mantener encendida ni una antorcha!

Y, mientras estas palabras se cruzaban rápidamente, se lanzaron nuevos gritos. Pero ¿cómo habrían podido oírse en medio de aquella tempestad? La tripulación del navío ya no tenía ninguna posibilidad de escapar al naufragio.

—¿Por qué maniobra así? —exclamaba un marino.

—¿Es que quiere embarrancar? —respondió otro.

—¿Es que el capitán no conoce el fuego de Irvine? —preguntó Jack Ryan.

—Hay que creerlo así —respondió uno de los pescadores—, a menos que lo haya engañado algún...

El pescador no había terminado la frase cuando Jack Ryan lanzó un formidable grito. ¿Lo oiría la tripulación? En cualquier caso, ya era demasiado tarde para que el buque pudiera alejarse de la línea de rompientes que blanqueaba entre las tinieblas.

Pero no era, como cabría pensar, una última advertencia lo que Jack Ryan había intentado hacer llegar al buque en peligro. Jack Ryan tenía entonces la espalda vuelta hacia el mar. Sus compañeros, también ellos, miraban un punto situado a unos ochocientos metros, tierra adentro desde la playa.

Era el castillo de Dundonald. Una larga llama se retorció bajo las ráfagas en lo alto de la vieja torre.

—¡La Dama de fuego! —gritaron con gran terror todos aquellos supersticiosos escoceses.

Francamente, hacía falta una buena dosis de imaginación para encontrarle a aquella llama una apariencia humana. Agitada como un pabellón luminoso bajo la brisa, parecía a veces echar a volar desde lo alto de la torre, como si estuviera a punto de apagarse, y, un instante después, volvía a prenderse de nuevo por su punta azulada.

— ¡La Dama de fuego! ¡La Dama de fuego! — gritaban los pescadores y los campesinos, despavoridos.

Todo se explicaba entonces. Era evidente que el navío, desorientado entre las brumas, había errado el rumbo, y que había tomado aquella llama, encendida en lo alto del castillo de Dundonald, por el fuego de Irvine. Se creía en la entrada del golfo, situada dieciséis kilómetros más al norte, y corría hacia tierra firme, que no le ofrecía refugio alguno.

¿Qué podía hacerse para salvarlo, si es que aún había tiempo? Quizá habría sido preciso subir hasta las ruinas e intentar apagar aquel fuego, para que no pudiera seguir confundiéndose con el faro del puerto de Irvine.

Sin duda, así era como convenía actuar, sin demora; pero ¿cuál de aquellos escoceses habría tenido la idea, y, tras la idea, el valor de desafiar a la Dama de fuego? Jack Ryan, tal vez, pues era valiente, y su credulidad, por fuerte que fuese, no podía detenerlo ante un impulso generoso.

Era demasiado tarde. Un horrible crujido resonó en medio del fragor de los elementos.

El navío acababa de tocar fondo por la popa. Sus luces de posición se apagaron. La línea blanquecina de la resaca pareció romperse un instante. Era el buque, que embarrancaba, se tumbaba de costado y se deshacía entre los arrecifes.

Y, en ese mismo instante, por una coincidencia que solo podía deberse al azar, la larga llama desapareció, como si hubiera sido arrancada por una violenta ráfaga. El mar, el cielo, la playa quedaron al punto sumidos de nuevo en las más profundas tinieblas.

— ¡La Dama de fuego! — había gritado por última vez Jack Ryan, cuando aquella aparición, sobrenatural para sus compañeros y para él, se desvaneció de repente.

Pero entonces, el valor que aquellos supersticiosos escoceses no habrían tenido frente a un peligro quimérico, lo recobraron ante un peligro real, ahora que se trataba de salvar a sus semejantes. Los elementos desatados no los detuvieron. Con ayuda de cuerdas lanzadas entre el oleaje —tan heroicos como habían sido crédulos—, se arrojaron en socorro del buque naufragado.

Afortunadamente, lo lograron, no sin que algunos de ellos —y el intrépido Jack Ryan estaba entre ellos— resultaran gravemente magullados contra las rocas; pero el capitán del navío y los ocho hombres de la tripulación pudieron ser depositados, sanos y salvos, en la playa.

Aquel navío era el bergantín noruego *Motala*, cargado de madera del norte, que hacía rumbo a Glasgow.

Era demasiado cierto. El capitán, engañado por aquel fuego encendido en la torre del castillo de Dundonald, había ido a embarrancar de lleno en la costa, en lugar de embocar el golfo de Clyde.

Y ahora, del *Motala* ya no quedaban sino escasos restos, cuyos despojos la resaca terminaba de destrozar contra las rocas del litoral.

CAPÍTULO XII. LAS HAZAÑAS DE JACK RYAN

Jack Ryan y tres de sus compañeros, heridos como él, habían sido trasladados a una de las habitaciones de la granja de Melrose, donde se les prodigaron cuidados de inmediato.

Jack Ryan había sido el peor parado, pues, en el momento en que, con la cuerda atada a la cintura, se había arrojado al mar, las olas furiosas lo habían revolcado sin piedad contra los arrecifes. Poco había faltado, incluso, para que sus camaradas lo trajeran sin vida a la orilla.

El buen muchacho quedó, pues, clavado en la cama unos días, lo que lo hizo rabiar de lo lindo. Sin embargo, en cuanto le permitieron cantar tanto como quisiera, se tomó su mal con paciencia, y la granja de Melrose resonó, a todas horas, con los alegres estallidos de su voz. Pero Jack Ryan, en esta aventura, no sacó sino un sentimiento más vivo de temor hacia esos Brawnies y demás trasgos que se divierten atormentando a las pobres gentes, y fueron ellos a quienes hizo responsables de la catástrofe del *Motala*. Mal recibido habría sido quien pretendiera sostenerle que las Damas de fuego no existían, y que aquella llama, tan súbitamente proyectada entre las ruinas, no se debía sino a un fenómeno físico. Ningún razonamiento lo habría convencido. Sus compañeros eran todavía más obstinados que él en su credulidad. A oírles, una de las Damas de fuego había atraído malignamente al *Motala* hacia la costa. En cuanto a querer castigarla por ello, tanto habría dado multar al huracán. Los magistrados podían decretar todas las diligencias que les pareciesen. No se encierra una llama, no se encadena a un ser impalpable. Y, dicho sea de paso, las investigaciones que se hicieron más tarde parecieron dar la razón —al menos en apariencia— a esta manera supersticiosa de explicar las cosas.

En efecto, el magistrado encargado de dirigir una investigación sobre la pérdida del *Motala* fue a interrogar a los diversos testigos de la catástrofe. Todos coincidieron en que el naufragio se debía a la aparición sobrenatural de la Dama de fuego en las ruinas del castillo de Dundonald.

Como cabe suponer, la justicia no podía contentarse con semejantes razones. De que se hubiera producido un fenómeno puramente físico en aquellas ruinas, no cabía la menor duda. Pero ¿había sido accidente o malevolencia? Eso era lo que el magistrado debía tratar de esclarecer.

Que no extrañe esta palabra de «malevolencia». No haría falta remontarse muy atrás en la historia armoricana para hallar su justificación. Muchos saqueadores de restos de naufragio del litoral bretón se dedicaron a ese oficio de atraer los barcos hacia la costa para repartirse luego el botín. Unas veces, un grupo de árboles resinosos, incendiados durante la noche, guiaba a un buque hacia pasos de los que ya no podía salir. Otras veces, una antorcha, atada a los cuernos de un toro y paseada al capricho del animal, engañaba a una tripulación sobre el rumbo que debía seguir. El resultado de estas maniobras era inevitablemente algún naufragio, del que los saqueadores sacaban provecho. Había hecho falta la intervención de la justicia y severos escarmientos para acabar con estas bárbaras costumbres. Ahora bien, ¿no podía ser que, en esta ocasión, alguna mano criminal hubiera retomado las antiguas tradiciones de los saqueadores de restos de naufragio?

Esto era lo que pensaba la policía, por más que les pesara a Jack Ryan y a sus compañeros. Cuando estos oyeron hablar de la investigación, se dividieron en dos bandos: unos se contentaron con encogerse de hombros; otros, más temerosos, anunciaron que, con toda seguridad, provocar así a los seres sobrenaturales acarrearía nuevas catástrofes.

No obstante, la investigación se llevó a cabo con gran esmero. Los agentes de policía se trasladaron al castillo de Dundonald y procedieron a las pesquisas más rigurosas.

El magistrado quiso primero comprobar si el suelo conservaba alguna huella de pisadas que pudiera atribuirse a otros pies que no fueran los de trasgos. Resultó imposible hallar el menor rastro, ni antiguo ni reciente. Y, sin embargo, la tierra, todavía húmeda por las lluvias del día anterior, habría conservado el más leve vestigio.

—¡Pisadas de Brawnies! —exclamó Jack Ryan al conocer el fracaso de las primeras pesquisas—. ¡Tanto valdría querer encontrar las huellas de un fuego fatuo sobre el agua de un pantano!

Esta primera parte de la investigación no dio, pues, resultado alguno. No era probable que la segunda diera más de sí.

Se trataba, en efecto, de establecer cómo había podido encenderse el fuego en lo alto de la vieja torre, qué materiales habían alimentado la combustión y, por último, qué residuos había dejado esa combustión.

Sobre el primer punto, nada; ni restos de cerillas, ni jirones de papel que hubieran podido servir para encender fuego alguno.

Sobre el segundo punto, la nada resultó no menos absoluta. No se encontraron ni hierbas secas ni fragmentos de madera con que, sin embargo, aquel hogar, tan intenso, debía de haber sido ampliamente alimentado durante la noche.

En cuanto al tercer punto, tampoco pudo esclarecerse más. La ausencia de toda ceniza, de todo residuo de combustible alguno, ni siquiera permitió hallar el lugar donde debía de haberse instalado el hogar. No existía ninguna mancha ennegrecida, ni en la tierra ni en la roca. ¿Había que concluir, entonces, que el fuego había sido sostenido por la mano de algún malhechor? Era muy inverosímil, puesto que, según decían los testigos, la llama presentaba un desarrollo gigantesco, tal que la tripulación del *Motala* había podido divisarla, pese a las brumas, desde varios kilómetros mar adentro.

—¡Vaya! —exclamó Jack Ryan—. ¡La Dama de fuego bien sabe pasarse sin cerillas! Sopla, y eso basta para inflamar el aire a su alrededor, ¡y su hogar nunca deja cenizas!

De todo esto resultó, pues, que los magistrados perdieron el tiempo, y que una nueva leyenda vino a sumarse a tantas otras, leyenda destinada a perpetuar el recuerdo de la catástrofe del *Motala* y a afirmar de manera aún más indiscutible la aparición de las Damas de fuego.

Sin embargo, un muchacho tan bravo como Jack Ryan, y de constitución tan vigorosa, no podía permanecer mucho tiempo en cama. Unas cuantas torceduras y luxaciones no eran motivo para tenerlo tumbado más de lo debido. No tenía tiempo de estar enfermo. Y, cuando falta ese tiempo, apenas se enferma en estas salubres regiones de las Tierras Bajas.

Jack Ryan se restableció, pues, con rapidez. En cuanto se puso en pie, antes de retomar su trabajo en la granja de Melrose, quiso llevar a cabo cierto proyecto. Se trataba de ir a visitar a su camarada Harry, para saber por qué este había faltado a la fiesta del clan de Irvine. Tratándose de un hombre como Harry, que jamás prometía sin cumplir, aquella ausencia no tenía explicación. Era, por lo demás, inverosímil que el hijo del viejo capataz no hubiera oído hablar de la catástrofe del *Motala*, referida con todo detalle por los periódicos. Debía de saber la parte que Jack Ryan había tomado en el salvamento, y lo que de ello le había resultado, y habría sido demasiada indiferencia por parte de Harry no llegarse hasta la granja para estrechar la mano de su amigo Jack Ryan.

Si, pues, Harry no había venido, era porque no había podido venir.

Jack Ryan antes habría negado la existencia de las Damas de fuego que creer en la indiferencia de Harry hacia él.

Así pues, dos días después de la catástrofe, Jack Ryan salió de la granja, gallardamente, como un mozo fornido que no acusaba en absoluto sus heridas. Con un alegre estribillo lanzado a pleno pulmón, hizo resonar los ecos del acantilado, y se dirigió a la estación del ferrocarril que, pasando por Glasgow, lleva a Stirling y a Callander.

Allí, mientras esperaba en la estación, su mirada se sintió atraída ante todo por un cartel, reproducido profusamente en los muros, que contenía el siguiente aviso:

«El pasado 4 de diciembre, el ingeniero James Starr, de Edimburgo, se embarcó en Granton-pier a bordo del *Príncipe de Gales*. Desembarcó ese mismo día en Stirling. Desde entonces no se tienen noticias de él.

»Se ruega dirigir toda información relativa a él al presidente de la Royal Institution, en Edimburgo.»

Jack Ryan, detenido ante uno de esos carteles, lo leyó dos veces, no sin dar muestras de la más extrema sorpresa.

— ¡El señor Starr! — exclamó —. ¡Pero si precisamente lo encontré el 4 de diciembre, con Harry, en las escalas del pozo Yarrow! ¡Hace ya diez días de eso! ¡Y desde entonces no habría reaparecido! ¿Explicaría esto por qué mi camarada no vino a la fiesta de Irvine?

Y, sin tomarse el tiempo de informar por carta al presidente de la Royal Institution de lo que sabía respecto a James Starr, el buen muchacho saltó al tren, con la firme intención de dirigirse primero al pozo Yarrow. Hecho esto, bajaría hasta el fondo de la mina Dochart, si hacía falta, para encontrar a Harry, y con él al ingeniero James Starr.

Tres horas después, se apeaba del tren en la estación de Callander y se dirigía rápidamente hacia el pozo Yarrow.

«No han reaparecido —se decía—. ¿Por qué? ¿Es algún obstáculo lo que se lo ha impedido? ¿Es algún trabajo de tal importancia que los retiene aún en el fondo de la mina? ¡Lo sabré!»

Y Jack Ryan, apretando el paso, llegó en menos de una hora al pozo Yarrow.

Por fuera, nada había cambiado. El mismo silencio en los alrededores de la mina. Ni un ser vivo en aquel desierto.

Jack Ryan penetró bajo el cobertizo en ruinas que cubría la boca del pozo. Hundió la mirada en aquel abismo... No vio nada. Escuchó... No oyó nada.

—¡Y mi lámpara! —exclamó—. ¿Es que ya no está en su sitio?

La lámpara que Jack Ryan utilizaba durante sus visitas a la mina solía dejarse en un rincón, cerca del rellano de la escala superior.

Aquella lámpara había desaparecido.

—¡Esta sí que es una primera complicación! —dijo Jack Ryan, que empezó a inquietarse de veras.

Luego, sin vacilar, por muy supersticioso que fuese:

—Iré —dijo—, aunque esté más oscuro en la mina que en las mismísimas entrañas del infierno.

Y empezó a descender la larga sucesión de escalas que se hundían en el oscuro pozo.

Hacía falta que Jack Ryan no hubiese perdido nada de sus antiguas costumbres de minero, y que conociera bien la mina Dochart, para aventurarse así. Por lo demás, descendía con prudencia. Su pie tanteaba cada peldaño,

algunos de los cuales estaban carcomidos. Cualquier paso en falso habría provocado una caída mortal, en aquel vacío de cuatrocientos cincuenta metros. Jack Ryan contaba, pues, cada uno de los rellanos que iba dejando atrás sucesivamente para alcanzar un piso inferior. Sabía que su pie no tocaría el suelo de la mina hasta haber rebasado el trigésimo. Una vez allí, pensaba, no le costaría encontrar el cottage, construido, como se sabe, al extremo de la galería principal.

Jack Ryan llegó así al vigésimo sexto rellano, y, por consiguiente, no más de sesenta metros lo separaban ya del fondo.

En ese punto, bajó la pierna para buscar el primer peldaño de la vigésima séptima escala. Pero su pierna, balanceándose en el vacío, no encontró ningún punto de apoyo.

Jack Ryan se arrodilló en el rellano. Quiso asir con la mano el extremo de la escala... Fue en vano.

Era evidente que la vigésima séptima escala no se hallaba en su sitio y que, por lo tanto, había sido retirada.

«Por aquí ha debido de pasar el viejo Nick», se dijo, no sin experimentar cierto sentimiento de espanto.

De pie, con los brazos cruzados, tratando aún de horadar aquella sombra impenetrable, Jack Ryan esperó. Luego le vino a la mente que, si él no podía bajar, los habitantes de la mina, por su parte, no habrían podido subir. En efecto, ya no existía comunicación alguna entre la superficie del condado y las profundidades de la mina. Si aquella retirada de las escalas inferiores del pozo Yarrow se había llevado a cabo desde su última visita al cottage, ¿qué había sido de Simon Ford, de su mujer, de su hijo y del ingeniero? La prolongada ausencia de James Starr probaba evidentemente que no había abandonado la mina desde el día en que Jack Ryan se había cruzado con él en el pozo Yarrow. ¿Cómo se había hecho, desde entonces, el abastecimiento del cottage? ¿No les habrían faltado los víveres a aquellos desdichados, encerrados a cuatrocientos cincuenta metros bajo tierra?

Todos estos pensamientos cruzaron la mente de Jack Ryan. Comprendió bien que nada podía hacer por sí mismo para llegar hasta el cottage. ¿Había habido malevolencia en la interrupción de las comunicaciones? Esto no le

parecía dudoso. En todo caso, los magistrados dispondrían lo necesario, pero había que avisarles cuanto antes.

Jack Ryan se inclinó sobre el rellano.

—¡Harry! ¡Harry! —gritó con su potente voz.

Los ecos se devolvieron varias veces el nombre de Harry, que acabó por apagarse en las últimas profundidades del pozo Yarrow.

Jack Ryan volvió a subir rápidamente las escalas superiores y recobró la luz del día. No perdió un instante. De un tirón, regresó a la estación de Callander. Solo tuvo que esperar unos minutos el paso del expreso de Edimburgo, y, a las tres de la tarde, se presentaba en casa del lord preboste de la capital.

Allí se recogió su declaración. Los detalles precisos que dio no permitían dudar de su veracidad. Sir W. Elphiston, presidente de la Royal Institution, no solo colega sino amigo particular de James Starr, fue avisado de inmediato, y pidió dirigir en persona las pesquisas que iban a emprenderse sin demora en la mina Dochart. Se pusieron a su disposición varios agentes, que se proveyeron de lámparas, picos y largas escalas de cuerda, sin olvidar víveres y cordiales. Después, guiados por Jack Ryan, todos tomaron de inmediato el camino de las minas de carbón de Aberfoyle.

Esa misma noche, Sir W. Elphiston, Jack Ryan y los agentes llegaron a la boca del pozo Yarrow, y descendieron hasta el vigésimo séptimo rellano, en el que Jack se había detenido pocas horas antes.

Las lámparas, atadas al extremo de largas cuerdas, fueron bajadas hasta las profundidades del pozo, y entonces se pudo comprobar que faltaban las cuatro últimas escalas.

No cabía duda de que toda comunicación entre el interior y el exterior de la mina Dochart había sido rota deliberadamente.

—¿A qué esperamos, señor? —preguntó el impaciente Jack Ryan.

—Esperamos a que suban esas lámparas, muchacho —respondió Sir W. Elphiston—. Luego bajaremos hasta el suelo de la última galería, y tú nos llevarás...

—Al cottage —exclamó Jack Ryan—, y, si hace falta, hasta los últimos abismos de la mina.

En cuanto se retiraron las lámparas, los agentes fijaron al rellano las escalas de cuerda, que se desenrollaron dentro del pozo. Los rellanos inferiores todavía subsistían. Se pudo bajar de uno a otro.

Esto no se hizo sin grandes dificultades. Jack Ryan, el primero, se había colgado de aquellas vacilantes escalas, y fue también el primero en alcanzar el fondo de la mina.

Sir W. Elphiston y los agentes no tardaron en reunirse con él.

La rotonda que formaba el fondo del pozo Yarrow estaba absolutamente desierta, pero no fue poca la sorpresa de Sir W. Elphiston al oír exclamar a Jack Ryan:

—¡Aquí hay algunos fragmentos de las escalas, y son fragmentos medio quemados!

—¡Quemados! —repitió Sir W. Elphiston—. En efecto, aquí hay cenizas frías desde hace tiempo.

—¿Cree usted, señor —preguntó Jack Ryan—, que al ingeniero James Starr le convenía quemar estas escalas e interrumpir toda comunicación con el exterior?

—No —respondió Sir W. Elphiston, que quedó pensativo—. Vamos, muchacho, al cottage. Allí sabremos la verdad.

Jack Ryan meneó la cabeza, como quien no está muy convencido. Pero, tomando una lámpara de manos de un agente, avanzó rápidamente a través de la galería principal de la mina Dochart.

Todos lo seguían.

Un cuarto de hora después, Sir W. Elphiston y sus compañeros habían llegado a la excavación en cuyo fondo estaba edificado el cottage de Simon Ford. Ninguna luz iluminaba sus ventanas.

Jack Ryan se precipitó hacia la puerta, que empujó con viveza.

El cottage estaba abandonado.

Se visitaron las habitaciones de la sombría vivienda. Ni rastro de violencia en el interior. Todo estaba en orden, como si la vieja Madge siguiera allí. La reserva de víveres era incluso abundante, y habría bastado durante varios días a la familia Ford.

La ausencia de los moradores del cottage era, pues, inexplicable. Pero ¿se podía determinar con precisión en qué momento lo habían abandonado? Sí, pues, en aquel ámbito donde no se sucedían ni las noches ni los días, Madge tenía la costumbre de marcar con una cruz cada fecha de su calendario.

Aquel calendario estaba colgado en la pared de la sala. Y bien, la última cruz se había marcado en la fecha del 6 de diciembre, es decir, un día después de la llegada de James Starr, cosa que Jack Ryan estuvo en condiciones de afirmar. Era, pues, manifiesto que, desde el 6 de diciembre, es decir, desde hacía diez días, Simon Ford, su mujer, su hijo y su huésped habían abandonado el cottage. ¿Podía una nueva exploración de la mina, emprendida por el ingeniero, explicar una ausencia tan prolongada? Evidentemente, no.

Así lo pensó, al menos, Sir W. Elphiston. Tras inspeccionar minuciosamente el cottage, se vio muy perplejo sobre lo que convenía hacer.

La oscuridad era profunda. El resplandor de las lámparas, balanceándose en manos de los agentes, apenas salpicaba de estrellas aquellas impenetrables tinieblas.

De pronto, Jack Ryan lanzó un grito.

—¡Allí! ¡Allí! —dijo.

Y su dedo señalaba un resplandor bastante vivo, que se agitaba en la oscura lejanía de la galería.

—¡Amigos, corramos hacia esa luz! —respondió Sir W. Elphiston.

—¡Una luz de Brawnne! —exclamó Jack Ryan—. ¿Para qué? ¡Nunca la alcanzaremos!

El presidente de la Royal Institution y los agentes, poco inclinados a la credulidad, se lanzaron en la dirección indicada por la luz movediza. Jack Ryan, haciendo de tripas corazón, no se quedó rezagado.

Fue una persecución larga y fatigosa. El farol luminoso parecía llevado por un ser de baja estatura, pero singularmente ágil. A cada instante, aquel ser desaparecía tras algún terraplén; luego volvía a vérselo al fondo de una galería transversal. Rápidos quiebros lo ponían enseguida fuera de la vista. Parecía haber desaparecido definitivamente, y, de pronto, la luz de su farol brillaba de nuevo con vivo resplandor. En suma, se le ganaba poco terreno, y Jack Ryan seguía creyendo, no sin razón, que no lo alcanzarían.

Durante una hora de esa inútil persecución, Sir W. Elphiston y sus compañeros se internaron en la parte sudoeste de la mina Dochart. Ellos también acabaron por preguntarse si no tendrían que vérselas con algún fuego fatuo inasible.

En ese momento, sin embargo, pareció que la distancia empezaba a disminuir entre el fuego fatuo y quienes trataban de alcanzarlo. ¿Era cansancio de aquel ser que huía, o pretendía atraer a Sir W. Elphiston y a sus compañeros hasta donde quizá habían sido atraídos también los habitantes del cottage? Habría sido difícil resolver la cuestión.

Sin embargo, los agentes, al ver que la distancia se acortaba, redoblaron sus esfuerzos. La luz, que hasta entonces había brillado a más de doscientos pasos por delante de ellos, se mantenía ahora a menos de cincuenta. Aquel intervalo se redujo todavía más. El portador del farol se hizo más visible. A veces, cuando volvía la cabeza, se podía reconocer el vago perfil de un rostro humano, y, a menos que algún trasgo hubiera tomado esa forma, Jack Ryan se veía obligado a admitir que no se trataba allí de un ser sobrenatural.

Y entonces, corriendo aún más deprisa:

— ¡Ánimo, camaradas! — gritaba —. ¡Se cansa! ¡Pronto lo alcanzaremos, y si habla tan bien como corre, podrá contarnos muchas cosas!

Sin embargo, la persecución se hacía entonces más difícil. En efecto, en medio de las últimas profundidades de la mina, estrechos túneles se entrecruzaban como los pasillos de un laberinto. En aquel dédalo, el portador del farol podía escapar fácilmente a los agentes.

Le bastaba con apagar su linterna y echarse a un lado, al fondo de algún refugio oscuro.

«Y, en efecto — pensaba Sir W. Elphiston —, si quiere escapar de nosotros, ¿por qué no lo hace?»

Aquel ser inasible no lo había hecho hasta entonces; pero, en el momento en que este pensamiento cruzaba la mente de Sir W. Elphiston, la luz desapareció de repente, y los agentes, prosiguiendo su persecución, llegaron casi enseguida ante una estrecha abertura que las rocas esquistosas dejaban entre sí, al extremo de una angosta galería.

Deslizarse por ella, tras avivar sus lámparas, y lanzarse a través de aquel orificio que se abría ante ellos, fue para Sir W. Elphiston, Jack Ryan y sus compañeros cosa de un instante.

Pero no habían dado cien pasos por una nueva galería, más ancha y más alta, cuando se detuvieron de golpe.

Allí, cerca de la pared, cuatro cuerpos yacían tendidos en el suelo, ¡quizá cuatro cadáveres!

— ¡James Starr! —dijo Sir W. Elphiston.

— ¡Harry! ¡Harry! —exclamó Jack Ryan, precipitándose sobre el cuerpo de su camarada.

Eran, en efecto, el ingeniero, Madge, Simon y Harry Ford, quienes yacían allí, inmóviles.

Pero, entonces, uno de aquellos cuerpos se incorporó, y se oyó la voz exhausta de la vieja Madge murmurar estas palabras:

— ¡Ellos! ¡Ellos, primero!

Sir W. Elphiston, Jack Ryan y los agentes trataron de reanimar al ingeniero y a sus compañeros, haciéndoles tragar unas gotas de cordial. Lo lograron casi al instante. Aquellos desdichados, secuestrados desde hacía diez días en la Nueva Aberfoyle, se morían de inanición.

Y si no habían sucumbido durante aquel largo encierro —James Starr se lo contó a Sir W. Elphiston—, era porque tres veces habían hallado junto a ellos un pan y un cántaro de agua. Sin duda, el ser bienhechor a quien debían seguir con vida no había podido hacer más...

Sir W. Elphiston se preguntó si aquello no sería obra de aquel inasible fuego fatuo que acababa de atraerlos precisamente al lugar donde yacían James Starr y sus compañeros.

Fuera como fuese, el ingeniero, Madge, Simon y Harry Ford estaban salvados. Fueron devueltos al cottage, pasando de nuevo por la estrecha salida que el portador del farol parecía haber querido indicar a Sir W. Elphiston.

Y si James Starr y sus compañeros no habían podido volver a encontrar la abertura de la galería que la dinamita les había abierto, era porque dicha abertura había sido sólidamente tapada mediante rocas superpuestas que, en aquella profunda oscuridad, no habían podido ni reconocer ni desprender.

Así pues, mientras exploraban la vasta cripta, toda comunicación entre la antigua y la Nueva Aberfoyle había sido cerrada voluntariamente por una mano enemiga.

CAPÍTULO XIII. COAL-CITY

Tres años después de los sucesos que se acaban de narrar, las guías Joanne o Murray recomendaban, «como gran atracción», a los numerosos turistas que recorrían el condado de Stirling, una visita de algunas horas a las minas de carbón de la Nueva Aberfoyle.

Ninguna mina, en país alguno del Nuevo o del Antiguo Mundo, presentaba un aspecto más curioso.

Ante todo, el visitante era transportado sin peligro ni fatiga hasta el suelo de la explotación, a unos cuatrocientos cincuenta metros por debajo de la superficie del condado.

En efecto, a unos once kilómetros al sudoeste de Callander, un túnel oblicuo, decorado con una entrada monumental, con torrecillas, almenas y matacanes, afloraba a la superficie. Este túnel, de suave pendiente y ampliamente excavado, iba a desembocar directamente en aquella cripta tan singularmente abierta en el macizo del suelo escocés.

Un doble ferrocarril, cuyos vagones eran movidos por fuerza hidráulica, servía, cada hora, al pueblo que se había fundado en el subsuelo del condado bajo el nombre, acaso un poco ambicioso, de «Coal-city», es decir, la Ciudad del Carbón.

El visitante que llegaba a Coal-city se encontraba en un medio donde la electricidad desempeñaba un papel de primer orden, como agente de calor y de luz.

En efecto, los pozos de ventilación, aunque numerosos, no habrían bastado para mezclar suficiente claridad con la profunda oscuridad de la Nueva Aberfoyle. Sin embargo, una luz intensa llenaba aquel sombrío ámbito,

donde numerosos discos eléctricos sustituían al disco solar. Suspendidos bajo el intradós de las bóvedas, colgados de los pilares naturales, todos alimentados por corrientes continuas que producían máquinas electromagnéticas —los unos, soles; los otros, estrellas—, iluminaban ampliamente aquel dominio. Cuando llegaba la hora del descanso, bastaba un interruptor para producir artificialmente la noche en aquellos profundos abismos de la hulla.

Todos estos aparatos, grandes o pequeños, funcionaban al vacío, es decir, que sus arcos luminosos no comunicaban en absoluto con el aire ambiente. De modo que, en el caso de que la atmósfera se hubiera mezclado de grisú en una proporción detonante, no había explosión que temer. Por eso el agente eléctrico se empleaba invariablemente para todas las necesidades de la vida industrial y de la vida doméstica, tanto en las casas de Coal-city como en las galerías explotadas de la Nueva Aberfoyle.

Hay que decir, ante todo, que las previsiones del ingeniero James Starr — en lo que concernía a la explotación de la nueva hulla — no se habían visto defraudadas en absoluto. La riqueza de los filones carboníferos era incalculable. Fue en el oeste de la cripta, a unos cuatrocientos metros de Coal-city, donde el pico de los mineros atacó las primeras vetas. La ciudad obrera no ocupaba, pues, el centro de la explotación. Los trabajos de fondo estaban directamente unidos a los trabajos de superficie por los pozos de ventilación y de extracción, que ponían los diversos niveles de la mina en comunicación con el suelo. El gran túnel, donde funcionaba el ferrocarril de tracción hidráulica, no servía más que para el transporte de los habitantes de Coal-city.

Se recordará cuál era la singular conformación de aquella vasta caverna donde el viejo capataz y sus compañeros se habían detenido durante su primera exploración. Allí, sobre sus cabezas, se redondeaba una cúpula de curvatura ojival. Los pilares que la sostenían iban a perderse en la bóveda de esquisto, a una altura de unos cien metros, altura casi igual a la del «Mammoth Dome» de las grutas de Kentucky.

Se sabe que aquella enorme sala —la mayor de todo el hipogeo americano— puede contener fácilmente cinco mil personas. En esta parte de la Nueva Aberfoyle había la misma proporción y también la misma disposición. Pero, en lugar de las admirables estalactitas de la célebre gruta, la mi-

rada se prendía aquí en abultamientos de filones carboníferos que parecían brotar de todas las paredes bajo la presión de las fallas esquistosas. Habríase dicho que eran altorrelieves de azabache cuyas lentejuelas se encendían bajo la irradiación de los discos.

Bajo aquella cúpula se extendía un lago comparable, por su extensión, al Mar Muerto de las «Mammoth Caves», lago profundo cuyas aguas transparentes hormigueaban de peces sin ojos, y al que el ingeniero dio el nombre de lago Malcolm.

Fue allí, en aquella inmensa excavación natural, donde Simon Ford había construido su nuevo cottage, y no lo habría cambiado por el más hermoso hotel de Princes Street, en Edimburgo. Aquella vivienda estaba situada a la orilla del lago, y sus cinco ventanas se abrían sobre las aguas sombrías, que se extendían más allá del límite de la mirada.

Dos meses después se había levantado una segunda vivienda en las cercanías del cottage de Simon Ford. Fue la de James Starr. El ingeniero se había entregado en cuerpo y alma a la Nueva Aberfoyle. Él también había querido habitarla, y hacía falta que sus asuntos le obligasen imperiosamente a ello para que consintiera en subir al exterior. Allí, en efecto, vivía en medio de su mundo de mineros.

Desde el descubrimiento de los nuevos yacimientos, todos los obreros de la antigua hullera se habían apresurado a abandonar el arado y la grada para retomar el pico o la piqueta. Atraídos por la certeza de que el trabajo nunca les faltaría, seducidos por los altos salarios que la prosperidad de la explotación iba a permitir destinar a la mano de obra, habían abandonado la superficie por las profundidades, y se habían instalado en la hullera, que, por su disposición natural, se prestaba a este asentamiento.

Aquellas casas de mineros, construidas de ladrillo, se habían dispuesto poco a poco de manera pintoresca, unas a orillas del lago Malcolm, otras bajo aquellos arcos que parecían hechos para resistir el empuje de las bóvedas como los contrafuertes de una catedral. Picadores que arrancan la roca, vagoneros que transportan el carbón, encargados de obra, entibadores que apuntalan las galerías, camineros a quienes se confía la reparación de las vías, rellenadores que sustituyen la piedra por la hulla en las partes ya explotadas, todos estos obreros, en fin, empleados más particularmente en los trabajos de fondo, fijaron su domicilio en la Nueva Aberfoyle y fundaron

poco a poco Coal-city, situada bajo la punta oriental del lago Katrine, al norte del condado de Stirling.

Era, pues, una especie de pueblo flamenco el que se había alzado a orillas del lago Malcolm. Una capilla, erigida bajo la advocación de San Gil, dominaba todo aquel conjunto desde lo alto de una enorme roca, cuyo pie se bañaba en las aguas de aquel mar subterráneo.

Cuando aquel burgo subterráneo se iluminaba con los vivos rayos que proyectaban los discos, suspendidos de los pilares de la cúpula o de los arcos de las contranaves, presentaba un aspecto un tanto fantástico, de efecto extraño, que justificaba la recomendación de las guías Murray o Joanne. Por eso afluían los visitantes.

Que los habitantes de Coal-city se mostraran orgullosos de su instalación, ni que decir tiene. Por eso abandonaban solo raramente la ciudad obrera, imitando en esto a Simon Ford, que por su parte no quería salir de ella jamás. El viejo capataz sostenía que allá arriba siempre estaba lloviendo, y, dado el clima del Reino Unido, hay que reconocer que no le faltaba del todo razón. Las familias de la Nueva Aberfoyle prosperaban, pues. Desde hacía tres años habían alcanzado un cierto desahogo que nunca habrían logrado en la superficie del condado. No pocos niños, nacidos en la época en que se reanudaron los trabajos, no habían respirado todavía el aire exterior.

Lo cual hacía decir a Jack Ryan:

— ¡Hace dieciocho meses que dejaron de mamar de sus madres, y sin embargo, todavía no han visto la luz del día! Cabe señalar, a este respecto, que uno de los primeros en acudir a la llamada del ingeniero fue Jack Ryan. Aquel alegre compañero se impuso el deber de retomar su antiguo oficio. La granja de Melrose había perdido así a su cantor y a su gaitero habitual. Pero esto no quiere decir que Jack Ryan hubiera dejado de cantar. Al contrario, y los sonoros ecos de la Nueva Aberfoyle desgastaban sus pulmones de piedra respondiéndole.

Jack Ryan se había instalado en el nuevo cottage de Simon Ford. Le habían ofrecido una habitación, que él había aceptado sin cumplidos, como el hombre sencillo y franco que era. La vieja Madge le quería por su buen carácter y su buen humor. Ella compartía en cierta medida sus ideas acerca de los seres fantásticos que debían de rondar la hullera, y ambos, cuando esta-

ban solos, se contaban historias capaces de hacer estremecer, historias bien dignas de enriquecer la mitología hiperbórea.

Jack Ryan se convirtió así en la alegría del cottage. Era, por lo demás, un buen muchacho, un obrero sólido. Seis meses después de la reanudación de los trabajos, era ya jefe de una brigada de los trabajos de fondo.

—Bien trabajado, señor Ford —decía este, algunos días después de su instalación—. Ha encontrado usted un nuevo filón, y si a punto ha estado de pagar con su vida ese descubrimiento, bueno, ¿no ha sido demasiado caro!

—No, Jack; ha sido incluso una ganga la que hemos hecho ahí —respondió el viejo capataz—. Pero ni el señor Starr ni yo olvidaremos jamás que es a ti a quien debemos la vida.

—Pues no —replicó Jack Ryan—. Es a su hijo Harry, ya que tuvo la buena idea de aceptar mi invitación para la fiesta de Irvine...

—¿Y no ir a ella, verdad? —replicó Harry, estrechando la mano de su compañero—. No, Jack, es a ti, apenas repuesto de tus heridas, a ti, que no perdiste ni un día ni una hora, a quien debemos el que nos encontraran vivos en la hullera.

—¡Pues no! —repuso el testarudo muchacho—. ¡No dejaré que se digan cosas que no son ciertas! Pude darme prisa por saber qué había sido de ti, Harry, y eso es todo. Pero, para dar a cada cual lo que le corresponde, añadiré que, de no ser por ese inasible duende...

—¡Ah, ya estamos! —exclamó Simon Ford—. ¡Un duende!

—Un duende, un Brawnie, un hijo de hada —repitió Jack Ryan—, un nieto de las Damas de fuego, un Urisk, ¿lo que ustedes quieran, en fin! No es menos cierto que, sin él, jamás habríamos penetrado en la galería de la que ya no podían salir.

—Sin duda, Jack —respondió Harry—. Falta saber si ese ser es tan sobrenatural como tú quieres creer.

—¡Sobrenatural! —exclamó Jack Ryan—. Pues es tan sobrenatural como un fuego fatuo al que se viera correr farol en mano, al que se quisiera atrapar, que se os escapara como un silfo, que se desvaneciera como una sombra. Quédate tranquilo, Harry, que tarde o temprano volveremos a verlo.

—Pues bien, Jack —dijo Simon Ford—, fuego fatuo o no, trataremos de encontrarlo, y tendrás que ayudarnos en ello.

—Se va a meter usted en un mal negocio, señor Ford —respondió Jack Ryan.

—¡Bueno! Ya veremos, Jack.

Fácilmente se imagina uno hasta qué punto aquel dominio de la Nueva Aberfoyle se volvió pronto familiar para los miembros de la familia Ford, y más particularmente para Harry. Este llegó a conocer sus más secretos recovecos. Llegó incluso a poder decir a qué punto de la superficie del suelo correspondía tal o cual punto de la hullera. Sabía que sobre aquella capa se extendía el golfo del Clyde, que allí se hallaba el lago Lomond o el lago Katri-ne. Aquellos pilares sostenían un contrafuerte de los montes Grampianos. Aquella bóveda servía de cimiento a Dumbarton. Sobre aquel amplio estanque pasaba el ferrocarril de Balloch. Allí terminaba el litoral escocés. Allí comenzaba el mar, cuyo fragor se oía claramente durante las grandes tormentas del equinoccio. Harry habría sido un magnífico «guía» de aquellas catacumbas naturales, y lo que hacen los guías de los Alpes sobre las cumbres nevadas, a plena luz, él lo habría hecho en la hullera, en plena sombra, con una incomparable seguridad de instinto.

¡Y cuánto la amaba, a aquella Nueva Aberfoyle! ¡Cuántas veces, con la lámpara en el sombrero, se aventuraba hasta sus más extremas profundidades! Exploraba sus estanques en una canoa que manejaba con destreza. Cazaba incluso, pues numerosas aves silvestres se habían introducido en la cripta —ánades rabudos, agachadizas, negrones—, que se alimentaban de los peces que pululaban en aquellas aguas negras. Parecía que los ojos de Harry estuviesen hechos para los espacios sombríos, como los ojos de un marino para los horizontes lejanos.

Pero, al recorrerla así, Harry se sentía como irresistiblemente arrastrado por la esperanza de reencontrar al ser misterioso cuya intervención, a decir verdad, le había salvado a él más que a nadie, y a los suyos con él. ¿Lo conseguiría? Sí, sin duda, si daba crédito a sus presentimientos. No, si había que concluir por el escaso éxito que sus pesquisas habían obtenido hasta entonces.

En cuanto a los ataques dirigidos contra la familia del viejo capataz antes del descubrimiento de la Nueva Aberfoyle, no se habían repetido.

Así iban las cosas en aquel extraño dominio.

No habría que imaginar que, incluso en la época en que apenas se esbozaban los rasgos de Coal-city, toda distracción estuviese ausente de la ciudad subterránea, ni que la existencia allí fuese monótona.

No era así en absoluto. Aquella población, con los mismos intereses, los mismos gustos, casi el mismo grado de desahogo, constituía, a decir verdad, una gran familia. Se conocían todos, se codeaban, y apenas se dejaba sentir la necesidad de ir a buscar placeres fuera.

Además, cada domingo, paseos por la hullera, excursiones por los lagos y los estanques, eran otras tantas gratas distracciones.

A menudo, también, se oían resonar los sones de la gaita a orillas del lago Malcolm. Los escoceses acudían presurosos a la llamada de su instrumento nacional. Se bailaba, y aquel día, Jack Ryan, ataviado con su traje de Highlander, era el rey de la fiesta.

En fin, de todo esto resultaba, según decía Simon Ford, que Coal-city podía ya erigirse en rival de la capital de Escocia, de aquella ciudad sometida a los fríos del invierno, a los calores del verano, a las inclemencias de un clima detestable, y que, en una atmósfera ensuciada por el humo de sus fábricas, justificaba con sobrada razón su sobrenombre de «la Vieja Humeante».

CAPÍTULO XIV. SUSPENDIDO DE UN HILO

En tales condiciones, satisfechos sus más caros deseos, la familia de Simon Ford era feliz. Sin embargo, se habría podido observar que Harry, de carácter ya un tanto sombrío, estaba cada vez más «metido para dentro», como decía Madge. Jack Ryan, pese a su buen humor tan comunicativo, no lograba sacarlo «hacia fuera».

Un domingo —era en el mes de junio—, los dos amigos paseaban por las orillas del lago Malcolm. Coal-city descansaba. En el exterior, el tiempo era tormentoso. Violentas lluvias hacían brotar de la tierra un vapor cálido. No se podía respirar en la superficie del condado.

En Coal-city, por el contrario, calma absoluta, temperatura suave, ni lluvia ni viento. Nada trascendía allí de la lucha de los elementos de fuera. Por eso cierto número de paseantes de Stirling y de los alrededores habían venido a buscar algo de frescor en las profundidades de la hullera.

Los discos eléctricos despedían un resplandor que ciertamente habría envidiado el sol británico, más nebuloso de lo que conviene a un sol de domingo.

Jack Ryan hacía notar a su compañero Harry aquella tumultuosa afluencia de visitantes. Pero este no parecía prestar a sus palabras sino una mediocre atención.

—¡Mira, Harry! —exclamaba Jack Ryan—. ¡Qué empeño en venir a ver nos! ¡Vamos, camarada! ¡Ahuyenta un poco esas ideas tristes para hacer mejor los honores de nuestro dominio! ¡Vas a dar a entender a toda esta gente de arriba que se puede envidiar su suerte!

—Jack —respondió Harry— , no te preocupes por mí. Tú tienes alegría para dos, y con eso basta.

—¡Que el viejo Nick me lleve —replicó Jack Ryan— si tu melancolía no acaba por contagiarme! Se me ensombrecen los ojos, se me aprietan los labios, la risa se me queda en el fondo de la garganta, la memoria de las canciones me abandona. Vamos, Harry, ¿qué te pasa?

—Ya lo sabes, Jack.

—¿Siempre ese pensamiento?...

—Siempre.

—¡Ah, pobre Harry! —respondió Jack Ryan encogiéndose de hombros—. Si, como yo, achacaras todo eso a los duendes de la mina, tendrías el espíritu más tranquilo.

—Bien sabes, Jack, que los duendes no existen más que en tu imaginación, y que, desde que se reanudaron los trabajos, no se ha vuelto a ver ni uno solo en la Nueva Aberfoyle.

—Sea, Harry; pero si los Brawnies ya no se dejan ver, me parece que aquellos a quienes tú quieres atribuir todas esas cosas extraordinarias tampoco se dejan ver.

—Los encontraré, Jack.

—¡Ah, Harry, Harry! Los genios de la Nueva Aberfoyle no son fáciles de sorprender.

—¡Los encontraré, a esos supuestos genios tuyos! —replicó Harry con el acento de la más enérgica convicción.

—¿De modo que pretendes castigar?...

—Castigar y recompensar, Jack. Si una mano nos encerró en aquella galería, no olvido que otra mano nos socorrió. ¡No, no lo olvido!

—¡Eh, Harry! —respondió Jack Ryan—. ¿Estás bien seguro de que esas dos manos no pertenecen al mismo cuerpo?

—¿Por qué, Jack? ¿De dónde puede venirte esa idea?

—Pues... ya sabes... ¡Harry! Esos seres que viven en los abismos... no están hechos como nosotros.

—Están hechos como nosotros, Jack.

—¡Pues no, Harry... no...! Además, ¿no se puede suponer que algún loco haya conseguido introducirse...

—¡Un loco! —respondió Harry—. ¡Un loco que tuviera semejante coherencia de ideas! ¡Un loco, ese malhechor que, desde el día en que rompió las escalas del pozo Yarow, no ha dejado de hacernos daño!

—Pero ya no lo hace, Harry. Desde hace tres años no se ha repetido ningún acto malintencionado ni contra ti ni contra los tuyos.

—No importa, Jack —respondió Harry—. Tengo el presentimiento de que ese ser malvado, sea quien sea, no ha renunciado a sus proyectos. No sabría decirte en qué me fundo para hablarte así. Por eso, Jack, en interés de la nueva explotación, quiero saber quién es y de dónde viene.

—¿En interés de la nueva explotación?... —preguntó Jack Ryan, bastante sorprendido.

—Sí, Jack —prosiguió Harry—. No sé si me engaño, pero veo en todo este asunto un interés contrario al nuestro. Lo he pensado a menudo, y no creo equivocarme. Recuerda la serie de hechos inexplicables que se encadenan lógicamente unos con otros. Esa carta anónima, que contradice la de mi padre, prueba, ante todo, que un hombre tuvo conocimiento de nuestros planes y quiso impedir su realización. El señor Starr viene a visitarnos a la mina Dochart. Apenas lo he introducido en ella, una enorme piedra es arrojada sobre nosotros, y toda comunicación queda al instante interrumpida por la rotura de las escalas del pozo Yarow. Comienza nuestra exploración. Un experimento, destinado a revelar la existencia del nuevo yacimiento, resulta entonces imposible por la obturación de las grietas del esquisto. Sin embargo, la comprobación se lleva a cabo, el filón es hallado. Volvemos sobre nuestros pasos. Se produce un fuerte soplo de aire. Nuestra lámpara se rompe. La oscuridad se hace en torno a nosotros. Conseguimos, no obstante, seguir la sombría galería... Ya no hay salida por donde escapar. El orificio estaba tapado. Estábamos secuestrados. Pues bien, Jack, ¿no ves en todo esto un designio criminal? ¡Sí! Un ser, inasible hasta ahora, pero no sobrenatural, como tú persistes en creer, estaba escondido en la hullera. Con un interés que no puedo comprender, trataba de impedirnos el acceso a ella. ¡Allí estaba!... Un presentimiento me dice que sigue allí, y quién sabe si no está

preparando algún golpe terrible. Pues bien, Jack, aunque tuviera que arriesgar mi vida en ello, ¡lo descubriré!

Harry había hablado con una convicción que conmovió seriamente a su compañero.

Jack Ryan sentía bien que Harry tenía razón, al menos por lo que hacía al pasado. Que aquellos hechos extraordinarios tuviesen una causa natural o sobrenatural, no dejaban de ser por ello menos patentes.

Sin embargo, el buen muchacho no renunciaba a su manera de explicar aquellos sucesos. Pero, comprendiendo que Harry no admitiría jamás la intervención de un genio misterioso, se aferró al incidente que parecía inconciliable con el sentimiento de malevolencia dirigido contra la familia Ford.

—Bueno, Harry —dijo—, si me veo obligado a darte la razón en cierto número de puntos, ¿no pensarás conmigo que algún bienhechor Brawnne, al traeros el pan y el agua, pudo salvaros de...

—Jack —respondió Harry interrumpiéndolo—, el ser socorredor al que tú quieres convertir en un ser sobrenatural existe tan realmente como el malhechor en cuestión, y a ambos los buscaré hasta en las más lejanas profundidades de la hullera.

—Pero ¿tienes algún indicio que pueda guiar tus pesquisas? —preguntó Jack Ryan.

—Quizá —respondió Harry—. Escúchame bien. A unos ocho kilómetros al oeste de la Nueva Aberfoyle, bajo la parte del macizo que sostiene el Lomond, existe un pozo natural que se hunde perpendicularmente en las más profundas entrañas del yacimiento. Hace ocho días quise sondear su profundidad. Pues bien, mientras mi sonda descendía, estando yo inclinado sobre el orificio de ese pozo, me pareció que el aire se agitaba en el interior, como si fuese batido por grandes golpes de alas.

—Sería algún pájaro extraviado en las galerías inferiores de la hullera —respondió Jack.

—Eso no es todo, Jack —prosiguió Harry—. Esta misma mañana he vuelto a ese pozo, y allí, aguzando el oído, me ha parecido sorprender una especie de gemido...

— ¡Un gemido! — exclamó Jack — . Te has equivocado, Harry. Es una corriente de aire... a menos que un duende...

— Mañana, Jack — prosiguió Harry — , sabré a qué atenerme.

— ¿Mañana? — respondió Jack mirando a su compañero.

— Sí. Mañana bajaré a ese abismo.

— Harry, ¡eso es tentar a Dios!

— No, Jack, pues imploraré su ayuda para bajar. Mañana iremos los dos a ese pozo con algunos de nuestros compañeros. Una larga cuerda, a la que me ataré, os permitirá bajarme y sacarme a una señal convenida. ¿Puedo contar contigo, Jack?

— Harry — respondió Jack Ryan meneando la cabeza — , haré lo que me pides, y sin embargo, te lo repito, no tienes razón.

— Más vale equivocarse por hacer que arrepentirse por no haber hecho — dijo Harry con tono decidido — . Así que, mañana por la mañana, a las seis, y silencio. ¡Adiós, Jack!

Y, para no continuar una conversación en la que Jack Ryan habría tratado aún de combatir sus proyectos, Harry dejó bruscamente a su compañero y regresó al cottage.

Hay que reconocer, sin embargo, que los temores de Jack no eran en absoluto exagerados. Si algún enemigo personal amenazaba a Harry, si se hallaba en el fondo de aquel pozo donde el joven minero iba a buscarlo, Harry se exponía. Sin embargo, ¿qué verosimilitud había en admitir que fuese así?

— Y, después de todo — repetía Jack Ryan — , ¿por qué tomarse tanto trabajo para explicar una serie de hechos que se explicaban tan fácilmente por una intervención sobrenatural de los genios de la mina?

Fuera como fuese, al día siguiente, Jack Ryan y tres mineros de su brigada llegaban en compañía de Harry al orificio del pozo sospechoso.

Harry no había dicho nada de su proyecto ni a James Starr ni al viejo capataz. Por su parte, Jack Ryan había sido lo bastante discreto como para no hablar. Los demás mineros, al verlos partir, habían pensado que se trataba tan solo de una simple exploración del yacimiento según su corte vertical.

Harry se había provisto de una larga cuerda de unos sesenta metros. Aquella cuerda no era gruesa, pero era resistente. Como Harry no habría de bajar ni subir por la sola fuerza de sus muñecas, bastaba con que la cuerda fuese lo bastante fuerte para soportar su peso. A sus compañeros correspondería la tarea de dejarlo deslizarse en la sima, y a ellos, la de sacarlo de nuevo. Un tirón dado a la cuerda serviría de señal entre ellos y él.

El pozo era bastante ancho, pues tenía unos tres metros y medio de diámetro en su boca. Se colocó una viga atravesada, a modo de puente, de manera que la cuerda, deslizándose por su superficie, pudiera mantenerse en el eje del pozo. Precaución indispensable para que Harry no fuera a golpearse contra las paredes laterales durante el descenso.

Harry estaba listo.

—¿Persistes en tu propósito de explorar ese abismo? —le preguntó Jack Ryan en voz baja.

—Sí, Jack —respondió Harry.

La cuerda se ató primero alrededor de la cintura de Harry, y luego bajo sus axilas, para que su cuerpo no pudiera bascular.

Así sujeto, Harry tenía libres las dos manos. En el cinturón se colgó una lámpara de seguridad; al costado, uno de esos anchos cuchillos escoceses que se enfundan en una vaina de cuero.

Harry avanzó hasta el centro de la viga, alrededor de la cual se pasó la cuerda.

Luego, mientras sus compañeros lo dejaban deslizarse, se hundió lentamente en el pozo. Como la cuerda sufría un ligero movimiento de rotación, el resplandor de su lámpara iba recayendo sucesivamente sobre cada punto de las paredes, y Harry pudo examinarlas con detenimiento.

Aquellas paredes estaban formadas de esquisto hullero. Eran lo bastante lisas como para que fuese imposible izarse por su superficie.

Harry calculó que descendía a una velocidad moderada, unos treinta centímetros por segundo. Tenía, pues, la posibilidad de ver bien, la facilidad de mantenerse preparado para cualquier eventualidad.

Al cabo de dos minutos, es decir, a una profundidad de unos treinta y seis metros, el descenso se había realizado sin incidentes. No existía ninguna galería lateral en la pared del pozo, el cual se iba estrechando poco a poco, en forma de embudo. Pero Harry empezaba a sentir un aire más fresco que venía de abajo, de lo cual dedujo que el extremo inferior del pozo comunicaba con algún conducto del piso inferior de la cripta.

La cuerda seguía deslizándose. La oscuridad era absoluta. El silencio, también absoluto. Si algún ser vivo, fuera cual fuese, había buscado refugio en aquel misterioso y profundo abismo, o bien no estaba allí entonces, o ningún movimiento delataba su presencia.

Harry, cada vez más receloso a medida que descendía, había sacado el cuchillo de su vaina, y lo empuñaba con la mano derecha.

A una profundidad de unos cincuenta y cinco metros, Harry sintió que había llegado al suelo inferior, pues la cuerda se aflojó y dejó de desenrollarse. Harry respiró un instante. Uno de los temores que había podido concebir no se había cumplido, a saber, que, durante su descenso, la cuerda fuese cortada por encima de él. Por lo demás, no había advertido ninguna anfractuosidad en las paredes que pudiera ocultar a ser alguno.

El extremo inferior del pozo estaba muy estrechado.

Harry, desprendiendo la lámpara del cinturón, la paseó por el suelo. No se había equivocado en sus conjeturas.

Un estrecho conducto se hundía lateralmente en el piso inferior del yacimiento. Habría hecho falta agacharse para penetrar en él, y arrastrarse sobre las manos para seguirlo.

Harry quiso ver en qué dirección se ramificaba aquella galería, y si desembocaba en algún abismo.

Se tendió en el suelo y comenzó a reptar. Pero un obstáculo lo detuvo casi de inmediato.

Le pareció sentir, al tacto, que aquel obstáculo era un cuerpo que obstruía el paso.

Harry retrocedió, primero, por un vivo sentimiento de repulsión, y luego volvió a avanzar.

Sus sentidos no le habían engañado. Lo que lo había detenido era, en efecto, un cuerpo. Lo asió, y se dio cuenta de que, helado en las extremidades, no estaba todavía del todo frío.

Atraerlo hacia sí, llevarlo de vuelta al fondo del pozo, proyectar sobre él la luz de la lámpara, todo se hizo en menos tiempo del que se tarda en decirlo.

— ¡Un niño! — exclamó Harry.

El niño, hallado en el fondo de aquel abismo, respiraba todavía, pero su aliento era tan débil que Harry pudo creer que iba a extinguirse. Había que llevar, pues, sin perder un instante, a aquella pobre criaturita hasta la boca del pozo y conducirla al cottage, donde Madge le prodigaría sus cuidados.

Harry, olvidando cualquier otra preocupación, ajustó de nuevo la cuerda a su cinturón, sujetó a ella su lámpara, tomó al niño, al que sostuvo con el brazo izquierdo contra el pecho, y, dejando libre y armado su brazo derecho, hizo la señal convenida para que se izara la cuerda suavemente.

La cuerda se tensó, y la subida comenzó a efectuarse con regularidad.

Harry miraba a su alrededor con redoblada atención. Ya no era solo él quien estaba expuesto ahora.

Todo fue bien durante los primeros minutos de la ascensión, y ningún incidente parecía haber de sobrevenir, cuando a Harry le pareció oír un soplo poderoso que desplazaba las capas de aire en las profundidades del pozo. Miró debajo de sí y percibió, en la penumbra, una masa que, elevándose poco a poco, lo rozó al pasar.

Era un enorme pájaro, cuya especie no pudo reconocer, y que subía dando grandes aletazos.

El monstruoso volátil se detuvo, planeó un instante, y luego se abalanzó sobre Harry con feroz encarnizamiento.

Harry no disponía más que de su brazo derecho para parar los golpes del formidable pico del animal.

Harry se defendió, pues, sin dejar de proteger al niño lo mejor que pudo. Pero no era al niño, sino a él a quien el pájaro atacaba. Estorbado por la rotación de la cuerda, no lograba herirlo de muerte.

La lucha se prolongaba. Harry gritó con toda la fuerza de sus pulmones, esperando que sus gritos fuesen oídos desde arriba.

Y así fue, pues la cuerda fue izada al instante con mayor rapidez.

Quedaban todavía unos veinticuatro metros por salvar. El pájaro se arrojó entonces con más violencia sobre Harry. Este, de una cuchillada, lo hirió en el ala; el pájaro, lanzando un grito ronco, desapareció en las profundidades del pozo.

Pero, circunstancia terrible, Harry, al blandir su cuchillo para golpear al pájaro, había mellado la cuerda, uno de cuyos cordones estaba ahora cortado.

Los cabellos de Harry se erizaron sobre su cabeza.

¡La cuerda iba cediendo poco a poco, a más de treinta metros por encima del fondo del abismo!...

Harry lanzó un grito desesperado.

Un segundo cordón cedió bajo el doble peso que soportaba la cuerda medio seccionada.

Harry soltó el cuchillo, y, con un esfuerzo sobrehumano, en el momento en que la cuerda iba a romperse, logró asirla con la mano derecha por encima del corte. Pero, aunque su muñeca era de hierro, sintió que la cuerda se le iba escurriendo poco a poco entre los dedos.

Habría podido volver a asir la cuerda con las dos manos, sacrificando al niño que sostenía con un brazo... Ni siquiera quiso pensarlo.

Entretanto, Jack Ryan y sus compañeros, sobreexcitados por los gritos de Harry, izaban con más brío.

Harry creyó que no podría resistir hasta llegar de nuevo a la boca del pozo. Su rostro se congestionó. Cerró un instante los ojos, esperando caer al abismo, y luego volvió a abrirlos...

Pero, en el momento en que iba a soltar la cuerda, que ya no sujetaba más que por su extremo, fue asido y depositado en el suelo junto con el niño.

Entonces sobrevino la reacción, y Harry cayó sin conocimiento entre los brazos de sus compañeros.

CAPÍTULO XV. NELL EN EL COTTAGE

Dos horas después, Harry, que no había recobrado del todo el sentido, y la niña, cuya debilidad era extrema, llegaban al cottage con la ayuda de Jack Ryan y sus compañeros.

Allí se le hizo el relato de lo ocurrido al viejo capataz, y Madge prodigó sus cuidados a la pobre criatura que su hijo acababa de salvar.

Harry había creído sacar a un niño del abismo... Era una joven de quince a dieciséis años, a lo sumo. Su mirada vaga y llena de asombro, su rostro enjuto, alargado por el sufrimiento, su tez de rubia que la luz no parecía haber bañado jamás, su talle frágil y menudo, todo hacía de ella un ser a un tiempo extraño y encantador. Jack Ryan, no sin razón, la comparó con un duende de aspecto un tanto sobrenatural. ¿Se debía a las circunstancias particulares, al medio excepcional en que quizá había vivido hasta entonces aquella joven? Lo cierto es que parecía no pertenecer más que a medias a la humanidad. Su fisonomía era extraña. Sus ojos, a los que el resplandor de las lámparas del cottage parecía fatigar, miraban con confusión, como si todo fuese nuevo para ellos.

A aquel ser singular, tendido ya en el lecho de Madge y que volvía a la vida como quien sale de un largo sueño, la vieja escocesa le dirigió primero la palabra:

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Nell —respondió la joven.

—Nell —insistió Madge—, ¿sufres?

—Tengo hambre —respondió Nell—. No he comido desde... desde...

En aquellas pocas palabras que acababa de pronunciar se notaba que Nell no estaba acostumbrada a hablar. La lengua de que se servía era aquel viejo gaélico que Simon Ford y los suyos empleaban a menudo.

Al oír la respuesta de la joven, Madge le trajo enseguida algo de comer. Nell se moría de hambre. ¿Desde cuándo estaba en el fondo de aquel pozo? No había manera de saberlo.

—¿Cuántos días has pasado allá abajo, hija mía? —preguntó Madge.

Nell no respondió. No parecía comprender la pregunta que se le hacía.

—¿Desde cuántos días...? —insistió Madge.

—¿Días...? —repitió Nell, para quien aquella palabra parecía carecer de todo sentido.

Luego movió la cabeza como quien no comprende lo que se le pregunta.

Madge había tomado la mano de Nell y la acariciaba para infundirle confianza:

—¿Qué edad tienes, hija mía? —preguntó, mirándola con ojos bondadosos y tranquilizadores.

Nell hizo el mismo gesto negativo.

—Sí, sí —insistió Madge—, ¿cuántos años?

—¿Años...? —respondió Nell.

Y aquella palabra, lo mismo que la palabra «día», no pareció tener significado alguno para la joven.

Simon Ford, Harry, Jack Ryan y sus compañeros la miraban con un doble sentimiento de piedad y de simpatía. El estado de aquella pobre criatura, vestida con un mísero sayal de tela basta, era bien capaz de impresionarlos.

Harry, más que ningún otro, se sentía irresistiblemente atraído por la extrañeza misma de Nell.

Se acercó entonces. Tomó en su mano la mano que Madge acababa de soltar. Miró de frente a Nell, cuyos labios esbozaron una especie de sonrisa, y le dijo:

—Nell... allá abajo... en la hullera... ¿estabas sola?

—¡Sola! ¡Sola! —exclamó la joven incorporándose.

Su fisonomía revelaba entonces el espanto. Sus ojos, que se habían dulcificado bajo la mirada del joven, volvieron a tornarse salvajes.

—¡Sola! ¡Sola! —repitió, y volvió a caer sobre el lecho de Madge, como si las fuerzas le hubiesen faltado del todo.

—Esta pobre niña está aún demasiado débil para respondernos —dijo Madge, después de volver a acostar a la joven—. Unas horas de reposo y un poco de buen alimento le devolverán las fuerzas. ¡Ven, Simon! ¡Ven, Harry! Venid todos, amigos míos, y dejemos que obre el sueño.

Siguiendo el consejo de Madge, dejaron sola a Nell, y pudieron comprobar, poco después, que dormía profundamente.

Aquel suceso no dejó de causar gran revuelo, no solo en la hullera, sino también en el condado de Stirling, y, poco después, en todo el Reino Unido. La fama de rareza de Nell se acrecentó con ello. Aunque se hubiera encontrado a una joven encerrada en la roca esquistosa, como uno de esos seres antediluvianos a los que un golpe de pico libera de su ganga de piedra, el asunto no habría tenido más resonancia.

Sin saberlo, Nell se puso muy de moda. Las gentes supersticiosas encontraron en ella un nuevo tema para sus relatos legendarios. Gustaban de pensar que Nell era el genio de la Nueva Aberfoyle, y cuando Jack Ryan se lo decía a su compañero Harry:

—Sea, Jack, sea —respondía el joven, a modo de conclusión—. Pero, en todo caso, ¡es el buen genio! ¡Es el que nos socorrió, el que nos trajo el pan y el agua cuando estábamos encerrados en la hullera! ¡No puede ser otro! En cuanto al mal genio, si se ha quedado en la mina, ya tendremos que descubrirlo algún día.

Como cabe suponer, el ingeniero James Starr había sido el primero en ser informado de lo ocurrido.

La joven, que había recobrado las fuerzas al día siguiente mismo de su llegada al cottage, fue interrogada por él con la mayor solicitud. Le pareció ignorar la mayor parte de las cosas de la vida. Sin embargo, era inteligente, pronto se reconoció, pero le faltaban ciertas nociones elementales, entre otras la del tiempo. Se advertía que no había estado acostumbrada a dividir

el tiempo ni por horas ni por días, y que esas mismas palabras le eran desconocidas. Además, sus ojos, acostumbrados a la noche, se acomodaban con dificultad al resplandor de los discos eléctricos; pero en la oscuridad su mirada poseía una agudeza extraordinaria, y su pupila, ampliamente dilatada, le permitía ver en medio de las tinieblas más profundas. Se comprobó también que su cerebro jamás había recibido las impresiones del mundo exterior, que ningún otro horizonte que el de la hullera se había desplegado ante sus ojos, que la humanidad entera se había reducido para ella a aquella sombría cripta. ¿Sabía aquella pobre muchacha que existían un sol y unas estrellas, ciudades y campiñas, un universo en el que pululaban los mundos? Cabía dudarlo hasta el momento en que ciertas palabras que aún ignoraba cobrasen en su mente un sentido preciso.

En cuanto a la cuestión de si Nell vivía sola en las profundidades de la Nueva Aberfoyle, James Starr tuvo que renunciar a resolverla. En efecto, toda alusión a ese asunto sembraba el espanto en aquella extraña naturaleza. O bien Nell no podía, o no quería responder; pero, sin duda, existía allí algún secreto que ella hubiera podido revelar.

—¿Quiere usted quedarse con nosotros? ¿Quiere usted volver adonde estaba? —le había preguntado James Starr.

A la primera de estas dos preguntas, la joven había dicho: «¡Oh, sí!». A la segunda no había respondido más que con un grito de terror, y nada más.

Ante aquel silencio obstinado, James Starr, y con él Simon y Harry Ford, no dejaban de sentir cierta aprensión. No podían olvidar los hechos inexplicables que habían acompañado el descubrimiento de la hullera. Ahora bien, aunque desde hacía tres años no se había producido ningún incidente nuevo, seguían esperando siempre alguna nueva agresión por parte de su invisible enemigo. Por ello quisieron explorar el pozo misterioso. Así lo hicieron, bien armados y bien acompañados. Pero no encontraron en él rastro sospechoso alguno. El pozo comunicaba con los pisos inferiores de la cripta, excavados en la capa carbonífera.

James Starr, Simon y Harry hablaban a menudo de estas cosas. Si uno o varios seres malvados se ocultaban en la hullera, si preparaban alguna emboscada, Nell habría podido decirlo tal vez, pero no hablaba. La más leve alusión al pasado de la joven le provocaba crisis, y pareció prudente no insistir. Con el tiempo, su secreto se le escaparía sin duda.

Quince días después de su llegada al cottage, Nell era la ayudante más inteligente y más celosa de la vieja Madge. Evidentemente, no abandonar jamás aquella casa donde había sido tan caritativamente acogida le parecía de lo más natural, y quizá ni siquiera se imaginaba que en adelante pudiera vivir en otro lugar. La familia Ford le bastaba, y huelga decir que, en el pensamiento de aquella buena gente, desde el momento en que Nell había entrado en el cottage, se había convertido en su hija de adopción.

Nell era encantadora, en verdad. Su nueva existencia la embellecía. Eran sin duda los primeros días felices de su vida. Se sentía llena de gratitud hacia aquellos a quienes se los debía. Madge había cobrado por Nell una simpatía del todo maternal. El viejo capataz no tardó en enloquecer por ella a su vez. Todos la querían, por lo demás. El amigo Jack Ryan solo lamentaba una cosa: no haberla salvado él mismo. Iba a menudo al cottage. Cantaba, y Nell, que nunca había oído cantar, encontraba aquello muy hermoso; pero se podía advertir que la joven prefería a las canciones de Jack Ryan las conversaciones más serias de Harry, quien, poco a poco, le iba enseñando lo que aún ignoraba de las cosas del mundo exterior.

Hay que decir que, desde que Nell había aparecido bajo su forma natural, Jack Ryan se había visto obligado a reconocer que su fe en los duendes flaqueaba en cierta medida. Además, dos meses después, su credulidad recibió un nuevo golpe.

En efecto, por aquella época, Harry hizo un descubrimiento bastante inesperado, pero que explicaba en parte la aparición de las Damas de fuego en las ruinas del castillo de Dundonald, en Irvine.

Un día, tras una larga exploración de la parte sur de la hullera —exploración que había durado varios días a través de las últimas galerías de aquella enorme substrucción—, Harry había trepado penosamente por una angosta galería, excavada en una hendidura de la roca esquistosa. De pronto, se sorprendió mucho al encontrarse al aire libre. La galería, tras remontar oblicuamente hacia la superficie del suelo, iba a desembocar precisamente en las ruinas de Dundonald Castle. Existía, pues, una comunicación secreta entre la Nueva Aberfoyle y la colina que coronaba el viejo castillo. La boca superior de aquella galería habría sido imposible de descubrir desde el exterior, tan obstruida estaba de piedras y matorrales. Por eso, en la investigación, los magistrados no habían podido penetrar en ella.

Unos días después, James Starr, guiado por Harry, fue a reconocer por sí mismo aquella disposición natural del yacimiento hullero.

—He aquí —dijo— con qué convencer a los supersticiosos de la mina. ¡Adiós, brawnies, duendes y Damas de fuego!

—No creo, señor Starr —respondió Harry—, que tengamos motivo para felicitarnos. ¡Sus sustitutos no valen más y pueden ser peores, sin duda!

—En efecto, Harry —replicó el ingeniero—, pero ¿qué hacer? Evidentemente, los seres, quienesquiera que sean, que se ocultan en la mina, se comunican por esta galería con la superficie del suelo. Son ellos, sin duda, quienes, antorcha en mano, durante aquella noche de tormenta, atrajeron al Motala hacia la costa, y, como los antiguos saqueadores de restos náufra-gos, habrían robado sus despojos si Jack Ryan y sus compañeros no se hubieran encontrado allí. Sea como fuere, en fin, todo se explica. ¡Ahí está la boca de la guarida! En cuanto a quienes la habitaban, ¿la habitan todavía?

—Sí, puesto que Nell tiembla cuando se le habla de ello —respondió Harry con convicción—. Sí, puesto que Nell no quiere o no se atreve a hablar de ello. Harry debía de tener razón. Si los misteriosos huéspedes de la hullera la hubieran abandonado, o si hubiesen muerto, ¿qué razón habría tenido la joven para guardar silencio?

Sin embargo, James Starr tenía un empeño absoluto en penetrar aquel secreto. Presentía que el porvenir de la nueva explotación podía depender de ello. Se tomaron, pues, de nuevo, las más severas precauciones. Se avisó a los magistrados. Unos agentes ocuparon en secreto las ruinas de Dundonald Castle. El propio Harry se ocultó, durante varias noches, entre los matorrales que erizaban la colina. Esfuerzo inútil. No se descubrió nada. Ningún ser humano apareció por aquella boca.

Pronto se llegó a la conclusión de que los malhechores debían de haber abandonado definitivamente la Nueva Aberfoyle, y de que, en cuanto a Nell, la creían muerta en el fondo de aquel pozo donde la habían abandonado. Antes de la explotación, la hullera podía ofrecerles un refugio seguro, al abrigo de toda pesquisa. Pero, desde entonces, las circunstancias ya no eran las mismas. El escondite resultaba difícil de ocultar. Cabía, pues, esperar razonablemente que ya no había nada que temer para el porvenir. Sin embar-

go, James Starr no estaba del todo tranquilo. Harry tampoco lograba vencerse, y repetía a menudo:

—Nell ha estado evidentemente mezclada en todo este misterio. Si ya no tuviera nada que temer, ¿por qué habría de guardar silencio? No cabe dudar de que es feliz estando con nosotros. ¡Nos quiere a todos! ¡Adora a mi madre! Si calla sobre su pasado, sobre lo que podría tranquilizarnos para el porvenir, es porque algún terrible secreto, que su conciencia le prohíbe revelar, pesa sobre ella. Quizá también, más en interés nuestro que en el suyo, crea deber encerrarse en ese inexplicable mutismo.

Fue a raíz de estas diversas consideraciones que, de común acuerdo, se convino en apartar de la conversación todo lo que pudiera recordar a la joven su pasado.

Un día, sin embargo, Harry se vio llevado a hacer saber a Nell lo que James Starr, su padre, su madre y él mismo creían deber a su intervención.

Era día de fiesta. Los brazos descansaban tanto en la superficie del condado de Stirling como en el dominio subterráneo. Se paseaba un poco por todas partes. Cantos resonaban, en veinte lugares distintos, bajo las bóvedas sonoras de la Nueva Aberfoyle.

Harry y Nell habían salido del cottage y seguían a paso lento la orilla izquierda del lago Malcolm. Allí, los resplandores eléctricos se proyectaban con menos violencia, y sus haces se quebraban caprichosamente en los ángulos de algunas pintorescas rocas que sostenían la bóveda. Aquella penumbra convenía mejor a los ojos de Nell, que solo con gran dificultad se acostumbraban a la luz.

Tras una hora de camino, Harry y su compañera se detuvieron frente a la capilla de San Gil, en una especie de terraza natural que dominaba las aguas del lago.

—Tus ojos, Nell, aún no están acostumbrados al día —dijo Harry—, y desde luego no podrían soportar el resplandor del sol.

—No, seguramente —respondió la joven—, si el sol es tal como tú me lo has pintado, Harry.

—Nell —prosiguió Harry—, al hablarte de él no he podido darte una idea justa de su esplendor, ni de las bellezas de ese universo que tus ojos no han

contemplado nunca. Pero dime, ¿es posible que, desde el día en que naciste en las profundidades de la hullera, no hayas vuelto a subir jamás a la superficie del suelo?

—Nunca, Harry —respondió Nell—, y no creo que, ni siquiera de pequeña, un padre o una madre me llevaran alguna vez allí. ¡De lo contrario habría conservado algún recuerdo de fuera!

—Lo creo —respondió Harry—. Por lo demás, en aquella época, Nell, muchos otros aparte de ti no salían nunca de la mina. Las comunicaciones con el exterior eran difíciles, y he conocido a más de un muchacho o de una muchacha que, a tu edad, ignoraban todavía todo lo que tú ignoras de las cosas de ahí arriba. Pero ahora, en pocos minutos, el ferrocarril del gran túnel nos transporta a la superficie del condado. Así que tengo prisa, Nell, por oírte decir: «Ven, Harry, mis ojos pueden soportar la luz del día, y quiero ver el sol. ¡Quiero ver la obra de Dios!»

—Te lo diré, Harry —respondió la joven—, dentro de poco, espero. Iré a admirar contigo ese mundo exterior, y sin embargo...

—¿Qué quieres decir, Nell? —preguntó vivamente Harry—. ¿Tendrías algún pesar por haber abandonado el sombrío abismo en que has vivido durante los primeros años de tu vida, y del que te sacamos casi muerta?

—No, Harry —respondió Nell—. Pensaba solamente que las tinieblas también son bellas. ¡Si supieras todo lo que ven en ellas unos ojos acostumbrados a su profundidad! Hay sombras que pasan y a las que uno querría seguir en su vuelo. A veces son círculos que se entrecruzan ante la mirada y de los que ya no querría uno salir. Existen, en el fondo de la hullera, agujeros negros, llenos de vagas luces. Y además, se oyen ruidos que le hablan a una. ¿Ves, Harry?, hay que haber vivido allí para comprender lo que siento, lo que no puedo expresarte.

—¿Y no tenías miedo, Nell, cuando estabas sola?

—Harry —respondió la joven—, ¡era precisamente cuando estaba sola cuando no tenía miedo!

La voz de Nell se había alterado ligeramente al pronunciar estas palabras. Harry, sin embargo, creyó conveniente insistir un poco, y dijo:

—Pero uno podía perderse en esas largas galerías, Nell. ¿No temías, entonces, extraviarte en ellas?

—No, Harry. Conocía, desde hacía tiempo, todos los recovecos de la nueva hullera.

—¿No salías de allí alguna vez?...

—Sí... alguna vez... —respondió titubeando la joven—, alguna vez llegaba hasta la antigua mina de Aberfoyle.

—¿Conocías, pues, el viejo cottage?

—El cottage... sí... pero solo de muy lejos, a quienes lo habitaban.

—Eran mi padre y mi madre —respondió Harry—, ¡era yo! Nunca habíamos querido abandonar nuestra antigua morada.

—Quizá hubiera sido mejor para vosotros... —murmuró la joven.

—¿Y por qué, Nell? ¿No fue nuestra obstinación en no abandonarla lo que nos hizo descubrir el nuevo yacimiento? ¿Y no ha tenido ese descubrimiento consecuencias felices para toda una población que ha reconquistado aquí el bienestar por el trabajo, para ti, Nell, que, devuelta a la vida, has encontrado corazones enteramente tuyos?

—¡Para mí! —respondió vivamente Nell— ... ¡Sí! ¡Pase lo que pase! Para los demás... ¿quién sabe?...

—¿Qué quieres decir?

—Nada... ¡nada!... Pero entonces había peligro en introducirse en la nueva hullera. ¡Sí! ¡Gran peligro, Harry! Un día, unos imprudentes penetraron en esos abismos. Fueron lejos, muy lejos. Se extraviaron...

—¿Se extraviaron? —dijo Harry mirando a Nell.

—Sí... se extraviaron... —respondió Nell, cuya voz temblaba—. ¡Se les apagó la lámpara! No pudieron encontrar el camino de vuelta...

—¡Y allí —exclamó Harry—, encerrados durante ocho largos días, Nell, estuvieron a punto de morir! Y sin un ser bienhechor, que Dios les envió, un ángel tal vez, que en secreto les llevó un poco de alimento, sin un guía misterioso que, más tarde, condujo hasta ellos a sus libertadores, ¡jamás habrían salido de aquella tumba!

—¿Y cómo lo sabes tú? —preguntó la joven.

—Porque aquellos hombres eran James Starr... era mi padre... ¡era yo, Nell!

Nell, alzando la cabeza, asió la mano del joven y lo miró con tal fijeza que este se sintió turbado hasta lo más profundo del corazón.

—¡Tú! —repitió la joven.

—Sí —respondió Harry, tras un instante de silencio—, y aquella a quien debemos la vida eras tú, ¡Nell! ¡No podía ser otra que tú! Nell dejó caer la cabeza entre las manos, sin responder. Jamás la había visto Harry tan vivamente impresionada.

—Los que te salvaron, Nell —añadió con voz emocionada—, ya te debían la vida a ti, ¿y crees que puedan olvidarlo jamás?

CAPÍTULO XVI. EN LA ESCALA OSCILANTE

Entretanto, los trabajos de explotación de la Nueva Aberfoyle se llevaban adelante con gran provecho. Huelga decir que el ingeniero James Starr y Simon Ford —los primeros descubridores de aquella rica cuenca carbonífera— participaban ampliamente de esos beneficios. Harry se convertía, pues, en un buen partido. Pero apenas pensaba en abandonar el cottage. Había sustituido a su padre en las funciones de capataz y vigilaba asiduamente a todo aquel mundo de mineros.

Jack Ryan estaba orgulloso y encantado de toda aquella fortuna que le llegaba a su compañero. Él también le iba bien en sus asuntos. Ambos se veían a menudo, ya en el cottage, ya en las labores del fondo. Jack Ryan no dejaba de haber observado los sentimientos que Harry experimentaba por la joven. Harry no lo confesaba, pero Jack reía a mandíbula batiente cuando su compañero sacudía la cabeza en señal de negación.

Hay que decir que uno de los más vivos deseos de Jack Ryan era acompañar a Nell cuando hiciera su primera visita a la superficie del condado. Quería ver su asombro, su admiración ante aquella naturaleza aún desconocida para ella. Confiaba en que Harry lo llevaría durante esa excursión. Hasta entonces, sin embargo, este no le había hecho la propuesta, lo cual no dejaba de inquietarlo un poco.

Un día, Jack Ryan bajaba por uno de los pozos de ventilación por el que los pisos inferiores de la hullera se comunicaban con la superficie del suelo. Había tomado una de esas escalas que, al subir y bajar mediante oscilaciones sucesivas, permiten descender y ascender sin fatiga. Veinte oscilaciones del aparato lo habían hecho descender unos cuarenta y cinco metros, cuan-

do, en el estrecho rellano donde se había situado, se topó con Harry, que volvía a subir hacia las labores de día.

—¿Eres tú? —dijo Jack, mirando a su compañero, iluminado por la luz de las lámparas eléctricas del pozo.

—Sí, Jack —respondió Harry—, y me alegro de verte. Tengo que hacerte una propuesta...

—¡No escucho nada antes de que me des noticias de Nell! —exclamó Jack Ryan.

—Nell está bien, Jack, y tan bien que, dentro de un mes o seis semanas, espero que...

—¿Te casarás con ella, Harry?

—¡No sabes lo que dices, Jack!

—Es posible, Harry, ¡pero yo sí sé bien lo que haré!

—¿Y qué harás?

—¡Me casaré yo con ella, si tú no te casas! —replicó Jack, echándose a reír—. ¡Que san Mungo me proteja! Pero me gusta, la gentil Nell. Una criatura joven y buena que nunca ha salido de la mina, esa es justo la mujer que le hace falta a un minero. Es huérfana como yo soy huérfano, y, como no pienses de verdad en ella, y ella quiera a tu compañero, ¡Harry!...

Harry miraba a Jack con gravedad. Lo dejaba hablar, sin siquiera intentar responderle.

—¿Lo que digo no te da celos, Harry? —preguntó Jack Ryan en un tono algo más serio.

—No, Jack —respondió Harry tranquilamente.

—Sin embargo, si no haces de Nell tu esposa, no pretenderás que se quede soltera para siempre, ¿no?

—No pretendo nada —respondió Harry.

Una oscilación de la escala permitió entonces a los dos amigos separarse, el uno para bajar, el otro para subir por el pozo. Sin embargo, no se separaron.

—Harry —dijo Jack— , ¿crees que te he hablado en serio hace un momento a propósito de Nell?

—No, Jack —respondió Harry.

—¡Pues bien, ahora sí voy a hacerlo!

—¡Tú, hablar en serio!

—Mi buen Harry —respondió Jack— , soy capaz de dar un buen consejo a un amigo.

—Dalo, Jack.

—Pues bien, ¡ahí va! Amas a Nell con todo el amor que ella merece, Harry. Tu padre, el viejo Simon, tu madre, la vieja Madge, también la quieren como si fuera su hija. Ahora bien, poco te costaría hacer que se convirtiera del todo en hija de ellos. ¿Por qué no te casas con ella?

—Para hablar así, Jack —respondió Harry— , ¿acaso conoces los sentimientos de Nell?

—Nadie los ignora, ni siquiera tú, Harry, y por eso no tienes celos ni de mí ni de nadie más. Pero aquí viene la escala que va a bajar, y...

—Espera, Jack —dijo Harry, reteniendo a su compañero, cuyo pie ya había dejado el rellano para posarse sobre el peldaño móvil.

—¡Vaya, Harry! —exclamó Jack riendo— , ¡me vas a descuartizar!

—Escucha en serio, Jack —respondió Harry— , porque ahora me toca a mí hablar en serio.

—Escucho... hasta la próxima oscilación, ¡pero no más!

—Jack —prosiguió Harry— , no tengo por qué ocultar que amo a Nell.

Mi más vivo deseo es hacer de ella mi esposa...

—Eso está bien.

—Pero, tal como está ella todavía, siento como un escrúpulo de conciencia al pedirle que tome una decisión que ha de ser irrevocable.

—¿Qué quieres decir, Harry?

—Quiero decir, Jack, que Nell no ha salido nunca de esas profundidades de la hullera donde sin duda nació. No sabe nada, no conoce nada de fuera. Tiene todo por aprender con los ojos, y quizá también con el corazón. ¡Quién sabe cuáles serán sus pensamientos cuando nazcan en ella nuevas impresiones! Todavía no tiene nada de terrenal, y me parece que sería engañarla, antes de que ella se hubiera decidido, con pleno conocimiento, a preferir la estancia en la hullera a cualquier otra cosa. ¿Me comprendes, Jack?

—Sí... vagamente... Sobre todo comprendo que me vas a hacer perder otra vez la próxima oscilación.

—Jack —respondió Harry con voz grave—, aunque estos aparatos no debieran funcionar nunca más, aunque este rellano fuera a faltarnos bajo los pies, ¡escucharás lo que tengo que decirte!

—¡A la buena hora, Harry! Así es como me gusta que me hablen. Decíamos, pues, que antes de casarte con Nell, ¿vas a mandarla a un internado de la Vieja Humeante?

—No, Jack —respondió Harry—, yo mismo sabré educar a la que ha de ser mi esposa.

—¡Y tanto mejor que sea así, Harry!

—Pero, antes —prosiguió Harry—, quiero, como acabo de decirte, que Nell tenga un verdadero conocimiento del mundo exterior. Una comparación, Jack. Si amaras a una joven ciega, y vinieran a decirte: «¡Dentro de un mes estará curada!», ¿no esperarías, para casarte con ella, a que su curación se hubiera completado?

—Sí, a fe mía, sí —respondió Jack Ryan.

—Pues bien, Jack, Nell está aún ciega, y, antes de hacerla mi esposa, quiero que sepa bien que soy yo, que son las condiciones de mi vida, lo que prefiere y acepta. ¡Quiero que sus ojos se hayan abierto por fin a la luz del día!

—¡Bien, Harry, bien, muy bien! —exclamó Jack Ryan—. Ahora te comprendo. ¿Y para cuándo la operación?...

—Dentro de un mes, Jack —respondió Harry—. Los ojos de Nell se van acostumbrando poco a poco a la claridad de nuestros discos. Es una preparación. Dentro de un mes, espero, habrá visto la tierra y sus maravillas, el

cielo y sus esplendores. Sabrá que la naturaleza ha dado a la mirada humana horizontes más lejanos que los de una sombría hullera. ¡Verá que los límites del universo son infinitos!

Pero, mientras Harry se dejaba así arrastrar por su imaginación, Jack Ryan, abandonando el rellano, había saltado sobre el peldaño oscilante del aparato.

— ¡Eh, Jack! — gritó Harry —, ¿dónde estás?

— Debajo de ti — respondió riendo el alegre compañero —. Mientras tú te elevas hacia el infinito, ¡yo desciendo hacia el abismo!

— ¡Adiós, Jack! — respondió Harry, aferrándose a su vez a la escala ascendente —. Te encargo que no le digas a nadie lo que acabo de decirte.

— ¡A nadie! — gritó Jack Ryan —, pero con una condición, eso sí...

— ¿Cuál?

— Que os acompañaré a los dos en la primera excursión que haga Nell a la superficie del globo.

— Sí, Jack, te lo prometo — respondió Harry.

Una nueva pulsación del aparato puso todavía un intervalo más considerable entre los dos amigos. Sus voces ya no se alcanzaban sino muy debilitadas de uno a otro.

Y, sin embargo, Harry pudo aún oír a Jack gritar:

— Y cuando Nell haya visto las estrellas, la luna y el sol, ¿sabes bien qué preferirá a todos ellos?

— ¡No, Jack!

— ¡Serás tú, amigo mío, tú otra vez, tú siempre!

Y la voz de Jack Ryan se apagó por fin en un último hurra.

Entretanto, Harry consagraba todas sus horas libres a la educación de Nell. Le había enseñado a leer, a escribir, cosas todas en las que la joven hizo rápidos progresos. Habríase dicho que «sabía» por instinto. Jamás una inteligencia más viva triunfó más deprisa de una ignorancia tan completa. Era un motivo de asombro para cuantos se le acercaban.

Simon y Madge se sentían cada día más estrechamente unidos a su hija de adopción, cuyo pasado, sin embargo, no dejaba de preocuparlos. Habían reconocido bien la naturaleza de los sentimientos de Harry por Nell, y ello no les desagradaba en absoluto.

Se recordará que, en su primera visita al antiguo cottage, el viejo capataz le había dicho al ingeniero:

—¿Por qué habría de casarse mi hijo? ¡Qué criatura de ahí arriba podría convenirle a un muchacho cuya vida ha de transcurrir en las profundidades de una mina!

Pues bien, ¿no parecía que la Providencia le hubiera enviado la única compañera que en verdad pudiera convenir a su hijo? ¿No era aquello como un favor del Cielo?

Así pues, el viejo capataz se prometía que, si aquel matrimonio llegaba a celebrarse, ese día habría en Coal-city una fiesta que haría época entre los mineros de la Nueva Aberfoyle.

¡Simon Ford no sabía cuánta razón tenía!

Hay que añadir que otra persona más deseaba, no menos ardientemente, esa unión de Nell y Harry. Era el ingeniero James Starr. Ciertamente, quería la felicidad de aquellos dos jóvenes por encima de todo. Pero un motivo de interés quizá más general lo empujaba también en ese sentido.

Como se sabe, James Starr conservaba ciertas aprensiones, aunque nada en el presente las justificara ya. Sin embargo, lo que había sido podía volver a ser. Aquel misterio de la nueva hullera, Nell era evidentemente la única que lo conocía. Ahora bien, si el porvenir había de reservar nuevos peligros a los mineros de Aberfoyle, ¿cómo prevenirse contra tales eventualidades sin conocer, al menos, su causa?

—Nell no ha querido hablar —repetía a menudo James Starr—, pero lo que ha callado hasta ahora a todos los demás, no podrá callárselo mucho tiempo a su marido. El peligro amenazaría a Harry tanto como nos amenazaría a nosotros mismos. Así pues, un matrimonio que ha de dar la felicidad a los esposos y la seguridad a sus amigos es un buen matrimonio, ¿o no lo habrá nunca en este mundo!

Así razonaba, no sin cierta lógica, el ingeniero James Starr. Este razonamiento se lo comunicó incluso al viejo Simon, a quien no dejó de agradecerle. Nada parecía, pues, deber oponerse a que Harry se convirtiera en esposo de Nell.

¿Y quién habría podido oponerse? Harry y Nell se amaban. Los viejos padres no soñaban con otra compañera para su hijo. Los compañeros de Harry envidiaban su dicha, reconociendo a la vez que bien merecida la tenía. La joven no dependía más que de sí misma y no tenía otro consentimiento que obtener que el de su propio corazón.

Pero, si nadie parecía poder poner obstáculo a aquel matrimonio, ¿por qué, cuando los discos eléctricos se apagaban a la hora del descanso, cuando la noche caía sobre la ciudad obrera, cuando los habitantes de Coal-city habían regresado a su cottage, por qué, desde uno de los rincones más sombríos de la Nueva Aberfoyle, un ser misterioso se deslizaba entre las tinieblas? ¿Qué instinto guiaba a aquel fantasma a través de ciertas galerías tan estrechas que debían de creerse impracticables? ¿Por qué aquel ser enigmático, cuyos ojos traspasaban la más profunda oscuridad, venía arrastrándose por la orilla del lago Malcolm? ¿Por qué se dirigía tan obstinadamente hacia la morada de Simon Ford, y con tanta prudencia también, que hasta entonces había burlado toda vigilancia? ¿Por qué venía a pegar el oído a las ventanas y trataba de sorprender jirones de conversación a través de los postigos del cottage?

Y, cuando ciertas palabras llegaban hasta él, ¿por qué se alzaba su puño para amenazar la tranquila morada? ¿Por qué, en fin, escapaban de su boca, contraída por la ira, estas palabras:

—¡Ella y él! ¡Jamás!

CAPÍTULO XVII. UN AMANECER

Un mes después —era la tarde del 20 de agosto—, Simon Ford y Madge despedían con sus mejores *wishes* a cuatro turistas que se disponían a abandonar el cottage.

James Starr, Harry y Jack Ryan iban a llevar a Nell a un suelo que su pie jamás había hollado, a ese medio deslumbrante cuya luz sus ojos aún no conocían.

La excursión debía prolongarse durante dos días. James Starr, de acuerdo con Harry, quería que, transcurridas esas cuarenta y ocho horas pasadas al aire libre, la joven hubiese visto todo lo que no había podido ver en la sombra hollera, es decir, los diversos aspectos del globo, como si un panorama cambiante de ciudades, llanuras, montañas, ríos, lagos, golfos y mares se desplegara ante sus ojos.

Y en aquella porción de Escocia, comprendida entre Edimburgo y Glasgow, parecía que la naturaleza hubiese querido reunir precisamente esas maravillas terrestres; y en cuanto al cielo, estaría allí como en todas partes, con sus nubes cambiantes, su luna serena o velada, su sol radiante, su hormigueo de estrellas.

La excursión proyectada había sido, pues, combinada de manera que satisficiera las condiciones de ese programa.

Simon Ford y Madge habrían sido muy felices acompañando a Nell; pero, ya se les conoce, no abandonaban de buen grado el cottage, y, a la postre, no pudieron resolverse a dejar, ni siquiera por un día, su morada subterránea.

James Starr iba allí como observador, como filósofo, deseoso, desde el punto de vista psicológico, de observar las ingenuas impresiones de Nell, y acaso también de sorprender algo de los misteriosos sucesos en que se había visto envuelta su infancia.

Harry, por su parte, se preguntaba, no sin aprensión, si aquella rápida iniciación en las cosas del mundo exterior no iba a revelar una joven distinta de la que amaba y había conocido hasta entonces.

En cuanto a Jack Ryan, estaba alegre como un pinzón que levanta el vuelo a los primeros rayos del sol. Confiaba en que su contagiosa alegría se comunicaría a sus compañeros de viaje. Sería una manera de pagar su bienvenida.

Nell estaba pensativa y como recogida en sí misma.

James Starr había decidido, no sin razón, que la partida se haría por la noche. Convenía, en efecto, que la joven no pasara de las tinieblas de la noche a las claridades del día sino por una gradación insensible. Y ese era precisamente el resultado que se obtendría, puesto que, de medianoche a mediodía, sufriría esas fases sucesivas de sombra y luz a las que su mirada podría irse acostumbrando poco a poco.

En el momento de dejar el cottage, Nell tomó la mano de Harry y le dijo:

—Harry, ¿es de veras necesario que abandone nuestra hullera, aunque solo sea por unos días?

—Sí, Nell —respondió el joven—, ¡es preciso! ¡Es preciso por ti y por mí!

—Sin embargo, Harry —repuso Nell—, desde que me recogiste soy tan feliz como se puede ser. Tú me has instruido. ¿No basta con eso? ¿Qué voy a hacer allá arriba?

Harry la miró sin responder. Los pensamientos que expresaba Nell eran casi los suyos.

—Hija mía —dijo entonces James Starr—, comprendo su vacilación, pero conviene que venga con nosotros. Quienes usted ama la acompañan, y la traerán de vuelta. Que usted quiera después seguir viviendo en la hullera, como el viejo Simon, como Madge, como Harry, ¡es libre de hacerlo! No

dudo de que deba ser así, y se lo apruebo. Pero, al menos, podrá comparar lo que deja con lo que toma, y obrar con entera libertad. ¡Venga, pues!

— Ven, mi querida Nell —dijo Harry.

— Harry, estoy dispuesta a seguirte —respondió la joven.

A las nueve, el último tren del túnel llevaba a Nell y a sus compañeros a la superficie del condado. Veinte minutos después los dejaba en la estación donde enlazaba el pequeño ramal, desprendido del ferrocarril de Dumbarton a Stirling, que daba servicio a la Nueva Aberfoyle.

La noche estaba ya oscura. Del horizonte al cenit, algunas brumas poco compactas corrían todavía por las alturas del cielo, empujadas por una brisa del noroeste que refrescaba la atmósfera. El día había sido hermoso. La noche también había de serlo.

Al llegar a Stirling, Nell y sus compañeros, dejando el tren, salieron enseguida de la estación.

Ante ellos, entre grandes árboles, se extendía un camino que conducía a las orillas del Forth.

La primera impresión física que experimentó la joven fue la del aire puro que sus pulmones aspiraron con avidez.

— Respire bien, Nell —dijo James Starr—, respire ese aire cargado de todos los vivificantes aromas del campo.

— ¿Qué son esas grandes humaredas que corren sobre nuestras cabezas? —preguntó Nell.

— Son nubes —respondió Harry—, son vapores a medio condensar que el viento empuja hacia el oeste.

— ¡Ah! —exclamó Nell—, ¡cómo me gustaría sentirme arrastrada en su silencioso torbellino! ¿Y qué son esos puntos centelleantes que brillan entre los jirones de las nubes?

— Son las estrellas de las que te he hablado, Nell. Otros tantos soles, otros tantos centros de mundos, ¡acaso semejantes al nuestro! Las constelaciones se recortaban entonces con mayor nitidez sobre el azul negro del firmamento, que el viento iba purificando poco a poco.

Nell miraba aquellos miles de estrellas brillantes que hormigueaban sobre su cabeza.

—Pero —dijo ella—, si son soles, ¿cómo pueden mis ojos soportar su resplandor?

—Hija mía —respondió James Starr—, en efecto, son soles, pero soles que gravitan a una distancia enorme. El más próximo de esos miles de astros, cuyos rayos llegan hasta nosotros, es esa estrella de la Lira, Vega, que usted ve ahí, casi en el cenit, y que se halla todavía a cincuenta billones de leguas. Su resplandor no puede, pues, afectar su mirada. Pero nuestro sol se alzarán mañana a solo treinta y ocho millones de leguas, y ningún ojo humano puede mirarlo fijamente, pues es más ardiente que la boca de un horno. Pero venga, Nell, ¡venga!

Se pusieron en camino. James Starr llevaba a la joven de la mano. Harry caminaba a su lado. Jack Ryan iba y venía como habría hecho un perrillo, impaciente por la lentitud de sus amos.

El camino estaba desierto. Nell miraba la silueta de los grandes árboles que el viento agitaba en la sombra. De buena gana los habría tomado por gigantes gesticulantes. El susurro de la brisa entre las ramas altas, el profundo silencio durante las calmas, aquella línea de horizonte que se recortaba con más nitidez cuando el camino atravesaba una llanura, todo la iba impregnando de sentimientos nuevos y trazaba en ella impresiones imborrables. Tras haber preguntado al principio, Nell callaba, y, de común acuerdo, sus compañeros respetaban su silencio. No querían influir con sus palabras en la sensible imaginación de la joven. Preferían dejar que las ideas nacieran por sí mismas en su espíritu.

Hacia las once y media alcanzaron la orilla septentrional del estuario del Forth.

Allí aguardaba una barca que James Starr había fletado. Debía llevarlos, a él y a sus compañeros, en pocas horas, hasta el puerto de Edimburgo.

Nell vio el agua brillante que ondulaba a sus pies bajo la acción del oleaje y parecía tachonada de estrellas trémulas.

—¿Es un lago? —preguntó.

—No —respondió Harry—, es un vasto estuario de aguas corrientes, es la desembocadura de un río, es casi un brazo de mar. Toma un poco de esta agua en el hueco de tu mano, Nell, y verás que no es dulce como la del lago Malcolm.

La joven se agachó, mojó la mano en las primeras olas y se la llevó a los labios.

—Esta agua es salada —dijo.

—Sí —respondió Harry—, el mar ha refluído hasta aquí, pues la marea está alta. Las tres cuartas partes de nuestro globo están cubiertas por esta agua salada, de la que acabas de beber unas gotas.

—Pero si el agua de los ríos no es sino la del mar que les vierten las nubes, ¿por qué es dulce? —preguntó Nell.

—Porque el agua se desala al evaporarse —respondió James Starr—. Las nubes no se forman más que por la evaporación, y devuelven al mar, en forma de lluvia, esa agua dulce.

—¡Harry, Harry! —exclamó entonces la joven—, ¿qué es ese resplandor rojizo que inflama el horizonte? ¿Es acaso un bosque en llamas?

Y Nell señalaba un punto del cielo, en medio de las brumas bajas que se teñían de color hacia el este.

—No, Nell —respondió Harry—. Es la luna que sale.

—¡Sí, la luna! —exclamó Jack Ryan—, ¡una espléndida bandeja de plata que los genios celestiales hacen circular por el firmamento, y que recoge toda una calderilla de estrellas!

—¡De veras, Jack! —respondió el ingeniero riendo—, no le conocía yo esa inclinación a las comparaciones audaces.

—¡Vamos, señor Starr, mi comparación es exacta! Bien ve usted que las estrellas desaparecen a medida que la luna avanza. ¡Supongo, pues, que caen dentro de ella!

—Es decir, Jack —respondió el ingeniero—, que es la luna la que apaga con su resplandor las estrellas de sexta magnitud, y por eso se borran a su paso.

—¡Qué hermoso es todo esto! —repetía Nell, que ya no vivía sino por los ojos—. ¿Pero no creía yo que la luna era del todo redonda?

—Es redonda cuando está llena —respondió James Starr—, es decir, cuando se halla en oposición con el sol. Pero esta noche la luna entra en su último cuarto, ya está mellada, ¡y la bandeja de plata de nuestro amigo Jack no es ya más que una bacía de barbero!

—¡Ah, señor Starr! —exclamó Jack Ryan—, ¡qué comparación tan indigna! ¡Y precisamente iba a entonar esta copla en honor de la luna!

Astro de las noches, que en tu curso vienes a acariciar... ¡Pero no! ¡Ahora es imposible! ¡Su bacía de barbero me ha cortado la inspiración!

Entretanto, la luna subía poco a poco por el horizonte. Ante ella se desvanecían las últimas brumas. En el cenit y hacia el oeste, las estrellas brillaban todavía sobre un fondo negro que el resplandor lunar iba palideciendo gradualmente. Nell contemplaba en silencio aquel admirable espectáculo; sus ojos soportaban sin fatiga aquella dulce claridad plateada, pero su mano temblaba en la de Harry y hablaba por ella.

—Embarquemos, amigos míos —dijo James Starr—. ¡Es preciso que hayamos subido las laderas del Arthur's Seat antes de que salga el sol! La barca estaba amarrada a una estaca de la orilla. Un barquero la custodiaba. Nell y sus compañeros ocuparon su lugar en ella. Se izó la vela, que se hinchó con la brisa del noroeste.

¡Qué impresión tan nueva sintió entonces la joven! Había navegado alguna vez por los lagos de la Nueva Aberfoyle, pero el remo, por suavemente que lo manejara la mano de Harry, delataba siempre el esfuerzo del remero. Aquí, por primera vez, Nell se sentía llevada con un deslizarse casi tan suave como el del globo a través de la atmósfera. El estuario estaba liso como un lago. Medio recostada a popa, Nell se abandonaba a aquel vaivén. A ratos, en ciertas guiñadas, un rayo de luna se filtraba hasta la superficie del Forth, y la embarcación parecía correr sobre una lámina de plata toda centelleante. Pequeñas ondulaciones cantaban a lo largo de la borda. Era un embeleso.

Pero entonces sucedió que los ojos de Nell se cerraron involuntariamente. Una especie de somnolencia pasajera se apoderó de ella. Su cabeza se inclinó sobre el pecho de Harry, y se durmió de un sueño tranquilo.

Harry quería despertarla, para que no perdiera nada de las magnificencias de aquella hermosa noche.

—Déjela dormir, muchacho —le dijo el ingeniero—. Dos horas de descanso la prepararán mejor para soportar las impresiones del día.

A las dos de la madrugada, la embarcación llegaba al muelle de Granton. Nell se despertó en cuanto tocó tierra.

—¿He dormido? —preguntó.

—No, hija mía —respondió James Starr—. Simplemente ha soñado usted que dormía, eso es todo.

La noche estaba entonces muy clara. La luna, a mitad de camino entre el horizonte y el cenit, dispersaba sus rayos por todos los puntos del cielo.

El pequeño puerto de Granton no contenía más que dos o tres barcas de pesca, que la marejada del estuario mecía suavemente. La brisa iba amainando con la proximidad de la mañana. La atmósfera, limpia de brumas, prometía una de esas deliciosas jornadas de agosto que la cercanía del mar hace aún más hermosas. Una especie de vaho tibio se desprendía del horizonte, pero tan fino, tan transparente, que los primeros fuegos del sol habrían de beberlo en un instante. La joven pudo así observar ese aspecto del mar cuando se confunde con el extremo perímetro del cielo. El alcance de su vista se veía así ensanchado, pero su mirada no experimentaba esa impresión particular que produce el Océano cuando la luz parece retroceder sus límites hasta el infinito.

Harry tomó la mano de Nell. Ambos siguieron a James Starr y a Jack Ryan, que avanzaban por las calles desiertas. En el pensamiento de Nell, aquel arrabal de la capital no era más que un conjunto de casas sombrías, que le recordaba Coal-city, con la sola diferencia de que su bóveda era más alta y centelleaba de puntos brillantes. Caminaba con paso ligero, y Harry nunca se veía obligado a aminorar el suyo por temor a fatigarla.

—¿No estás cansada? —le preguntó, tras media hora de camino.

—No —respondió ella—. ¡Mis pies ni siquiera parecen tocar la tierra! Este cielo está tan alto sobre nosotros que tengo ganas de echar a volar, ¡como si tuviera alas!

— ¡No la dejes escapar! — exclamó Jack Ryan — . ¡Que bien vale la pena conservarla, nuestra pequeña Nell! ¡A mí también me pasa eso cuando llevo algún tiempo sin salir de la hullera!

— Eso se debe — dijo James Starr — a que ya no nos sentimos aplastados por la bóveda de esquisto que cubre Coal-city. Parece entonces que el firmamento fuese como un profundo abismo en el que uno se siente tentado a lanzarse. ¿No es eso lo que siente usted, Nell?

— Sí, señor Starr — respondió la joven — , eso es exactamente. ¡Siento como una especie de vértigo!

— Te acostumbrarás, Nell — respondió Harry — . Te acostumbrarás a esta inmensidad del mundo exterior, ¡y acaso entonces olvides nuestra sombría hullera!

— ¡Jamás, Harry! — respondió Nell.

Y se llevó la mano a los ojos, como si hubiese querido rehacer en su espíritu el recuerdo de todo lo que acababa de dejar.

Entre las casas dormidas de la ciudad, James Starr y sus compañeros atravesaron Leith Walk. Borearon Calton Hill, donde se alzaban en la penumbra el Observatorio y el monumento a Nelson. Siguieron la calle del Regente, cruzaron un puente y llegaron, tras un ligero rodeo, al extremo de Canongate.

Ningún movimiento se advertía todavía en la ciudad. Las dos sonaban en el campanario gótico de Canongate Church.

En ese lugar, Nell se detuvo.

— ¿Qué es esa masa confusa? — preguntó, señalando un edificio aislado que se alzaba al fondo de una pequeña plaza.

— Esa masa, Nell — respondió James Starr — , es el palacio de los antiguos soberanos de Escocia, Holyrood, donde se han consumado tantos sucesos funestos. Allí podría el historiador evocar no pocas sombras regias, desde la sombra de la infortunada María Estuardo hasta la del viejo rey francés Carlos X. Y, sin embargo, pese a esos fúnebres recuerdos, cuando haya llegado el día, Nell, no encontrará usted en esta residencia un aspecto demasiado lúgubre. Con sus cuatro gruesas torres almenadas, Holyrood no se parece mal a algún castillo de recreo, al que el capricho de su propietario

ha conservado su carácter feudal. Pero sigamos nuestro camino. Ahí, dentro mismo del recinto de la antigua abadía de Holyrood, se alzan esas soberbias rocas de Salisbury que domina el Arthur's Seat. Allí subiremos. Es en su cima, Nell, donde sus ojos verán aparecer el sol sobre el horizonte del mar.

Entraron en el Parque del Rey. Luego, ascendiendo gradualmente, cruzaron Victoria Drive, magnífica carretera circular, transitable para carruajes, que Walter Scott se congratulaba de haber conseguido con unas líneas de novela.

El Arthur's Seat no es, en realidad, más que una colina de unos doscientos treinta metros de altura, cuya cresta aislada domina las alturas circundantes. En menos de media hora, por un sendero en zigzag que facilitaba la ascensión, James Starr y sus compañeros alcanzaron la cabeza de ese león al que se asemeja el Arthur's Seat cuando se lo observa desde el lado oeste.

Allí se sentaron los cuatro, y James Starr, siempre pródigo en citas tomadas del gran novelista escocés, se limitó a decir:

—He aquí lo que escribió Walter Scott en el capítulo octavo de *La cárcel de Edimburgo*:

«Si tuviera que elegir un lugar desde donde ver del mejor modo posible la salida y la puesta del sol, sería precisamente este.»

—Espere, pues, Nell. El sol no tardará en aparecer, y, por primera vez, podrá usted contemplarlo en todo su esplendor.

Las miradas de la joven estaban entonces vueltas hacia el este. Harry, situado junto a ella, la observaba con ansiosa atención. ¿No iría a impresionarse demasiado vivamente con los primeros rayos del día? Todos permanecieron en silencio. Hasta el propio Jack Ryan se calló.

Ya se dibujaba sobre el horizonte, en un fondo de brumas ligeras, una tenue línea pálida, matizada de rosa. Un resto de vapores, extraviados en el cenit, fue asaltado por el primer trazo de luz. Al pie del Arthur's Seat, en la calma absoluta de la noche, Edimburgo, todavía adormecida, aparecía confusamente. Algunos puntos luminosos salpicaban aquí y allá la oscuridad. Eran las estrellas matutinas que encendían las gentes de la ciudad vieja. Detrás, hacia el oeste, el horizonte, recortado por siluetas caprichosas, cerraba una región accidentada de picos, a los que cada rayo solar iba a poner un penacho de fuego.

Entretanto, el perímetro del mar se dibujaba con más viveza hacia el este. La gama de colores se disponía poco a poco según el orden que da el espectro solar. El rojo de las primeras brumas iba degradándose hasta el violeta del cenit. De segundo en segundo, la paleta cobraba más vigor: el rosa se volvía rojo, el rojo se volvía fuego. El día se hacía en el punto de intersección que el arco diurno iba a fijar sobre la circunferencia del mar.

En ese momento, las miradas de Nell recorrían desde el pie de la colina hasta la ciudad, cuyos barrios empezaban a recortarse por grupos. Altos monumentos, algunos campanarios agudos emergían aquí y allá, y sus contornos se perfilaban ya con más nitidez. Se difundía por el espacio una especie de luz cenicienta. Por fin, un primer rayo alcanzó el ojo de la joven. Era ese rayo verde que, al atardecer o al amanecer, se desprende del mar cuando el horizonte está limpio.

Medio minuto después, Nell se enderezaba y tendía la mano hacia un punto que dominaba los barrios de la ciudad nueva.

—¡Un fuego! —dijo.

—No, Nell —respondió Harry—, no es un fuego. ¡Es un toque de oro que el sol posa en lo alto del monumento a Walter Scott!

Y, en efecto, la punta extrema del pináculo, de unos sesenta metros de altura, brillaba como un faro de primer orden.

El día se había hecho. El sol se desbordó. Su disco parecía todavía húmedo, como si en verdad hubiese salido de las aguas del mar. Ensanchado al principio por la refracción, fue estrechándose poco a poco hasta adoptar la forma circular. Su resplandor, pronto insoportable, era el de la boca de un horno que hubiese horadado el cielo.

Nell hubo de cerrar los ojos casi de inmediato. Sobre sus párpados, demasiado finos, tuvo incluso que apretar los dedos, bien juntos.

Harry quería que se volviese hacia el horizonte opuesto.

—No, Harry —dijo ella—. Es preciso que mis ojos se acostumbren a ver lo que saben ver los tuyos.

A través de la palma de sus manos, Nell percibía todavía un resplandor rosado, que iba blanqueando a medida que el sol se elevaba sobre el hori-

zonte. Su mirada se fue acostumbrando poco a poco. Luego, sus párpados se alzaron, y sus ojos se impregnaron por fin de la luz del día.

La piadosa niña cayó de rodillas, exclamando:

—¡Dios mío, qué hermoso es tu mundo!

La joven bajó entonces los ojos y miró. A sus pies se desplegaba el panorama de Edimburgo: los barrios nuevos y bien alineados de la ciudad nueva, el conjunto confuso de las casas y la extraña red de calles de la Auld Reekie. Dos alturas dominaban el conjunto: el castillo, aferrado a su roca de basalto, y Calton Hill, que llevaba sobre su grupa redondeada las ruinas modernas de un monumento griego. Magníficas carreteras arboladas irradiaban desde la capital hacia el campo. Al norte, un brazo de mar, el estuario del Forth, entallaba profundamente la costa, en la que se abría el puerto de Leith. Más allá, en tercer plano, se extendía el armonioso litoral del condado de Fife. Una vía, recta como la del Pireo, unía al mar esta Atenas del Norte. Hacia el oeste se alargaban las hermosas playas de Newhaven y de Portobello, cuya arena teñía de amarillo las primeras olas de la resaca. Mar adentro, algunas chalupas animaban las aguas del golfo, y dos o tres vapores empenachaban el cielo con un cono de humo negro. Más allá aún, verdeaba la inmensa campiña. Modestas colinas abultaban aquí y allá la llanura. Al norte, las Lomond Hills; al oeste, el Ben Lomond y el Ben Ledi reverberaban los rayos solares, como si hielos eternos hubiesen tapizado sus cimas.

Nell no podía hablar. Sus labios apenas murmuraban palabras vagas. Sus brazos temblaban. Su cabeza se veía presa de vértigos. Por un instante, las fuerzas la abandonaron. En aquel aire tan puro, ante aquel espectáculo sublime, se sintió de pronto desfallecer, y cayó sin sentido en los brazos de Harry, prestos a recibirla.

Aquella joven, cuya vida había transcurrido hasta entonces en las entrañas del macizo terrestre, había contemplado por fin lo que constituye casi todo el universo, tal como lo hicieron el Creador y el hombre. Sus miradas, tras haberse cernido sobre la ciudad y la campiña, acababan de extenderse, por primera vez, sobre la inmensidad del mar y el infinito del cielo.

CAPÍTULO XVIII. DEL LAGO LOMOND AL LAGO KATRINE

Harry, llevando a Nell en brazos, seguido de James Starr y de Jack Ryan, volvió a bajar las laderas del Arthur's Seat. Tras unas horas de descanso y un reconfortante almuerzo que tomaron en el Lambret's Hotel, se pensó en completar la excursión con un paseo por el país de los lagos.

Nell había recobrado las fuerzas. Sus ojos podían ya abrirse de par en par a la luz, y sus pulmones aspirar con largueza aquel aire vivificante y saludable. El verde de los árboles, el matiz variado de las plantas, el azul del cielo, habían desplegado ante su mirada toda la gama de los colores.

El tren que tomaron en la General Railway Station llevó a Nell y a sus compañeros a Glasgow. Allí, desde el último puente tendido sobre el Clyde, pudieron admirar el curioso movimiento marítimo del río. Luego pasaron la noche en el Comrie's Royal Hotel.

Al día siguiente, desde la estación del «Edinburgh and Glasgow Railway», el tren había de llevarlos rápidamente, por Dumbarton y Balloch, hasta el extremo meridional del lago Lomond.

—¡Ahí está el país de Rob Roy y de Fergus Mac Gregor! —exclamó James Starr—, ¡el territorio tan poéticamente celebrado por Walter Scott! ¿No conoce usted este país, Jack?

—Lo conozco por sus canciones, señor Starr —respondió Jack Ryan—, ¡y cuando un país ha sido tan bien cantado, debe de ser soberbio!

—Lo es, en efecto —exclamó el ingeniero—, ¡y nuestra querida Nell conservará de él el mejor recuerdo!

—Con un guía como usted, señor Starr —respondió Harry—, será doble provecho, pues nos contará la historia del país mientras lo contemplamos.

—Sí, Harry —dijo el ingeniero—, en la medida en que mi memoria me lo permita, pero con una condición: ¡que el alegre Jack venga en mi ayuda! Cuando me canse de contar, ¡él cantará!

—No hará falta decírmelo dos veces —replicó Jack Ryan, lanzando una nota vibrante, como si quisiera afinar la garganta al *la* del diapasón.

Por el ferrocarril de Glasgow a Balloch, entre la metrópoli comercial de Escocia y el extremo meridional del lago Lomond, no se cuentan más que una treintena de kilómetros.

El tren pasó por Dumbarton, burgo real y capital de condado, cuyo castillo, todavía fortificado conforme al tratado de la Unión, se asienta pintorescamente sobre los dos picos de una gruesa roca de basalto.

Dumbarton está situado en la confluencia del Clyde y el Leven. A este propósito, James Starr refirió algunas particularidades de la azarosa historia de María Estuardo. En efecto, fue de este burgo de donde partió para ir a casarse con Francisco II y convertirse en reina de Francia. Allí también, después de 1815, el ministerio inglés meditó internar a Napoleón; pero prevaleció la elección de Santa Elena, y por eso el prisionero de Inglaterra fue a morir en una roca del Atlántico, para mayor provecho de su memoria legendaria.

Pronto el tren se detuvo en Balloch, cerca de un embarcadero de madera que descendía al nivel del lago.

Un vapor, el *Sinclair*, esperaba a los turistas que hacen la excursión de los lagos. Nell y sus compañeros se embarcaron en él, tras haber sacado su billete para Inversnaid, en el extremo norte del lago Lomond.

La jornada comenzaba con un hermoso sol, bien despejado de esas brumas británicas con que de ordinario se vela. Ningún detalle de aquel paisaje, que iba a desplegarse a lo largo de un recorrido de cincuenta kilómetros, debía escapar a los viajeros del *Sinclair*. Nell, sentada a popa entre James Starr y Harry, aspiraba por todos sus sentidos la soberbia poesía de que está tan ampliamente impregnada esta bella naturaleza escocesa.

Jack Ryan iba y venía por la cubierta del *Sinclair*, interrogando sin cesar al ingeniero, que, sin embargo, no necesitaba que lo interrogasen. A medida que aquel país de Rob Roy se desplegaba ante su vista, él lo describía como un admirador entusiasta.

En las primeras aguas del lago Lomond aparecieron primero numerosas islitas o islotes. Era como una siembra. El *Sinclair* costeaba sus orillas escarpadas, y, entre isla e isla, se dibujaban ora un valle solitario, ora una garganta salvaje, erizada de rocas abruptas.

—Nell —dijo James Starr—, cada uno de estos islotes tiene su leyenda, y acaso su canción, igual que los montes que enmarcan el lago. Puede decirse, sin demasiada pretensión, que la historia de esta comarca está escrita con esos caracteres gigantescos de islas y montañas.

—¿Sabe usted, señor Starr —dijo Harry—, qué me recuerda esta parte del lago Lomond?

—¿Qué le recuerda, Harry?

—Las mil islas del lago Ontario, tan admirablemente descritas por Cooper. También a ti debe de impresionarte ese parecido, mi querida Nell, pues hace unos días te leí esa novela que con razón se ha llamado la obra maestra del autor americano.

—En efecto, Harry —respondió la joven—, es el mismo aspecto, ¡y el *Sinclair* se desliza entre estas islas como lo hacía en el lago Ontario el cúter de Jasper Agua Dulce!

—Pues bien —repuso el ingeniero—, eso prueba que los dos parajes merecían ser cantados igualmente por dos poetas. No conozco esas mil islas del Ontario, Harry, pero dudo que su aspecto sea más variado que el de este archipiélago del Lomond. ¡Miren este paisaje! Aquí está la isla Murray, con su viejo fuerte Lennox, donde residió la vieja duquesa de Albany tras la muerte de su padre, de su esposo y de sus dos hijos, decapitados por orden de Jacobo I. Aquí está la isla Clar, la isla Cro, la isla Torr, unas rocosas, salvajes, sin apariencia de vegetación, otras mostrando su grupa verde y redondeada. Aquí, alerces y abedules. Allá, campos de brezos amarillos y resecos. ¡En verdad, me cuesta trabajo creer que las mil islas del lago Ontario ofrezcan tal variedad de parajes!

—¿Qué es ese pequeño puerto? —preguntó Nell, que se había vuelto hacia la orilla oriental del lago.

—Es Balmaha, que forma la entrada de las Highlands —respondió James Starr—. Allí empiezan nuestras tierras altas de Escocia. Las ruinas que usted distingue, Nell, son las de un antiguo convento de monjas, y esas tumbas dispersas encierran a diversos miembros de la familia Mac Gregor, cuyo nombre sigue siendo célebre en toda la comarca.

—¡Célebre por la sangre que esa familia ha derramado e hizo derramar! —observó Harry.

—Tiene usted razón —respondió James Starr—, y hay que reconocer que la celebridad debida a las batallas es todavía la más resonante. Llegan lejos, a través de los siglos, esos relatos de combates...

—Y se perpetúan por medio de las canciones —añadió Jack Ryan.

Y, para sostener lo dicho, el buen muchacho entonó la primera estrofa de un viejo canto de guerra, que relataba las hazañas de Alexander Mac Gregor, del glen Sraë, contra sir Humphry Colquhoun, de Luss.

Nell escuchaba, pero de aquellos relatos de combates solo recibía una impresión triste. ¿Por qué tanta sangre derramada sobre aquellas llanuras que la joven encontraba inmensas, allí donde, sin embargo, el espacio no debía de faltarle a nadie?

Las orillas del lago, separadas hasta entonces por cinco o seis kilómetros, tendían a acercarse en las inmediaciones del pequeño puerto de Luss. Nell pudo entrever un instante la vieja torre del antiguo castillo. Luego, el *Sinclair* puso rumbo al norte, y ante los ojos de los turistas se mostró el Ben Lomond, que se eleva a cerca de novecientos metros sobre el nivel del lago.

—¡Qué montaña tan admirable! —exclamó Nell—, ¡y desde su cima, qué hermosa ha de ser la vista!

—Sí, Nell —respondió James Starr—. Mire cómo esa cumbre se destaca con orgullo de la corona de robles, abedules y alerces que tapizan la zona inferior del monte. Desde allí se divisan las dos terceras partes de nuestra vieja Caledonia. Aquí es donde el clan de los Mac Gregor tenía su residencia habitual, en la parte oriental del lago. No lejos de aquí, las querellas de los jacobitas y los hanoverianos han ensangrentado más de una vez estas

gargantas desoladas. Allí, en las hermosas noches, se alza esa pálida luna que las viejas leyendas llaman «el farol de Mac Farlane». Allí repiten aún los ecos los nombres imperecederos de Rob Roy y de Mac Gregor Campbell.

El Ben Lomond, último pico de la cadena de los Grampianos, merece de veras haber sido celebrado por el gran novelista escocés. Como hizo notar James Starr, existen montañas más altas, cuya cima se reviste de nieves eternas, pero acaso no haya ninguna más poética en rincón alguno del mundo.

— Y pensar — añadió — que este Ben Lomond pertenece por entero al duque de Montrose. Su Gracia posee una montaña como un burgués de Londres posee un cuadro de césped en su jardincillo.

Entretanto, el *Sinclair* llegaba a la aldea de Tarbet, en la orilla opuesta del lago, donde dejó a los viajeros que se dirigían a Inverary. Desde aquel lugar, el Ben Lomond aparecía en toda su belleza. Sus flancos, rayados por el lecho de los torrentes, resplandecían como planchas de plata fundida.

A medida que el *Sinclair* bordeaba la base de la montaña, el paisaje se volvía cada vez más abrupto. Apenas, aquí y allá, algunos árboles aislados, entre ellos unos cuantos de esos sauces cuyas varas servían antaño para ahorcar a la gente de baja condición.

— Para ahorrar cáñamo — observó James Starr.

El lago, sin embargo, se estrechaba a medida que se alargaba hacia el norte. Las montañas laterales lo ceñían más estrechamente. El vapor bordeó todavía algunas islas e islotes, Inveruglas, Eilean Vhow, donde se alzaban los vestigios de una fortaleza que había pertenecido a los Mac Farlane. Por fin las dos orillas se juntaron, y el *Sinclair* se detuvo en la estación de Inversnaid.

Allí, mientras preparaban su almuerzo, Nell y sus compañeros fueron a visitar, cerca del lugar de desembarco, un torrente que se precipitaba en el lago desde bastante altura. Parecía haber sido plantado allí como un decorado, para deleite de los turistas. Un puente tembloroso saltaba sobre las aguas tumultuosas, en medio de una polvareda líquida. Desde aquel lugar, la mirada abarcaba gran parte del Lomond, y el *Sinclair* ya no parecía sino un punto en su superficie.

Terminado el almuerzo, se trataba de dirigirse al lago Katrine. Varios coches, con las armas de la familia Breadalbane —esa familia que en otro tiempo garantizaba leña y agua al fugitivo Rob Roy—, estaban a disposición de los viajeros y les ofrecían toda la comodidad que distingue a la carrocería inglesa.

Harry instaló a Nell en la imperial, conforme a la moda del día. Sus compañeros y él se sentaron junto a ella. Un magnífico cochero, de librea roja, reunió en su mano izquierda las riendas de sus cuatro caballos, y el tiro empezó a subir el flanco de la montaña, bordeando el sinuoso lecho del torrente.

El camino era muy escarpado. A medida que ascendía, la forma de las cimas circundantes parecía modificarse. Se veía crecer soberbiamente toda la cadena de la orilla opuesta del lago y las cumbres de Arrochar, que dominaban el valle de Inveruglas. A la izquierda se alzaba el Ben Lomond, que dejaba así al descubierto el brusco escarpe de su flanco septentrional.

El país comprendido entre el lago Lomond y el lago Katrine presentaba un aspecto salvaje. El valle comenzaba con desfiladeros estrechos que desembocaban en el glen de Aberfoyle. Aquel nombre recordó dolorosamente a la joven aquellos abismos llenos de espanto en cuyo fondo había transcurrido su infancia. Por eso James Starr se apresuró a distraerla con sus relatos.

La comarca se prestaba a ello, por lo demás. Fue en las orillas del pequeño lago de Ard donde ocurrieron los principales sucesos de la vida de Rob Roy. Allí se alzaban rocas calizas de aspecto siniestro, entremezcladas de guijarros que la acción del tiempo y de la intemperie había endurecido como cemento. Miseras chozas, semejantes a madrigueras —de esas que se llaman «bourrochs»—, yacían en medio de apriscos en ruinas. No se habría podido decir si estaban habitadas por criaturas humanas o por bestias salvajes. Algunos chiquillos, de cabellos ya decolorados por la inclemencia del clima, miraban pasar los coches con grandes ojos atónitos.

—He aquí precisamente —dijo James Starr— lo que se puede llamar, de manera más particular, el país de Rob Roy. Aquí fue donde el excelente bailarín Nicol Jarvie, digno hijo de su padre el diácono, fue apresado por la milicia del conde de Lennox. En este mismo lugar quedó suspendido por el fondo de sus calzones, hechos, por fortuna, de buen paño de Escocia, ¡y no

de esos ligeros camelotes de Francia! No lejos de las fuentes del Forth, que alimentan los torrentes del Ben Lomond, se ve todavía el vado que franqueó el héroe para escapar de los soldados del duque de Montrose. ¡Ah, si hubiese conocido los sombríos refugios de nuestra hullera, habría podido desafiar allí toda búsqueda! Ya lo ven, amigos míos, no se puede dar un paso en esta comarca, maravillosa por tantos motivos, sin encontrar esos recuerdos del pasado en los que se inspiró Walter Scott cuando parafraseó, en magníficas estrofas, la llamada a las armas del clan de los Mac Gregor.

— Todo eso está muy bien dicho, señor Starr —replicó Jack Ryan—, pero si es cierto que Nicol Jarvie quedó suspendido por el fondillo de sus calzones, ¿qué es entonces de nuestro proverbio: «¡Bien listo habrá de ser quien consiga quitarle los calzones a un escocés!»?

— A fe mía, Jack, tiene usted razón —respondió riendo James Starr—, y eso prueba sencillamente que, aquel día, nuestro bailío no iba vestido a la moda de sus antepasados.

— ¡Hizo mal, señor Starr!

— No lo niego, Jack.

El tiro, tras remontar las abruptas orillas del torrente, volvió a descender a un valle sin árboles, sin aguas, cubierto únicamente de un mísero brezal. En ciertos parajes se alzaban, en pirámides, algunos montones de piedras.

— Son cairns —dijo James Starr—. Antaño, cada caminante debía depositar allí una piedra, para honrar al héroe tendido bajo esas tumbas. De ahí vino el dicho gaélico: «¡Ay de quien pase ante un cairn sin depositar la piedra del último saludo!». Si los hijos hubiesen conservado la fe de sus padres, estos montones de piedras serían ahora colinas. En verdad, en esta comarca todo contribuye a desarrollar esa poesía natural innata en el corazón de los montañeses. Así ocurre en todos los países de montaña. La imaginación se sobreexcita allí ante tales maravillas, y, si los griegos hubiesen habitado un país de llanuras, ¡jamás habrían inventado la mitología antigua!

Durante estos discursos y otros muchos, el coche se internaba en los desfiladeros de un valle estrecho, que habría sido muy propicio a los retozos de los Bawnies familiares de la gran Meg Merrilies. El pequeño lago de Arklet quedó a la izquierda, y se presentó un camino de pendiente pronunciada que conducía a la posada de Stronachlachar, en la orilla del lago Katrine.

Allí, en el morro de un ligero embarcadero, se mecía un pequeño vapor que llevaba, como no podía ser de otro modo, el nombre de *Rob Roy*. Los viajeros se embarcaron enseguida en él: estaba a punto de partir.

El lago Katrine no mide más que dieciséis kilómetros de longitud, con una anchura que nunca supera los tres kilómetros. Las primeras colinas del litoral están todavía impregnadas de un gran carácter.

—He aquí, pues, este lago —exclamó James Starr— que con razón se ha comparado a una larga anguila. Se afirma que nunca se hiela. No sé nada de eso, pero lo que no hay que olvidar es que ha sido escenario de las hazañas de *La dama del lago*. Estoy seguro de que, si nuestro amigo Jack mirase bien, vería deslizarse todavía por su superficie la sombra ligera de la bella Elena Douglas.

—Ciertamente, señor Starr —respondió Jack Ryan—, ¿y por qué no habría de verla? ¿Por qué esa hermosa mujer no habría de ser tan visible en las aguas del lago Katrine como lo son los trasgos de la hullera en las aguas del lago Malcolm?

En ese instante, los sonidos claros de una gaita se dejaron oír a popa del *Rob Roy*.

Allí, un Highlander vestido con el traje nacional preludiaba, con su «bag-pipe» de tres roncones, cuyo más grueso sonaba el *sol*, el segundo el *si*, y el más pequeño la octava del más grueso. En cuanto al puntero, horadado con ocho agujeros, daba una escala de *sol* mayor en la que el *fa* era natural.

El estribillo del Highlander era un canto simple, dulce e ingenuo. Cabe pensar, verdaderamente, que estas melodías nacionales no las ha compuesto nadie, que son una mezcla natural del soplo de la brisa, del murmullo de las aguas, del susurro de las hojas. La forma del estribillo, que volvía a intervalos regulares, era singular. Su frase se componía de tres compases de dos tiempos y un compás de tres tiempos, que terminaba en el tiempo débil. A diferencia de los cantos de la vieja época, estaba en modo mayor, y podría haberse escrito como sigue, en ese lenguaje cifrado que da, no las notas, sino los intervalos de los tonos:

5 | 1.2 | 3525 | 1.765 | 22.22 ...

1.2 | 3525 | 1.765 | 11.11 ...

Un hombre verdaderamente feliz entonces fue Jack Ryan. Aquel canto de los lagos de Escocia, él lo sabía. Así, mientras el Highlander lo acompañaba con su gaita, cantó con su voz sonora un himno consagrado a las poéticas leyendas de la vieja Caledonia:

*Bellos lagos de ondas dormidas,
guardad para siempre
vuestras leyendas encantadoras,
¡bellos lagos escoceses!*

*En vuestras orillas se halla el rastro
de esos héroes tan añorados,
esos vástagos de noble raza
que nuestro Walter ha cantado.
He aquí la torre donde las brujas
preparaban su frugal cena;
allí, los vastos campos de brezo
donde vuelve la sombra de Fingal.*

*Aquí cruzan la noche sombría
las locas danzas de los trasgos.
¡Allí, siniestro, aparece en la sombra
el rostro de los viejos puritanos!
¡Y entre las rocas salvajes,
al atardecer aún se sorprende
a Waverley, que hacia vuestras orillas
arrastra a Flora Mac Ivor!*

*La Dama del Lago viene sin duda
a vagar allí sobre su palafrén,
¡y Diana, no lejos, escucha
resonar el cuerno de Rob Roy!
¿No se ha oído hace poco
a Fergus, en medio de sus clanes,
entonando sus pibrochs de guerra,
despertar el eco de las Highlands?*

*Por lejos que el destino nos lleve
de vosotros, lagos poéticos,
barrancos, rocas, grutas antiguas,*

*nuestros ojos no os olvidarán.
¡Oh visión demasiado pronto extinguida!
¿No puedes volver hacia nosotros?
¡A ti, vieja Caledonia,
a ti, todo nuestro recuerdo!*

*Bellos lagos de ondas dormidas,
guardad para siempre
vuestras leyendas encantadoras,
¡bellos lagos escoceses!*

Eran las tres de la tarde. Las orillas occidentales del lago Katrine, menos accidentadas, se recortaban entonces en el doble marco del Ben An y del Ben Venue. Ya, a ochocientos metros, se dibujaba la angosta ensenada al fondo de la cual el *Rob Roy* iba a desembarcar a los viajeros, que se dirigían a Stirling por Callander.

Nell estaba como agotada por la tensión continua de su espíritu. Una sola exclamación salía de sus labios: «¡Dios mío! ¡Dios mío!», cada vez que un nuevo motivo de admiración se ofrecía a su vista. Necesitaba unas horas de descanso, aunque solo fuese para fijar más duraderamente el recuerdo de tantas maravillas.

En ese momento, Harry había vuelto a tomarle la mano. Miró a la joven con emoción y le dijo:

—Nell, mi querida Nell, pronto habremos vuelto a nuestro sombrío dominio. ¿No echarás de menos nada de lo que has visto durante estas pocas horas pasadas a la plena luz del día?

—No, Harry —respondió la joven—. Lo recordaré, pero volveré dichosa contigo a nuestra amada hullera.

—Nell —preguntó Harry con una voz cuya emoción en vano trataba de contener—, ¿quieres que un lazo sagrado nos una para siempre ante Dios y ante los hombres? ¿Me quieres por esposo?

—Lo quiero, Harry —respondió Nell, mirándolo con sus ojos tan puros—, lo quiero, si crees que puedo bastar a tu vida... Nell no había terminado esta frase, en la que se resumía todo el porvenir de Harry, cuando se produjo un fenómeno inexplicable.

El *Rob Roy*, aunque todavía se hallaba a ochocientos metros de la orilla, sufrió un choque brusco. Su quilla acababa de golpear el fondo del lago, y su máquina, pese a todos sus esfuerzos, no logró arrancarlo de allí.

Y si aquel accidente había ocurrido era porque, en su parte oriental, el lago Katrine acababa de vaciarse casi de repente, como si una inmensa fisura se hubiese abierto bajo su lecho. En pocos segundos se había secado, igual que un litoral en el punto más bajo de una gran marea equinoccial. Casi todo su contenido había huido a través de las entrañas del suelo.

—¡Amigos míos! —había exclamado James Starr, como si la causa del fenómeno se le hubiese revelado de pronto—, ¡que Dios salve a la Nueva Aberfoyle!

CAPÍTULO XIX. UNA ÚLTIMA AMENAZA

Aquel día, en la Nueva Aberfoyle, los trabajos se desarrollaban con normalidad. Se oía a lo lejos el estruendo de los cartuchos de dinamita, que hacían estallar el filón carbonífero. Aquí eran los golpes de pico y de barra los que provocaban el arranque del carbón; allá, el chirrido de las perforadoras, cuyos barrenos horadaban las fallas de arenisca o de esquisto. Se producían largos ruidos cavernosos. El aire aspirado por las máquinas silbaba a través de las galerías de ventilación. Las puertas de madera se cerraban bruscamente bajo aquellos violentos empujes. En los túneles inferiores, los trenes de vagonetas, movidos mecánicamente, pasaban a una velocidad de veinticinco kilómetros por hora, y los timbres automáticos advertían a los obreros de que se acurrucaran en los refugios. Las jaulas subían y bajaban sin descanso, arrastradas por los enormes tambores de las máquinas instaladas en la superficie del suelo. Los discos, encendidos a pleno fuego, iluminaban vivamente Coal-city.

La explotación se llevaba, pues, con la mayor actividad. El filón se desgranaba en las vagonetas, que acudían por centenares a vaciarse en las jaulas, al pie de los pozos de extracción. Mientras una parte de los mineros descansaba tras los trabajos nocturnos, los turnos de día trabajaban sin perder una hora.

Simon Ford y Madge, terminada la cena, se habían instalado en el patio del cottage. El viejo capataz hacía su siesta habitual. Fumaba su pipa cargada de excelente tabaco de Francia. Cuando los dos esposos conversaban, era para hablar de Nell, de su hijo, de James Starr, de aquella excursión a la superficie de la tierra. ¿Dónde estarían? ¿Qué estarían haciendo en aquel momento? ¿Cómo podían, sin sentir la nostalgia de la hullera, permanecer tanto tiempo fuera?

En aquel instante se oyó de pronto un mugido de extraordinaria violencia. Habría podido creerse que una enorme catarata se precipitaba en la hullera.

Simon Ford y Madge se habían levantado bruscamente.

Casi al instante, las aguas del lago Malcolm se hincharon. Una alta ola, rompiendo como la de un macareo, invadió la orilla y fue a estrellarse contra el muro del cottage.

Simon Ford, agarrando a Madge, la había arrastrado rápidamente al primer piso de la vivienda.

Al mismo tiempo, se alzaban gritos por todas partes en Coal-city, amenazada por aquella inundación repentina. Sus habitantes buscaban refugio hasta en las altas rocas esquistas que formaban el litoral del lago.

El terror había llegado al colmo. Ya algunas familias de mineros, medio enloquecidas, se precipitaban hacia el túnel para ganar los pisos superiores. Podía temerse que el mar hubiese irrumpido en la hullera, cuyas galerías se hundían hasta bajo el canal del Norte. La cripta, por vasta que fuese, habría quedado enteramente anegada. Ni uno solo de los habitantes de la Nueva Aberfoyle habría escapado a la muerte.

Pero, en el momento en que los primeros fugitivos alcanzaban la boca del túnel, se encontraron frente a Simon Ford, que había abandonado el cottage al instante.

—¡Deteneos, deteneos, amigos míos! —les gritó el viejo capataz—. Si nuestra ciudad tuviera que ser invadida, la inundación correría más deprisa que vosotros, y nadie escaparía de ella. ¡Pero las aguas ya no suben! Todo peligro parece descartado.

—¿Y nuestros compañeros que están ocupados en los trabajos del fondo? —exclamaron algunos de los mineros.

—No hay nada que temer por ellos —respondió Simon Ford—. ¡La explotación se realiza en un piso superior al lecho del lago!

Los hechos habrían de dar la razón al viejo capataz. La invasión del agua se había producido de forma súbita, pero, repartida en el piso inferior de la vasta hullera, no había tenido otro efecto que el de elevar el nivel del lago Malcolm en algo menos de un metro. Coal-city no estaba, pues, comprome-

tida, y podía esperarse que la inundación, arrastrada hacia las profundidades más bajas de la hullera, aún sin explotar, no hubiese causado ninguna víctima.

En cuanto a si aquella inundación se debía al derrame de una capa freática interior a través de las fisuras del macizo, o si algún curso de agua del suelo se había precipitado por su lecho hundido hasta los últimos pisos de la mina, Simon Ford y sus compañeros no habrían podido decirlo. En cuanto a pensar que se trataba de un simple accidente, como ocurre a veces en las minas de carbón, nadie lo ponía en duda.

Pero, aquella misma noche, se supo a qué atenerse. Los periódicos del condado publicaban el relato de aquel extraño fenómeno, del que el lago Katrine había sido el escenario. Nell, Harry, James Starr y Jack Ryan, que habían regresado a toda prisa al cottage, confirmaban estas noticias y se enteraban, no sin gran satisfacción, de que todo se reducía a daños materiales en la Nueva Aberfoyle.

Así pues, el lecho del lago Katrine se había hundido repentinamente. Sus aguas habían irrumpido a través de una ancha fisura hasta el interior de la hullera. Al lago favorito del novelista escocés no le quedaba ya con qué mojar los lindos pies de la Dama del Lago, al menos en toda su parte meridional. Un estanque de algunos acres, a eso quedaba reducido, allí donde su lecho se hallaba más bajo que la parte hundida.

¡Qué resonancia tuvo aquel extraño suceso! Era, sin duda, la primera vez que un lago se vaciaba en unos instantes en las entrañas del suelo. No quedaba ya sino borrarlo de los mapas del Reino Unido, hasta que se lo volviera a llenar —por suscripción pública—, tras haber taponado previamente la fisura. ¡Walter Scott habría muerto de desesperación, de haber estado aún en este mundo!

Después de todo, el accidente tenía explicación. En efecto, entre la profunda cavidad y el lecho del lago, el estrato de los terrenos secundarios se reducía a una fina capa, a causa de una disposición geológica particular del macizo.

Pero, aunque aquel derrumbe parecía deberse a una causa natural, James Starr, Simon y Harry Ford se preguntaron si no habría que atribuirlo a la malevolencia. Las sospechas habían vuelto a su ánimo con más fuerza.

¿Iba, pues, el genio maligno a reanudar sus empresas contra los explotadores de la rica hullera?

Unos días después, James Starr hablaba de ello en el cottage con el viejo capataz y su hijo.

—Simon —dijo—, en mi opinión, aunque el hecho pueda explicarse por sí mismo, tengo como un presentimiento de que entra en la categoría de aquellos cuya causa aún buscamos.

—Pienso como usted, señor James —respondió Simon Ford—; pero, si me hace caso, no divulguemos nada y hagamos nosotros mismos la investigación.

—¡Oh! —exclamó el ingeniero—, ¡ya conozco el resultado de antemano!

—¿Y cuál será?

—Encontraremos las pruebas de la malevolencia, pero no al malhechor.

—Sin embargo, existe —respondió Simon Ford—. ¿Dónde se esconde? ¿Podría un solo ser, por perverso que fuera, llevar a cabo una idea tan infernal como la de provocar el hundimiento de un lago? De verdad, acabaré por creer, como Jack Ryan, que es algún genio de la hullera que nos guarda rencor por haber invadido su dominio.

Ni que decir tiene que a Nell, en la medida de lo posible, se la mantenía al margen de aquellos conciliábulos. Ella, por lo demás, ayudaba al deseo que se tenía de no dejarle sospechar nada. Su actitud revelaba, sin embargo, que compartía las inquietudes de su familia adoptiva. Su rostro entristecido llevaba la marca de los combates interiores que la agitaban.

Fuera como fuese, se resolvió que James Starr, Simon y Harry Ford volvieran al mismo lugar del derrumbe y trataran de averiguar sus causas. No hablaron a nadie de su proyecto. A quien no hubiera conocido el conjunto de hechos que le servían de base, la opinión de James Starr y de sus amigos debía de parecerle absolutamente inadmisibile.

Unos días después, los tres, embarcados en una ligera canoa que gobernaba Harry, fueron a examinar los pilares naturales que sostenían la parte del macizo en la que se hundía el lecho del lago Katrine.

Aquel examen les dio la razón. Los pilares habían sido atacados con cargas de mina. Las huellas ennegrecidas seguían siendo visibles, pues las aguas habían bajado a causa de las infiltraciones, y se podía llegar hasta la base de la subestructura.

Aquella caída de una parte de las bóvedas de la cúpula había sido premeditada, y luego ejecutada por mano de hombre.

—No cabe ninguna duda —dijo James Starr—. Y quién sabe qué habría ocurrido si, en lugar de ese pequeño lago, el hundimiento hubiera abierto paso a las aguas de un mar.

—¡Sí! —exclamó el viejo capataz con un sentimiento de orgullo—, no habría bastado menos que un mar para anegar nuestra Aberfoyle. Pero, una vez más, ¿qué interés puede tener nadie en la ruina de nuestra explotación?

—Es incomprensible —respondió James Starr—. No se trata de una banda de malhechores vulgares que, desde el antro donde se guarecen, se esparcieran por el país para robar y saquear. Semejantes fechorías, en tres años, habrían revelado su existencia. Tampoco se trata, como he pensado alguna vez, de contrabandistas o falsificadores de moneda, que ocultaran en algún rincón aún ignorado de estas inmensas cavernas su culpable industria, y que por ello tuvieran interés en expulsarnos de aquí. ¡No se hace moneda falsa ni contrabando para guardárselo! Sin embargo, está claro que un enemigo implacable ha jurado la perdición de la Nueva Aberfoyle, y que algún interés lo empuja a buscar todos los medios posibles de saciar el odio que nos ha jurado. Demasiado débil, sin duda, para actuar abiertamente, es en la sombra donde prepara sus emboscadas, pero la inteligencia que despliega en ello hace de él un ser temible. Amigos míos, conoce los secretos de nuestro dominio mejor que todos nosotros juntos, puesto que desde hace tanto tiempo escapa a todas nuestras pesquisas. Es un hombre del oficio, un experto entre los expertos, sin duda alguna, Simon. Lo que hemos sorprendido de su manera de operar es prueba manifiesta de ello. ¡Veamos! ¿Ha tenido usted alguna vez algún enemigo personal sobre quien puedan recaer sus sospechas? Piense bien. Hay monomanías de odio que el tiempo no apaga. Remóntese lo más alto posible en su vida, si es preciso. Todo lo que ocurre es obra de una especie de locura fría y paciente, que exige que evoque usted, en este punto, hasta sus recuerdos más lejanos.

Simon Ford no respondió. Se veía que el honrado capataz, antes de explicarse, interrogaba con candor todo su pasado. Por fin, levantando la cabeza:

—No —dijo—, ante Dios, ni Madge ni yo hemos hecho jamás mal a nadie. No creemos que podamos tener un enemigo, ni uno solo.

—¡Ah! —exclamó el ingeniero—, ¡si Nell quisiera hablar por fin!

—Señor Starr, y usted, padre —respondió Harry—, se lo suplico, guardemos aún para nosotros solos el secreto de nuestra investigación. No interroguen a mi pobre Nell. Ya la siento ansiosa y atormentada. Estoy seguro de que su corazón contiene a duras penas un secreto que la ahoga. Si calla, es porque no tiene nada que decir, o porque no cree que deba hablar. No podemos dudar de su cariño hacia nosotros, hacia todos nosotros. Más tarde, si me revela lo que hasta ahora nos ha callado, ustedes lo sabrán al instante.

—Sea, Harry —respondió el ingeniero—, y sin embargo, ese silencio, si Nell sabe algo, resulta verdaderamente inexplicable.

Y como Harry iba a protestar:

—Tranquilícese —añadió el ingeniero—. No diremos nada a la que ha de ser su esposa.

—¡Y que lo sería sin más tardar, si tú quisieras, padre!

—Hijo mío —dijo Simon Ford—, dentro de un mes, día por día, se celebrará tu boda. ¿Hará usted de padre para Nell, señor James?

—Cuenta conmigo, Simon —respondió el ingeniero.

James Starr y sus dos compañeros regresaron al cottage. No dijeron nada del resultado de su exploración, y, para todo el mundo de la hullera, el hundimiento de las bóvedas quedó como un simple accidente. No había más que un lago menos en Escocia.

Nell había ido retomando poco a poco sus ocupaciones habituales. De aquella visita a la superficie del condado había guardado recuerdos imperecederos que Harry aprovechaba para instruirla. Pero aquella iniciación a la vida de fuera no le había dejado ningún pesar. Amaba, igual que antes de aquella exploración, el sombrío dominio donde, ya mujer, seguiría viviendo, después de haber vivido allí de niña y de muchacha.

Entretanto, la próxima boda de Harry Ford y Nell había causado gran revuelo en la Nueva Aberfoyle. Las felicitaciones afluyeron al cottage. Jack Ryan no fue el último en llevar las suyas. También se le sorprendía ensayando a lo lejos sus mejores canciones para una fiesta en la que debía tomar parte toda la población de Coal-city.

Pero sucedió que, durante el mes que precedió a la boda, la Nueva Aberfoyle sufrió más pruebas que nunca. Habría podido decirse que la proximidad de la unión de Nell y Harry provocaba catástrofe tras catástrofe. Los accidentes se producían principalmente en los trabajos del fondo, sin que pudiera conocerse la verdadera causa.

Así, un incendio devoró el entibado de una galería inferior, y se encontró la lámpara que había empleado el incendiario. Harry y sus compañeros tuvieron que arriesgar la vida para detener aquel fuego, que amenazaba con destruir el yacimiento, y solo lo consiguieron empleando los extintores, llenos de agua cargada de ácido carbónico, de los que la hullera estaba prudentemente provista.

Otra vez fue un derrumbe debido a la rotura de los puntales de un pozo, y James Starr comprobó que aquellos puntales habían sido previamente serrados. Harry, que vigilaba los trabajos en ese punto, quedó sepultado bajo los escombros y solo por milagro escapó a la muerte.

Unos días después, en el tranvía de tracción mecánica, el tren de vagones en el que había subido Harry chocó contra un obstáculo y volcó. Se comprobó después que se había colocado una viga atravesada en la vía.

En resumen, estos hechos se multiplicaron de tal modo que estalló una especie de pánico entre los mineros. No hacía falta menos que la presencia de sus jefes para retenerlos en los trabajos.

—¡Pero si son toda una banda, esos malhechores! —repetía Simon Ford—, ¡y no logramos echarle el guante a uno solo!

Se reanudaron las pesquisas. La policía del condado se mantuvo alerta noche y día, pero no pudo descubrir nada. James Starr prohibió a Harry, a quien aquella malevolencia parecía apuntar más directamente, aventurarse jamás solo fuera del centro de los trabajos.

Se procedió del mismo modo con Nell, a la que, por insistencia de Harry, se ocultaban, no obstante, todos aquellos intentos criminales que podían re-

cordarle el pasado. Simon Ford y Madge la vigilaban día y noche con una especie de severidad, o más bien de solicitud feroz. La pobre criatura se daba cuenta, pero no se le escapó ni una observación, ni una queja. ¿Se decía a sí misma que si obraban así era por su bien? Sí, probablemente. Sin embargo, también ella, a su manera, parecía velar por los demás, y solo se mostraba tranquila cuando todos los que amaba estaban reunidos en el cottage. Por la noche, cuando Harry volvía, no podía contener un arrebató de alegría loca, poco compatible con su carácter, de ordinario más reservado que expansivo. Pasada la noche, se levantaba antes que todos los demás. Su inquietud volvía a asaltarla en cuanto llegaba la mañana, a la hora de la salida hacia los trabajos del fondo.

Harry habría querido, para devolverle la paz, que su boda fuese ya un hecho consumado. Le parecía que, ante ese acto irrevocable, la malevolencia, vuelta inútil, depondría las armas, y que Nell solo se sentiría segura cuando fuera su esposa. Aquella impaciencia era, por lo demás, compartida por James Starr tanto como por Simon Ford y Madge. Todos contaban los días.

La verdad es que todos estaban bajo el peso de los más siniestros presentimientos. De aquel enemigo oculto, al que no se sabía por dónde coger ni cómo combatir, se decían en voz baja que sin duda nada de lo que concernía a Nell le era indiferente. Aquel acto solemne de la boda de Harry y la joven podía ser, pues, ocasión de alguna nueva maquinación de su odio.

Una mañana, ocho días antes de la fecha convenida para la ceremonia, Nell, impulsada sin duda por algún siniestro presentimiento, había conseguido salir la primera del cottage, del que quería observar los alrededores.

Al llegar al umbral, un grito de indecible angustia escapó de su boca.

Aquel grito resonó por toda la vivienda, y en un instante atrajo junto a la joven a Madge, Simon y Harry.

Nell estaba pálida como la muerte, el rostro descompuesto, los rasgos marcados por un espanto inexpresable. Incapaz de hablar, tenía la mirada fija en la puerta del cottage, que acababa de abrir. Su mano crispada señalaba en ella estas líneas, trazadas durante la noche, cuya vista la aterraba:

«Simon Ford, ¡me ha robado usted el último filón de nuestras viejas hulleras! Harry, su hijo, ¡me ha robado a Nell! ¡Ay de ustedes! ¡Ay de todos! ¡Ay de la Nueva Aberfoyle!»

«SILFAX.»

—¡Silfax! —exclamaron a la vez Simon Ford y Madge.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Harry, cuya mirada iba alternativamente de su padre a la joven.

—¡Silfax! —repetía Nell con desesperación—. ¡Silfax!

Y todo su ser se estremecía al murmurar aquel nombre, mientras Madge, apoderándose de ella, la conducía casi a la fuerza de vuelta a su habitación.

James Starr había acudido corriendo. Tras leer y releer la frase amenazadora:

—La mano que ha trazado estas líneas —dijo— es la misma que me escribió la carta que contradecía la suya, Simon. ¡Ese hombre se llama Silfax! Veo por su turbación que lo conocen. ¿Quién es ese Silfax?

CAPÍTULO XX. EL PENITENTE

Aquel nombre había sido toda una revelación para el viejo capataz.

Era el del último «penitente» de la mina Dochart.

Antaño, antes de la invención de la lámpara de seguridad, Simon Ford había conocido a aquel hombre huraño que, a riesgo de su vida, iba cada día a provocar las explosiones parciales de grisú. Había visto a aquel ser extraño, rondando por la mina, siempre acompañado de un enorme harfang, una especie de búho monstruoso, que lo ayudaba en su peligroso oficio llevando una mecha encendida allí donde la mano de Silfax no podía llegar. Un día, aquel anciano había desaparecido, y, al mismo tiempo que él, una pequeña huérfana, nacida en la mina y que no tenía más pariente que él, su abuelo. Aquella niña, evidentemente, era Nell. Desde hacía quince años, ambos habrían vivido, pues, en algún abismo secreto, hasta el día en que Nell fue salvada por Harry.

El viejo capataz, presa a la vez de un sentimiento de piedad y de cólera, comunicó al ingeniero y a su hijo lo que la vista de aquel nombre de Silfax acababa de revelar.

Aquello aclaraba toda la situación. ¡Silfax era el ser misterioso buscado en vano en las profundidades de la Nueva Aberfoyle!

—¿De modo que lo conoció usted, Simon? —preguntó el ingeniero.

—Sí, en verdad —respondió el capataz—. ¡El hombre del harfang! Ya no era joven entonces. Debía de tener quince o veinte años más que yo. ¡Una especie de salvaje, que no trataba con nadie, y que pasaba por no temer ni al agua ni al fuego! Fue por gusto por lo que había elegido el oficio de penitente, del que pocos se ocupaban. Aquella peligrosa profesión le había tras-

tornado las ideas. Se decía que era malo, y quizá no era más que un loco. Su fuerza era prodigiosa. Conocía la hullera como nadie, al menos tan bien como yo. Se le atribuía cierto desahogo económico. A fe mía, lo creía muerto desde hacía muchos años.

—Pero —repuso James Starr—, ¿qué quiere decir con estas palabras: «Me has robado el último filón de nuestras viejas hulleras»?

—¡Ah, eso! —respondió Simon Ford—. Hace ya tiempo, Silfax, cuyo cerebro, ya se lo he dicho, siempre estuvo trastornado, pretendía tener derechos sobre la antigua Aberfoyle. Así que su humor se volvía cada vez más hosco a medida que la mina Dochart —¡su mina!— se agotaba. Parecía que fueran sus propias entrañas lo que cada golpe de pico le arrancaba del cuerpo. ¿Te acuerdas de eso, Madge?

—Sí, Simon —respondió la vieja escocesa.

—Eso me vuelve ahora a la memoria —repuso Simon Ford—, desde que he visto el nombre de Silfax en esa puerta; pero, lo repito, lo creía muerto, y no podía imaginar que aquel ser maligno, al que tanto hemos buscado, fuese el antiguo penitente de la mina Dochart.

—En efecto —dijo James Starr—, todo se explica. Un azar reveló a Silfax la existencia del nuevo yacimiento. En su egoísmo de loco, habrá querido constituirse en su defensor; viviendo en la hullera, recorriéndola noche y día, habrá sorprendido su secreto, Simon, y sabido que me mandaba usted llamar con tanta urgencia al cottage. De ahí esa carta que contradecía la suya; de ahí, tras mi llegada, el bloque de piedra lanzado contra Harry y las escalas destruidas del pozo Yarrow; de ahí la obturación de las fisuras en la pared del nuevo yacimiento; de ahí, en fin, nuestro secuestro, y luego nuestra liberación, que se llevó a cabo gracias a la providencial Nell, sin duda, sin que ese Silfax lo supiera y a pesar suyo.

—Acaba usted de contar las cosas tal como sin duda debieron de suceder, señor James —respondió Simon Ford—. ¡El viejo penitente está sin duda loco ahora!

—Más vale así —dijo Madge.

—No lo sé —repuso James Starr moviendo la cabeza—, porque la suya debe de ser una locura terrible. ¡Ah! Comprendo que Nell no pueda pensar

en él sin espanto, y comprendo también que no haya querido denunciar a su abuelo. ¡Qué años tan tristes habrá pasado junto a ese anciano!

—¡Muy tristes! —respondió Simon Ford—, entre ese salvaje y su harfang, no menos salvaje que él. Porque, desde luego, ¡ese pájaro no ha muerto! No puede ser sino él quien apagó nuestra lámpara, él quien estuvo a punto de cortar la cuerda de la que colgaban Harry y Nell...

—Y comprendo —dijo Madge— que la noticia de la boda de su nieta con nuestro hijo parezca haber exasperado el rencor y redoblado la rabia de Silfax.

—La boda de Nell con el hijo de aquel a quien acusa de haberle robado el último yacimiento de las Aberfoyle no puede, en efecto, sino haber llevado su irritación al colmo —repuso Simon Ford.

—¡Pero tendrá que resignarse a esta unión! —exclamó Harry—. Por ajeno que sea a la vida en común, se acabará por llevarlo a reconocer que la nueva existencia de Nell vale más que la que él le hacía llevar en los abismos de la hullera. Estoy seguro, señor Starr, de que si pudiéramos echarle mano, conseguiríamos hacerle entrar en razón...

—Con la locura no se razona, mi pobre Harry —respondió el ingeniero—. Sin duda es mejor conocer a su enemigo que ignorarlo, pero no todo está terminado porque hoy sepamos quién es. Estemos alerta, amigos míos, y para empezar, Harry, hay que interrogar a Nell. Es preciso. Ella comprenderá que, a estas alturas, su silencio ya no tendría razón de ser. En interés mismo de su abuelo, conviene que hable. Tanto para él como para nosotros importa que podamos frustrar sus siniestros planes.

—No dudo, señor Starr —respondió Harry—, de que Nell se adelantará por sí misma a sus preguntas. Ya lo sabe usted ahora, ha sido por conciencia, por deber, por lo que ha callado hasta ahora. Por deber, por conciencia, hablará en cuanto usted lo desee. Mi madre ha hecho bien en llevarla de vuelta a su habitación. Tenía gran necesidad de recogerse, pero voy a buscarla...

—Es inútil, Harry —dijo con voz firme y clara la joven, que entraba en ese mismo instante en la sala grande del cottage.

Nell estaba pálida. Sus ojos decían cuánto había llorado; pero se la sentía resuelta al paso que su lealtad le imponía en ese momento.

—¡Nell! —había exclamado Harry, lanzándose hacia la joven.

—Harry —respondió Nell, que con un gesto detuvo a su prometido—, tu padre, tu madre y tú, es preciso que hoy lo sepáis todo. Es preciso que usted tampoco ignore nada, señor Starr, de lo que concierne a la niña que acogieron sin conocerla y que Harry, para su desdicha, ¡ay!, sacó del abismo.

—¡Nell! —exclamó Harry.

—Deja hablar a Nell —dijo James Starr, imponiendo silencio a Harry.

—Soy la nieta del viejo Silfax —repuso Nell—. No conocí a una madre hasta el día en que entré aquí —añadió, mirando a Madge.

—¡Bendito sea ese día, hija mía! —respondió la vieja escocesa.

—No conocí a un padre hasta el día en que vi a Simon Ford —repuso Nell—, ni a un amigo hasta el día en que la mano de Harry tocó la mía. Sola, viví durante quince años, en los rincones más apartados de la mina, con mi abuelo. Con él es mucho decir. Por él sería más justo. Apenas lo veía. Cuando desapareció de la antigua Aberfoyle, se refugió en aquellas profundidades que solo él conocía. A su manera, era entonces bueno conmigo, aunque temible. Me alimentaba con lo que iba a buscar afuera; pero tengo el vago recuerdo de que, al principio, en mis primeros años, tuve por nodriza a una cabra, cuya pérdida me apenó mucho. Mi abuelo, al verme tan afligida, la sustituyó primero por otro animal, un perro, me dijo. Por desgracia, aquel perro era alegre. Ladraba. A mi abuelo no le gustaba la alegría. Detestaba el ruido. A mí me había enseñado el silencio, y no había podido enseñárselo al perro. El pobre animal desapareció casi enseguida. Mi abuelo tenía por compañero a un pájaro huraño, un harfang, que al principio me dio horror; pero aquel pájaro, a pesar de la repulsión que me inspiraba, me tomó tal cariño que acabé por corresponderle. Había llegado a obedecerme mejor que a su amo, y eso mismo me inquietaba por él. Mi abuelo era celoso. El harfang y yo nos ocultábamos todo lo que podíamos para no parecer demasiado unidos. ¡Comprendíamos que era necesario!... ¡Pero os hablo demasiado de mí! De vosotros se trata...

—No, hija mía —respondió James Starr—. Diga las cosas tal como le vengan.

—Mi abuelo —repuso Nell— siempre había visto con muy malos ojos vuestra vecindad en la hullera. No faltaba espacio, sin embargo. Era lejos,

muy lejos de vosotros donde se buscaba refugio. Le disgustaba sentirse allí. Cuando yo le preguntaba por la gente de allá arriba, se le ensombrecía el rostro, no respondía y se quedaba como mudo durante mucho tiempo. Pero donde estalló su cólera fue cuando se dio cuenta de que, no conformándose ya con el antiguo dominio, parecíais querer invadir el suyo. Juró que si lo grabais penetrar en la nueva hullera, conocida hasta entonces solo por él, pereceríais. A pesar de su edad, su fuerza sigue siendo extraordinaria, y sus amenazas me hicieron temblar por vosotros y por él.

—Continúa, Nell —dijo Simon Ford a la joven, que se había interrumpido un instante, como para reunir mejor sus recuerdos.

—Después de vuestro primer intento —repuso Nell—, en cuanto mi abuelo os vio penetrar en la galería de la Nueva Aberfoyle, tapió la entrada e hizo de ella una prisión para vosotros. Yo no os conocía sino como sombras, vagamente entrevistas en la oscura hullera; pero no pude soportar la idea de que unos cristianos fueran a morir de hambre en aquellas profundidades, y, a riesgo de ser sorprendida in fraganti, conseguí procuraros durante algunos días un poco de agua y de pan... Habría querido guiaros hacia fuera, pero era tan difícil burlar la vigilancia de mi abuelo... ¡Ibais a morir! Llegaron Jack Ryan y sus compañeros... ¡Dios quiso que me los encontrara aquel día! Los llevé hasta vosotros. Al volver, mi abuelo me sorprendió. Su cólera contra mí fue terrible. ¡Creí que iba a morir a sus manos! Desde entonces, la vida se me hizo insoportable. Las ideas de mi abuelo se extraviaron por completo. ¡Se proclamaba el rey de la sombra y del fuego! Cuando oía vuestros picos golpear esos filones que él consideraba suyos, se ponía furioso y me pegaba con rabia. Quise huir. Fue imposible; me vigilaba demasiado de cerca. Por fin, hace tres meses, en un acceso de demencia sin nombre, me bajó al abismo donde me encontrasteis, y desapareció, después de haber llamado en vano al harfang, que se quedó fielmente a mi lado. ¿Desde cuándo estaba yo allí? Lo ignoro. Todo lo que sé es que me sentía morir, cuando tú llegaste, Harry mío, y cuando tú me salvaste. Pero, ya lo ves, la nieta del viejo Silfax no puede ser la esposa de Harry Ford, puesto que os va la vida, la vida de todos vosotros.

—¡Nell! —exclamó Harry.

—No —repuso la joven—. Mi sacrificio está hecho. No hay más que un medio de conjurar vuestra ruina: que yo vuelva junto a mi abuelo. ¡Amena-

za a toda la Nueva Aberfoyle!... Es un alma incapaz de perdón, y nadie puede saber lo que el genio de la venganza le habrá inspirado. Mi deber está claro. Sería la más desdichada de las criaturas si vacilara en cumplirlo. ¡Adiós, y gracias! ¡Me habéis hecho conocer la felicidad ya en este mundo! Pase lo que pase, pensad que mi corazón entero quedará en medio de vosotros.

Ante estas palabras, Simon Ford, Madge y Harry, loco de dolor, se habían levantado.

— ¡Cómo, Nell! — exclamaron con desesperación —, ¿querrías dejarnos?

James Starr los apartó con un gesto lleno de autoridad y, yendo derecho hacia Nell, le tomó las dos manos.

— Está bien, hija mía — le dijo —. Ha dicho usted lo que debía decir; pero esto es lo que tenemos que responderle. No la dejaremos partir, y, si es preciso, la retendremos por la fuerza. ¿Nos cree usted, pues, capaces de esa cobardía de aceptar su generosa oferta? ¡Las amenazas de Silfax son terribles, de acuerdo! Pero, después de todo, un hombre no es más que un hombre, y tomaremos nuestras precauciones. Sin embargo, ¿puede usted, en interés del propio Silfax, informarnos sobre sus costumbres, decirnos dónde se esconde? No queremos más que una cosa: dejarlo fuera de condiciones de hacer daño, y quizá devolverlo a la razón.

— Usted quiere lo imposible — respondió Nell —. Mi abuelo está en todas partes y en ninguna. Nunca he conocido sus escondites. Jamás lo he visto dormido. Cuando había encontrado algún refugio, me dejaba sola y desaparecía. Cuando tomé mi resolución, señor Starr, sabía todo lo que usted podía responderme. ¡Créame! No hay más que un medio de desarmar a mi abuelo: que yo logre encontrarlo. Él es invisible, pero lo ve todo. Pregúntese cómo habría descubierto sus pensamientos más secretos, desde la carta escrita al señor Starr hasta el proyecto de mi boda con Harry, si no tuviera la inexplicable facultad de saberlo todo. Mi abuelo, por lo que puedo juzgar, es, incluso en su locura, un hombre poderoso de espíritu. Antaño llegó a decirme grandes cosas. Me enseñó a Dios, y solo me engañó en un punto: cuando me hizo creer que todos los hombres eran pérfidos, cuando quiso inspirarme su odio contra la humanidad entera. Cuando Harry me trajo a este cottage, pensasteis que yo era solamente ignorante. Era más que eso. ¡Estaba aterrizada! ¡Ah, perdonadme! Pero, durante algunos días, me creí en poder de

los malvados, y quería huir de vosotros. Lo que empezó a devolver mi espíritu a la verdad fuiste tú, Madge, no por tus palabras, sino por el espectáculo de tu vida, cuando te veía amada y respetada por tu marido y tu hijo. Luego, cuando vi a esos trabajadores, felices y buenos, venerar al señor Starr, a quien al principio creí sus esclavos; cuando por primera vez vi a toda la población de Aberfoyle acudir a la capilla, arrodillarse en ella, rezar a Dios y darle gracias por sus infinitas bondades, entonces me dije: «¡Mi abuelo me ha engañado!». Pero hoy, esclarecida por lo que me habéis enseñado, pienso que él mismo se engañó. Voy, pues, a retomar los caminos secretos por los que antaño lo acompañaba. Debe de estar acechándome. Lo llamaré... me oírás, y ¿quién sabe si, al volver junto a él, no lo devolveré a la verdad?

Todos habían dejado hablar a la joven. Cada uno sentía que debía de sentarle bien abrir por entero su corazón a sus amigos, en el momento en que, en su generosa ilusión, creía que iba a dejarlos para siempre. Pero cuando, agotada, los ojos llenos de lágrimas, calló, Harry, volviéndose hacia Madge, dijo:

—Madre, ¿qué pensarías del hombre que abandonara a la noble muchacha que acabas de oír?

—Pensaría —respondió Madge— que ese hombre es un cobarde, y, si fuera hijo mío, lo repudiaría, lo maldeciría.

—Nell, has oído a nuestra madre —repuso Harry—. Adondequiera que vayas, te seguiré. Si persistes en partir, partiremos juntos...

—¡Harry! ¡Harry! —exclamó Nell.

Pero la emoción era demasiado fuerte. Se vio palidecer los labios de la joven, y cayó en brazos de Madge, quien rogó al ingeniero, a Simon y a Harry que la dejaran a solas con ella.

CAPÍTULO XXI. LA BODA DE NELL

Se separaron, pero antes quedó convenido que los moradores del cottage estarían más alerta que nunca. La amenaza del viejo Silfax era demasiado directa para no tenerla en cuenta. Cabía preguntarse si el antiguo penitente no disponía de algún medio terrible capaz de aniquilar toda Aberfoyle.

Se apostaron, pues, guardias armados en las diversas salidas de la mina de carbón, con orden de vigilar día y noche. Todo forastero a la mina debía ser conducido ante James Starr, para que este pudiese comprobar su identidad. No se tuvo reparo en poner al corriente a los habitantes de Coal-city de las amenazas de que era objeto la colonia subterránea. Como Silfax no tenía ningún cómplice en el lugar, no había traición alguna que temer. Se dieron a conocer a Nell todas las medidas de seguridad que se acababan de tomar, y, sin quedar del todo tranquilizada, recobró cierta serenidad. Pero la resolución de Harry de seguirla dondequiera que fuese había contribuido, más que ninguna otra cosa, a arrancarle la promesa de no huir.

Durante la semana que precedió a la boda de Nell y Harry, ningún incidente turbó la Nueva Aberfoyle. Así, los mineros, sin abandonar la vigilancia organizada, fueron recobrándose de aquel pánico que había estado a punto de comprometer la explotación.

Entretanto, James Starr continuaba haciendo buscar al viejo Silfax. Como el vengativo anciano había declarado que Nell jamás se casaría con Harry, había que admitir que no retrocedería ante nada para impedir aquella boda. Lo mejor habría sido apoderarse de su persona, respetando al mismo tiempo su vida. Se reanudó, pues, minuciosamente, la exploración de la Nueva Aberfoyle. Se registraron las galerías hasta en los pisos superiores que afloraban a ras de las ruinas del castillo de Dundonald, en Irvine. Se suponía,

con razón, que era por el viejo castillo por donde Silfax se comunicaba con el exterior y se abastecía de las cosas necesarias para su mísera existencia, ya comprándolas, ya hurtándolas. En cuanto a las «Damas de fuego», a James Starr se le ocurrió que algún chorro de grisú que se producía en aquella parte de la mina de carbón podía haber sido encendido por Silfax y producir aquel fenómeno. No se equivocaba. Pero las pesquisas fueron infructuosas.

James Starr, en aquella lucha de todos los instantes contra un ser inasible, fue, sin dejarlo traslucir, el más desdichado de los hombres. A medida que se acercaba el día de la boda, sus temores aumentaban, y había creído que debía, por excepción, participárselos al viejo capataz, quien pronto se mostró más inquieto que él.

Por fin llegó el día.

Silfax no había dado señales de vida.

Desde por la mañana, toda la población de Coal-city estaba en pie. Los trabajos de la Nueva Aberfoyle habían sido suspendidos. Jefes y obreros querían rendir homenaje al viejo capataz y a su hijo. No era sino pagar una deuda de gratitud a aquellos dos hombres audaces y perseverantes que habían devuelto a la mina la prosperidad de antaño.

Era a las once, en la capilla de San Gil, alzada en la orilla del lago Malcolm, donde iba a celebrarse la ceremonia.

A la hora señalada, se vio salir del cottage a Harry, dando el brazo a su madre, y a Simon Ford, dando el brazo a Nell.

Los seguían el ingeniero James Starr, impasible en apariencia, pero temiéndose en su fuero interno lo peor, y Jack Ryan, espléndido con su traje de gaitero.

Después venían los demás ingenieros de la mina, los notables de Coal-city, los amigos, los compañeros del viejo capataz, todos los miembros de aquella gran familia de mineros que formaba la peculiar población de la Nueva Aberfoyle.

Fuera hacía uno de esos días tórridos del mes de agosto, particularmente penosos en los países del Norte. El aire tormentoso penetraba hasta las profundidades de la mina de carbón, donde la temperatura se había elevado de

manera anormal. La atmósfera se saturaba allí de electricidad, a través de los pozos de ventilación y del vasto túnel de Malcolm.

Se habría podido comprobar —fenómeno bastante raro— que el barómetro, en Coal-city, había bajado una cantidad considerable. Cabía preguntarse, en verdad, si no iba a estallar alguna tormenta bajo la bóveda de esquisto que formaba el cielo de la inmensa cripta.

Pero la verdad es que nadie, en el interior, se preocupaba de las amenazas atmosféricas del exterior.

Todos, ni que decir tiene, se habían puesto sus mejores galas para la ocasión.

Madge llevaba un traje que recordaba los de antaño. Se tocaba con un *toy*, como las antiguas matronas, y sobre sus hombros flotaba el *rokelay*, una especie de mantilla a cuadros que las escocesas lucen con cierta elegancia.

Nell se había prometido no dejar traslucir nada de la agitación de su pensamiento. Prohibió a su corazón que latiera, a sus secretas angustias que se traicionaran, y la valerosa muchacha logró mostrar a todos un rostro sereno y recogido.

Iba vestida con sencillez, y la sencillez de su atuendo, que había preferido a otros adornos más ricos, aumentaba aún el encanto de su persona. Su único tocado era un *snood*, cinta de colores variados con que suelen adornarse las jóvenes caledonias.

Simon Ford llevaba un traje que no habría desdeñado el digno bailío Nicol Jarvie, de Walter Scott.

Toda aquella gente se dirigió hacia la capilla de San Gil, que había sido decorada con lujo.

En el cielo de Coal-city, los discos eléctricos, avivados por corrientes más intensas, resplandecían como otros tantos soles. Una atmósfera luminosa llenaba toda la Nueva Aberfoyle.

En la capilla, las lámparas eléctricas proyectaban también vivos resplandores, y las vidrieras de colores brillaban como caleidoscopios de fuego.

Era el reverendo William Hobson quien debía officiar. A la misma puerta de San Gil, aguardaba la llegada de los novios.

El cortejo se acercaba, después de haber bordeado majestuosamente la orilla del lago Malcolm.

En ese momento se dejó oír el órgano, y las dos parejas, precedidas por el reverendo Hobson, se dirigieron hacia el ábside de San Gil.

Se invocó primero la bendición celestial sobre toda la concurrencia; luego, Harry y Nell quedaron solos ante el ministro, que tenía en la mano el libro sagrado.

—Harry —preguntó el reverendo Hobson—, ¿queréis tomar a Nell por esposa, y juráis amarla siempre?

—Lo juro —respondió el joven con voz firme.

—Y vos, Nell —repuso el ministro—, ¿queréis tomar por esposo a Harry Ford, y...?

La joven no había tenido tiempo de responder, cuando un inmenso clamor resonó fuera.

Una de aquellas enormes rocas, en forma de terraza, que dominaba la orilla del lago Malcolm, a cien pasos de la capilla, acababa de abrirse de repente, sin explosión, como si su caída hubiese sido preparada de antemano. Debajo, las aguas se precipitaban en una excavación profunda, cuya existencia nadie conocía.

Luego, de pronto, entre las rocas desprendidas, apareció una barca, que un vigoroso empujón lanzó a la superficie del lago.

En aquella barca, un anciano, envuelto en un sombrío capuz, los cabellos erizados, una larga barba blanca cayéndole sobre el pecho, estaba de pie.

Tenía en la mano una lámpara Davy, en la que brillaba una llama protegida por la tela metálica del aparato.

Al mismo tiempo, con voz potente, el anciano gritaba:

—¡El grisú! ¡El grisú! ¡Ay de todos! ¡Ay!

En ese momento, el leve olor característico del hidrógeno protocarbonado se difundió por la atmósfera.

Y si así ocurría, era porque la caída de la roca había dado paso a una enorme cantidad de gas explosivo, almacenado en enormes *sopladeros* cuyo orificio obturaban los esquistos. Los chorros de grisú brotaban hacia las bóvedas de la cúpula, bajo una presión de cinco a seis atmósferas.

El anciano conocía la existencia de aquellos sopladeros, y los había abierto bruscamente, de manera que la atmósfera de la cripta se volviese detonante.

Entretanto, James Starr y algunos otros, saliendo precipitadamente de la capilla, se habían lanzado hacia la orilla.

— ¡Fuera de la mina! ¡Fuera de la mina! —gritó el ingeniero, que, comprendiendo lo inminente del peligro, fue a lanzar ese grito de alarma a la puerta de San Gil.

— ¡El grisú! ¡El grisú! —repetía el anciano, empujando su barca más adentro en las aguas del lago.

Harry, arrastrando consigo a su prometida, a su padre y a su madre, había salido precipitadamente de la capilla.

— ¡Fuera de la mina! ¡Fuera de la mina! —repetía James Starr.

¡Era demasiado tarde para huir! El viejo Silfax estaba allí, dispuesto a cumplir su última amenaza, dispuesto a impedir la boda de Nell y Harry, sepultando a toda la población de Coal-city bajo las ruinas de la mina.

Sobre su cabeza volaba su enorme harfang, cuyo plumaje blanco estaba manchado de puntos negros.

Pero entonces un hombre se precipitó en las aguas del lago y nadó vigorosamente hacia la barca.

Era Jack Ryan. Se esforzaba por alcanzar al loco, antes de que este hubiese consumado su obra de destrucción.

Silfax lo vio venir. Rompió el cristal de su lámpara, y, tras arrancar la mecha encendida, la agitó en el aire.

Un silencio de muerte flotaba sobre toda la concurrencia, aterrada.

James Starr, resignado, se asombraba de que la explosión, inevitable, no hubiese aniquilado ya la Nueva Aberfoyle.

Silfax, con los rasgos crispados, se dio cuenta de que el grisú, demasiado ligero para mantenerse en las capas bajas, se había acumulado hacia lo alto de la cúpula.

Pero entonces el harfang, a una señal de Silfax, asiendo con su garra la mecha incendiaria, como hacía antaño en las galerías de la mina Dochart, comenzó a remontar hacia la alta bóveda que el anciano le señalaba con la mano.

¡Unos segundos más, y la Nueva Aberfoyle habría dejado de existir!...

En ese instante, Nell se escapó de los brazos de Harry.

Serena e inspirada a la vez, corrió hacia la orilla del lago, hasta el borde mismo del agua.

—¡Harfang! ¡Harfang! —gritó con voz clara—. ¡A mí! ¡Ven a mí!

El fiel pájaro, atónito, había vacilado un instante. Pero de pronto, al reconocer la voz de Nell, dejó caer la mecha encendida en las aguas del lago, y, trazando un amplio círculo, vino a posarse a los pies de la joven.

¡Las capas altas explosivas en las que el grisú se había mezclado con el aire no habían sido alcanzadas!

Entonces un grito terrible resonó bajo la cúpula. Fue el último que lanzó el viejo Silfax.

En el instante en que Jack Ryan iba a poner la mano sobre la borda de la barca, el anciano, al ver que su venganza se le escapaba, se había precipitado en las aguas del lago.

—¡Salvadle! ¡Salvadle! —exclamó Nell con voz desgarradora.

Harry la oyó. Arrojándose a su vez al agua, no tardó en alcanzar a Jack Ryan y se sumergió repetidas veces.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Las aguas del lago Malcolm no devolvieron su presa. Se habían cerrado para siempre sobre el viejo Silfax.

CAPÍTULO XXII. LA LEYENDA DEL VIEJO SILFAX

Seis meses después de aquellos sucesos, la boda, tan extrañamente interrumpida, de Harry Ford y Nell, se celebró en la capilla de San Gil. Después de que el reverendo Hobson hubo bendecido su unión, los jóvenes esposos, aún vestidos de negro, regresaron al cottage.

James Starr y Simon Ford, libres ya de toda inquietud, presidieron alegremente la fiesta que siguió a la ceremonia y se prolongó hasta el día siguiente.

Fue en aquellas memorables circunstancias cuando Jack Ryan, ataviado con su traje de gaitero, después de haber hinchado de aire el odre de su gaita, obtuvo el triple resultado de tocar, cantar y bailar a la vez, entre los aplausos de toda la concurrencia.

Y, al día siguiente, los trabajos de día y de fondo se reanudaron, bajo la dirección del ingeniero James Starr.

Harry y Nell fueron felices, huelga decirlo. Aquellos dos corazones, tan probados, hallaron en su unión la dicha que merecían.

En cuanto a Simon Ford, capataz honorario de la Nueva Aberfoyle, contaba con vivir lo bastante para celebrar sus bodas de oro con la buena Madge, que, por lo demás, no pedía otra cosa.

—Y después de esa, ¿por qué no otra? —decía Jack Ryan—. ¡Dos bodas de oro no serían demasiado para usted, señor Simon!

—Tienes razón, muchacho —respondió tranquilamente el viejo capataz—. ¿Qué tendría de extraño que, bajo el clima de la Nueva Aberfoyle, en

este ambiente que no conoce las inclemencias del exterior, uno llegara a ser dos veces centenario?

¿Habrían de asistir algún día los habitantes de Coal-city a esa segunda ceremonia? El porvenir lo dirá.

En todo caso, un pájaro que parecía destinado a alcanzar una longevidad extraordinaria era el harfang del viejo Silfax. Seguía frecuentando el sombrío dominio. Pero, tras la muerte del anciano, aunque Nell había intentado retenerlo, había huido al cabo de unos días. Además de que la compañía de los hombres decididamente no le placía más que a su antiguo amo, parecía haber guardado una especie de rencor particular hacia Harry, como si aquel pájaro celoso hubiese reconocido y detestado siempre en él al primer raptor de Nell, a aquel a quien se la había disputado en vano en la ascensión del abismo.

Desde entonces, Nell solo volvía a verlo a largos intervalos, planeando sobre el lago Malcolm.

¿Quería volver a ver a su antigua amiga? ¿Quería sumergir sus penetrantes miradas hasta el fondo del abismo donde se había hundido Silfax?

Ambas versiones fueron admitidas, pues el harfang llegó a hacerse legendario, y le inspiró a Jack Ryan más de una fantástica historia.

Gracias a aquel alegre compañero es como aún se canta en las veladas escocesas la leyenda del pájaro del viejo Silfax, el antiguo penitente de las minas de carbón de Aberfoyle.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB